



RAMÓN
PERNAS

El libro de los adioses

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[El libro de los adioses](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[A](#)

[B](#)

[La vida según pasaba](#)

[La última noche de mi vida](#)

[Leonardo del Río](#)

[*De senectute*](#)

[Amanda](#)

[La hora de la siesta](#)

[La cara y la cruz](#)

[El bulto](#)

[Cuarto izquierda](#)

[Capítulo uno](#)

[El portal](#)

[Al mediodía](#)

[Una locura](#)

[El menú](#)

[Querido maestro](#)

[Al norte](#)

[Vilaponte](#)

[Y después](#)

[*Nota bene*](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

El famoso escritor Leonardo del Río, romántico y taciturno, se encuentra a sí mismo en la víspera de cumplir 80 años ante la página en blanco de la que será su última novela, encargada por su editor. Leonardo ha concretado todas las nostalgias de su vida en una conversación olvidada que mantuvo una Semana Santa de hace más de sesenta años en su pueblo con sus amigos de la infancia, a los que olvidó como lo olvidó todo de aquella vida pueblerina y sin cuyo recuerdo, se dice, no podrá empezar la obra. Las únicas personas con las que habla son Amanda, la biógrafa que la editorial le impuso hace años, y que trata de animarlo a escribir mientras lucha por aclarar sus propios sentimientos hacia él, y Ricardo, un periodista deslumbrado por el viejo maestro y enamorado de Amanda, que acude cada jueves a visitarlo con la esperanza de descubrir su mayor secreto: la verdad sobre la pérdida de un amor en París hace ya cuarenta años.

RAMÓN PERNAS

EL LIBRO DE LOS ADIOSES



A Paolo Sorrentino por La gran belleza y Youth.
Para Fernando Marías, por escribir la vida.
A Rosa Álvarez, por todos estos años.
Y para Milagros. Siempre.

Platón murió escribiendo a los ochenta y un años. Isócrates, que nos dice él mismo que escribió el libro titulado *El discurso Panatenaico*, a los noventa y cuatro años, y vivió cinco años más.

CICERÓN, *Sobre la vejez*

A

Cuando cumplí dieciséis años me regalaron *El árbol de la pasión*, que lo leí de un tirón. Volví a su lectura en varias ocasiones. Fue mi texto de cabecera, la obra que me animó a estudiar filología en contra del criterio de mi madre.

En la facultad solo pretendía, ingenua de mí, saber todos los porqués de su narrativa; durante los cinco años que duró la carrera me convertí en una especialista.

Comencé mi tesina sobre *A través de la niebla*, pero el que iba a ser mi director de tesis falleció tras sufrir un infarto y abandoné mi proyecto, consistente en el uso de los tiempos verbales y el subjuntivo en sus tres grandes novelas: *Jardín de invierno*, *El árbol de la pasión* y *A través de la niebla*.

No llegué a redactar la tesina y mucho menos a realizar el doctorado. Pero no abandoné mi obsesión y profundicé en su catálogo léxico, aprendí a construir oraciones elípticas a las que era tan dado, e incluso después de cientos de análisis textuales, aprendí a hablar, a expresarme, como él hablaba.

Visioné todo el material filmico existente, cinco entrevistas de *Nodo* y de Televisión Española, la última de Soler Serrano, que duraba una hora.

Quería ser como pensaba que era él.

Al terminar la carrera me orienté por las traducciones de libros con los que crecí y abandoné en cierto modo mi pasión por mimetizarme, por ser su *alter ego* femenino. Si él era el haz, yo fui el envés.

Eduardo, mi pareja, no compartía mis afanes y minimizó dialécticamente mi deseo de ser una caricatura, o eso pensaba, de quien yo tenía en mi altar literario.

El tiempo que compartimos me fue alejando de mi vana pretensión y mi autor pasó a un segundo plano.

No he sabido ser una mujer compleja; más bien opté por esa sencillez rayana con la simplicidad. Siempre dependí de alguien, de mi madre, de Eduardo, de él.

Mi primer trabajo fue en una editorial, mi primer y único trabajo, que compatibilicé traduciendo a Jane Austen, a Louise M. Alcott y gran parte de las grandes obras de la literatura inglesa del siglo XIX. A ellas les dediqué gran parte de mi vida.

Me refugié en lo que otros escribieron. No he tenido talento para la creación, para escribir, que en el fondo es lo que más he deseado.

Llegué a esta casa cuando el maestro acababa de cumplir setenta y cuatro años, ya van más de cinco, casi seis. A veces me asusto, pues me sorprende hablando como él, y quizás viviendo como él vive.

Llegué a esta casa para desempeñar un encargo de mi patrón, de quien me dio trabajo hace ya muchos años. Me pareció fantástico, pues veía cumplirse, lo que son las casualidades, un viejo sueño de juventud.

B

Pertenezco al equipo fundador del periódico, que salió a la calle justo antes de comenzar la Transición política. Estuve en cultura de gacetillero de lujo, cubriendo presentaciones de libros, exposiciones y hasta estrenos de cine.

Por mi cultura libresca, en gran parte impostada, y mi vocación descubridora de novísimos y demás vanguardias, pronto pasé a ser el responsable de la sección de libros y, al poco tiempo, el diario creó un suplemento semanal de cultura, «Alejandría», así llamado por su legendaria biblioteca, y creyeron conveniente que me ocupara de su dirección.

Me convertí pronto en un crítico agudo y celebrado, aunque también temido y admirado. Nunca me importó ser parcial ni respetar los cánones de quienes me precedieron en el oficio de ejercer la crítica de libros.

Eran años en los que todo nos parecía recién inaugurado y el mundo estaba por descubrir. Y, sin quererlo, me convertí en la gran referencia de la Movida que cambió Madrid, España y aquel pequeño mundo encorsetado con el que nos había castigado la dictadura franquista.

Por alguna razón compensatoria, cuando dejamos atrás la Movida, me dediqué a la recuperación de los viejos escritores y de su obra buscando los porqués de sus silencios, de sus deserciones del mundo editorial español de estos últimos años.

Primero fue mi acercamiento a Ana María Matute, y a la otra Ana, la Moix, y desde hace algún tiempo me encerré jueves a jueves con el maestro en su casa. Pronto cumplirá ochenta años y con ese motivo iba a entrevistarle en profundidad para las páginas de verano del periódico.

Conocí a su supuesta biógrafa, una especie de secretaria que vivía gran parte de su tiempo con él y que había llegado a hablar, a expresarse igual que el maestro.

Este curso tomaré distancia y durante tres meses voy a Norteamérica. Me han invitado de profesor visitante en la universidad de Boulder, en Colorado.

Volveré antes de su cumpleaños, que coincidirá con la edición de una nueva novela de encargo.

LA VIDA SEGÚN PASABA

Sufría uno de sus frecuentes ataques de melancolía, que de un tiempo a esta parte se repetían más de lo previsto. Estaba especialmente emotivo. Los recuerdos llenaban los huecos prolongados de la tarde y vivía en otro mundo. Un universo pequeño construido a su medida con conversaciones antiguas acerca de sucesos banales, sin importancia, y que tenían el eje dialéctico en el estado meteorológico del pueblo en donde había nacido y que estaba a más de seiscientos kilómetros de distancia de su ciudad.

Ciudad que no era especialmente hostil, pero que ya no le gustaba; le molestaban las prisas y la lejanía de casi todo, le costaba un duro esfuerzo organizar su tiempo e incluso la radio, a la que fue tan aficionado, ya no distraía ni su ocio ni su insomnio.

Leía lo justo; él, que ha sido un voraz lector, y lo justo era volver sobre viejos textos amados que ya casi no recordaba. Retomaba la *Iliada*, repasaba *La montaña mágica*, se distraía con *El Aleph* y disfrutaba, no como antaño, relejendo *Rayuela*.

Echaba de menos su pueblo, las esquinas donde de niño jugó al escondite o a policías y ladrones cobijándose, ocultándose en el ángulo de embocadura de una calle. No soportaba estar lejos de la mar y pasear por la orilla de la playa, aunque eso era un pensamiento más literario que real, pues no paseó mucho que digamos cuando vivía en el pueblo. Soñaba muchas noches con su madre, que falleció hacía más de una treintena de años, y en sueños rodeaba a sus seres queridos de vecinos que ya no existían más que en su catálogo onírico. Y era feliz imaginándose un adolescente, conversando como un rapaz que se preguntaba insistentemente sobre el origen del mundo, sobre las especies de animales que el hombre aún no había descubierto, sobre el metro de platino iridiado, sobre el significado de la proporción áurea y sobre el misterio de la vida, antes de indagar acerca del misterio de los misterios que es la muerte.

Muchas noches, mientras dormía, era feliz soñando mundos reiterados que complacían su sueño e incluso su vigilia posterior.

Pero hoy estaba especialmente emotivo. Reconstruía una discusión juvenil que pretendía llevar al papel y no sabía si integrarla en una novela por escribir o incluirla como historia central en una de las colaboraciones que enviaba como nexos redentores al semanario de su pueblo, pese a que corría el peligro de haberla escrito previamente o de que se molestaran los protagonistas al verse reflejados.

Decidió posponer la decisión, pero como medida preventiva anotó el relato en una libreta con tapas de hule que siempre llevaba consigo. A lo largo de su longeva vida fue relleno los cuadernos de apuntes, que le habían sido de gran utilidad y a los que recurrió cuando la narración perdía vigor, que no era raro que así aconteciera.

Una tarde en la que viajó a su pueblo, organizó las dos docenas de libretas que guardaba celosamente y en las que fue registrando la vida según pasaba, las metió en un pequeño saco que en sus años de esplendor tuvo como destino ser bolsa para el pan y, acercándose a la punta del muelle, justo al final del rompeolas, las fue desgajando, desarmando de una en una, y todos

aquellos apuntes, escritos de manera puntillosa con monjil letra redondilla, fueron arrojados al mar por riguroso turno.

Se sentía aliviado después de haber ahogado, o al menos sumergido en las profundidades del Cantábrico, su memoria, si no toda al menos una parte, que quedó registrada en los múltiples cuadernos con tapas de hule que jalonaron su vida de zascandil, de escritor complaciente, pero una vez doblado el cabo de Hornos de la edad, cuando ya su literatura era un ejemplo barroco de un pasado superado y cuando sus libros editados se vendían cada vez menos, y prácticamente nadie los pirateaba bajándolos gratis de la red al *reader*, se encontraba terriblemente desorientado y solo escribía muy de tarde en tarde.

Cobraba puntualmente los derechos de autor, que él llamaba desechos de autor, y los nuevos textos que dictaba para después ser revisados por su fiel Amanda, que desde hacía una larga decena de años escribía su biografía y reinterpretaba su vida.

Pero hoy estaba singularmente emotivo, se ancló en las arenas de un pasado que no recordaba muy bien si fue el suyo o si lo leyó en una novela de Pavese o en un poema de Pessoa, aunque lo cierto es que recordar le venía muy bien y poco importa quién tenga la patente de los recuerdos, porque, al fin y al cabo, la historia de la literatura es una historia común que está llena de miles de páginas que se repiten cadenciosamente.

No asistía los jueves a las sesiones de la Real Academia, pues argumentaba no reconocer el diccionario ni la gramática. Desde la muerte de Ana María Matute se juramentó ir una vez por trimestre a recoger el correo, pese a la insistencia de Arturo Pérez Reverte, que se prestaba a acompañarlo, y él se lo agradecía cortésmente y pensaba que los viejos escritores eran una extraña debilidad del autor de Alatriste.

No iba porque no quería ir, y ya casi nada le importaba. Abría y cerraba la puerta de la melancolía y temía los otoños, que ya pocos le quedaban; siempre tuvo los pies fríos, pero, cuando llegaba el otoño, era como si se le enfriara todo el cuerpo, desde las uñas de los dedos de los pies hasta donde comienza el abdomen. El frío iba ascendiendo cada noviembre hasta alcanzar, creía, la cabeza, que ya poco faltaba.

Pero ahora no era el caso, justo ayer cambiaron la hora al horario de verano y los días son notablemente más largos y ya comienza abril. Acaso por eso hoy está más emotivo y reprodujo en voz alta una leve discusión por asuntos de Semana Santa en los claustros de la iglesia de San Francisco de su pueblo, una conversación sin demasiado interés mantenida hace más o menos cincuenta años y que recordaba como si tuviera lugar esta misma mañana. Los contertulios de aquel Jueves Santo estaban todos muertos, ya no podía reproducir la discusión, pues si bien rememoraba a los cuatro presentes aquel lejano día, ya no recordaba sus voces y era menester, para revivirla, volverla a escuchar.

El cambio de hora al horario de estío le alargaba, decía él, la vida, y jugaba con el sol a estirar el ocaso que se mecía en la ladera de la sierra, que era lo más bello que se podía divisar desde la ventana, más bien el ventanal, que enmarcaba con una visión que no se borraba nunca, su mesa de trabajo. La ventana estaba orientada al norte y el sol traspasaba su vidriera, y lo mismo sucedía con la noche, que oscurecía el cristal llenándolo de sombras.

Dentro de unos meses cumpliría sus primeros ochenta años. Se sentía terriblemente desvencijado y su coquetería lo mantenía vitalmente desgano, que es una pose que solo a un viejo escritor se le permite.

Tenía que escribir una nueva novela que saldría al mercado con motivo de su cumpleaños y el editor, su editor de siempre, fue muy generoso con el anticipo, acaso, pensaba, porque va a ser el

último, y si así fuera, le permitiría vivir suficientemente bien hasta que Caronte lo invitara a subir a la barca.

Pero la pereza lo tentaba a no escribir otra novela. Siempre se confabulaba para editar la postrera, pero el azar iba encadenando nuevas propuestas narrativas y él se dejaba querer. Amanda era la urgencia amable, la prisa modosa, la tenacidad suavemente implacable. Con los inmensos ojos excesivamente abiertos, más parecía que en su mirada anidaban centenares de lechuzas, de búhos que clavaban sus ojos en cada palabra que brotaba en el ordenador, o en cada silencio que su biografía registraba cuando el viejo escritor se ponía a escribir.

Pero llevaba varios días solemnemente nostálgico o melancólico, que la frontera es invisible, y nada le parecía conveniente y era incapaz de reconstruir aquella lejana conversación en los claustros, pues la lluvia impidió que saliera la procesión a la calle.

Y era una pena, pues aquella escena sin recuperar ocuparía la primera página de su novela próxima de la que solo tenía el título, que ni siquiera era suyo, lo había visto en una película italiana y se lo había apropiado: *La última noche de mi vida*. Era su último o penúltimo gran reto, la novela encargada para su octogésimo aniversario.

Y le estaba dando vueltas mientras aguardaba que Fina le sirviera la cena. Durante muchos años esa mujer, casi tan vieja como él, se ocupaba de hacerle una frugal colación que en estos lustros siempre fue la misma. Cenaba una caldosa sopa de fideos, más caliente que templada, que estaba acompañada por un puñado generoso de picatostes, de pequeños dados de pan frito, que estos años alternaba con queso parmesano que rayaba sobre la sopa y espolvoreaba a su antojo.

Después de cenar, Fina recogía los dos platos, pues compartía condumio acompañando al ilustre comensal y a las nueve se retiraba a su vivienda, a su casa, una buhardilla cercana al domicilio a donde acudía a las doce del mediodía para limpiar la casa, preparar la cama y, una vez por semana, hacer la colada y planchar. Una hora, alguna vez dos, era el tiempo que tardaba en realizar las tareas domésticas matutinas. Hacia las ocho regresaba para preparar la cena.

Amanda estaba desde que se iba Fina, antes de comer, hasta que volvía cada tarde. Menos los jueves, que la biógrafa se reunía con su amante, un señor casado y padre de tres hijos, que era escribiente en una notaría cercana. Veinticinco años amándose, y no era un juego de palabras con su nombre, avalaban la ya longeva relación de una tarde a la semana en una habitación de alquiler que les arrendaba una viuda. No tenían nada que decirse porque ya se lo habían dicho todo. Era una rutina reiterada. Llegaba de la notaría cuando ella ya estaba desnuda sobre la cama y, sin hablar, le aflojaba el cinturón y bajaba sus pantalones y el *slip*, que siempre era del mismo color gris, para a los cinco minutos ponerse encima de él y hacer mecánicamente el amor. Al terminar, no habrían pasado más de diez minutos, se arrojaban en el lecho tapándose como si fueran a dormir. Más o menos una vez al mes, le decía que deberían hacer un viaje de un día entero y su noche a Toledo, a lo que ella contestaba que cuando él quisiera, que lo estaba deseando y que no había problema alguno por su parte para viajar juntos.

La comida se la hace traer de un bar gallego que está en la esquina: A Gaita; encargan para uno, pero como es abundante en exceso almuerza con Amanda. Los menús tienen como eje central los cocidos de los viernes en invierno y las paellas de los jueves en verano. Se puede decir que es variado, que alternan pescado y carne, y los primeros son a menudo verdura de temporada. Amanda aporta del mercado fruta del tiempo y con frecuencia sube naranjas.

Ella cuida del trabajo intelectual; sin su presencia, el viejo escritor ya habría abdicado del oficio. Es un motor silencioso que hace que las bielas del cerebro y de las manos realicen su trabajo. El editor de siempre que editó las dos docenas de libros que escribió uno tras otro

remunera con una pequeña cantidad la tarea de la biografía que, mientras tanto, recopila obras y datos, recuerdos e historias para un día escribir la biografía que ya tiene encargada. Amanda es filóloga, soltera y huérfana. Tiene unas tetas grandes, unos ojos inmensos y un carácter tan amable como su sonrisa. Ama en la distancia a quien cuida y protege, aunque no logra descifrar los secretos, que son multitud, de su biografiado, que es un señor mayor, hermético y presumido, coqueto y cascarrabias.

Los fines de semana la casa se queda sola, es decir, permanece solo en casa y pasa la mayor parte del día en la cama, acostado. Cuando es verano pasea en pelotas por salones y pasillos y es patético ver la viva imagen de la decadencia cantando una canción antigua después de comer una manzana, que una diaria es la dieta que se impone todos los veranos.

Pero hoy está torpe y triste, incapaz de reproducir aquella conversación que sostuvo hace cincuenta años, en el claustro del viejo convento un Jueves o un Viernes Santo. La recuerda, pero es incapaz de escribirla y es una pena porque tenía pensado abrir la novela contando ese y no otro sucedido.

Ahora riega las plantas, sus queridas macetas puestas en línea ocupando todo el alféizar de la ventana grande, las riega despacio mientras les habla a todas y cada una y les promete que, cuando broten las primeras flores, les va a poner música de Beethoven, la *Quinta sinfonía*, que tengo entendido les gusta mucho a las plantas de interior. Tendrá unas veinte, incluidos los cactus, todas se las han ido regalando, incluso aprendió sus nombres latinos, aunque ya casi todos se le han olvidado.

Cuida y mimas los anturios rojos, la gerberas, la dracaena, los spartipilum, el geranio longevo y perezoso, la colección de cactus de los que desconoce el nombre menos el del ripsalis que se lo trajo de México su traductor norteamericano. No le fallan, son su pequeño ejército vegetal, un comando verde que lo acompaña y vigila la casa. Le gustaría que pudiera llamarlas por su nombre, pero tiene pendiente hacer un censo con nombres elegidos de un santoral floral que va posponiendo. A veces escoge nombres del sur como dama de noche o siempreviva, jazmín, y, cuando estalla la primavera, las perfuma con vetiver para que no olviden su memoria de campo.

El cuarto de trabajo, el de escribir, reproduce el de coser que tenía su madre en el pueblo. Era modista, la costurera que cortaba tanto un vestido como una blusa, modista unisex para niños y mujeres, pues la ropa de los hombres era negociado de los sastres.

Poco más o menos tendría los mismos metros cuadrados. Donde estaba la máquina de coser se ubica el ordenador que es un Mac nuevo, no tiene ni siquiera tres meses y ha sustituido al viejo portátil que a su vez reemplazó a la antigua Olivetti, a la máquina de escribir de donde salieron tantas novelas. La modista tenía bien a la vista los figurines franceses *La Mode* o *La Femme Parisienne* de donde copiaba, reproducía, los vestidos que iban a lucir las jóvenes del pueblo. Él tenía un desorden perfectamente armónico de libros que había leído junto con otros que no pensaba leer y que autores noveles le enviaban con la pretensión de una frase laudatoria para imprimir en la faja, en una segunda edición. Tenía a bien no contestar, pues un tiempo atrás abandonó de manera radical el género epistolar, primero el correo ordinario y más recientemente los emails. No respondía ninguno y solo Amanda mantenía relación informática con el editor y solía contestar a las invitaciones para dar conferencias y cursos, en especial si procedían de universidades extranjeras, principalmente las anglosajonas y las italianas, con preferencia notoria por las del norte.

Escaseaban. Antes recibía no menos de diez invitaciones bien pagadas y con billete de avión en clase preferente, pero los vientos del olvido llegaron a su obra narrativa y no pasaban de tres o

cuatro las convocatorias, que cada vez estaban peor retribuidas.

Sentado en su mesa de trabajo, pensaba que su tarea era idéntica a la de su madre: atados ambos a una máquina que realizaba la parte más dura de su trabajo, su madre cortaba y cosía telas, él cortaba frases y cosía palabras. Se enfrentaba de nuevo al papel en blanco, bueno, quiero decir a la pantalla vacía del ordenador. No sabía por dónde comenzar, le hubiera gustado reproducir la conversación olvidada, sílaba a sílaba, que mantuvo un Viernes o Jueves Santo en el claustro de la iglesia conventual cuando no pudo salir la procesión porque llovía. Pero es incapaz de escribir el lenguaje utilizado por aquellos mozos, casi unos adolescentes, un grupo donde se incluía y que hablaban como él no puede escribir.

Se quedó algo corto con el riego y va a repasar las macetas traseras. Hay que ver qué estirón ha pegado el cactus enano. No parece el mismo.

El anciano escritor quería parecer ajeno a los avances tecnológicos. Aceptaba el ordenador, pero solo para escribir. Y el gran avance era que no tenía que corregir como antes ni tachar ni volver a reescribir el folio, no jugaba con las posibilidades lúdicas que le ofrecía el ordenador, nunca utilizó internet, pero le encargaba a su leal compañera que abriera el correo y le comentara si había algo interesante. Amanda era una especie de *community manager* de andar por casa: se ocupaba de la correspondencia, la postal y la virtual; contestaba al teléfono fijo y al móvil; disculpaba al maestro, como lo llamaba en público, mientras, despojado de aparatos y cachivaches, él se jactaba de no utilizar la red, de no tener teléfono de bolsillo, que así lo llamaba para referirse al teléfono celular. Desde los treinta años tuvo coche, aunque él no lo condujera, que siempre tuvo a su lado a quien lo hiciera por él, y ahora, con internet, con Twitter y con el *smartphone*, Amanda lo tenía al día en las vanguardias de comunicación. Su singular secretaria le evitaba comentarios en las redes sociales a la vez que suplantaba su personalidad y respondía en ciento cuarenta caracteres de forma muy ingeniosa.

Le gustaba mucho viajar, pero ya casi no lo hacía, manteniendo que ya no quedan lugares a los que merezca la pena ir, o volver en último caso, y estimaba que, antes de morir, como si supiera la fecha, estimaba que antes de morir tenía que despedirse de cuatro o cinco ciudades que marcaron su vida y fijaron temporalmente su residencia. Iría de nuevo y por última vez a París, a Roma, a Berlín y a Lucca, tal vez habrá que añadir alguna otra, y cuando llegue la gira promocional de la novela visitará Sevilla y Valencia, Compostela y A Coruña. Viajar por viajar era lo que ahora entendía por coger carretera y manta y llegar a San Sebastián o a Cádiz, pongo por caso, y eso correspondía en su orden de prioridades al pasado. Tampoco le apetecía, y evitaba, aceptar invitaciones para el otro lado del mar, su amado Buenos Aires y su querida Nueva York ya habían sido borrados del mapa de lugares donde volvería a estar.

Una tarde del primer otoño, del que pinta de magenta el cielo y tiñe de ocres los campos, tuvo una de esas raras conversaciones personales con Amanda, y fue ella la que le contó que su amante le prometiera llevarla a Toledo, lo que nunca hizo, y el viejo se conmovió con la confidencia y encargó dos billetes de tren y dos habitaciones en el parador a su nombre, y aquel fin de semana se fueron los dos a Toledo y rejuvenecieron. Fue a principios del mes de octubre pasado.

No le gustaba hablar de las ciudades que conoció. Contar los viajes. Solo y muy raras veces refería anécdotas de personajes que dieron vida a los lugares en donde estuvo. Eran historias apócrifas, falsas, producto de su fantasía, que en ocasiones tenían como referencia una base cierta; contaba, por ejemplo, que en tiempo de su primera estancia en Buenos Aires cenaba un día sí y un día no con Borges y Bioy en La Biela, y la realidad era bien distinta. Estuvo en una ocasión cenando en La Biela, pero con el jefe de cultura de *La Nación*, después de morir Borges, al que

conoció en un simposio de escritores que se celebró en París, y luego mantuvieron una relación epistolar a través de cartas que Jorge Luis le dictaba a María Kodama en respuesta a las eminentemente descriptivas que le enviaba desde Madrid y en las que le contaba lo que comía en Casa Botín, Lucio, Jai Alai o en el restaurante segoviano Cándido, los automóviles que subían y bajaban por la Gran Vía y la construcción de nuevos barrios en la periferia de la ciudad, temas que, como resulta obvio, no eran ni mucho menos del interés del maestro porteño.

No hurtaba contar decesos, realizar obituarios de compañeros escritores fallecidos o enfermos. Sería interesante para leer una singular crónica de España editar la correspondencia mantenida con diversos escritores de la generación de los cincuenta a la que se adscribía aun sin ser poeta y renegar de la poesía.

Lo cierto es que adoraba a Borges desde que coincidieron en París y caminaron por la Rive Gauche en una noche de abril. Sostenía que, entre las obras maestras del siglo, había que incluir, sin duda, *El Aleph*. A Bioy no llegó a conocerlo.

También era frecuente escucharlo contar que una noche en La Ramallosa, donde Gonzalo Torrente tenía una finca de verano, se celebró un concurso de tangos ante un jurado formado por el canciller de Boulder, el rector de Oxford y el director de la cátedra de literatura española y portuguesa de Princeton. El secretario del jurado era el escritor gallego Carlos Casares. Pues bien, contaba que pasaron a la final, solo podían participar escritores, Carmiña Martín Gaité, Gonzalo Torrente y él mismo. La música la ponía un amigo de Ramón Piñeiro que, retornado de Argentina, tocaba el bandoneón, que era su mísero *modus vivendi*, animando las noches en un burdel muy afamado y elegante radicado en Vigo, cerca de la playa de Samil, y desde donde se veían unas espectaculares amanecidas. Él interpretó *Cambalache*, un tango reflexivo y un tanto filosófico, de andar por casa, vaya, y se alzó con el triunfo que, como señalaba, fue por mayoría, no por unanimidad: uno de los tres votos fue para Carmen Martín Gaité, que sin duda se lo dio el canciller de Boulder, pues bien es sabido su gusto por las mujeres. El premio fue una caja de cigarros habanos que aportó Casares y, esa misma noche, instalado en la cuarentena más cerca de los cincuenta, empezó a fumar. Por gratitud y cortesía, le gustaba apuntar. Pronto abandonó los puros, dejó de fumar cigarros habanos.

Antes de cantar, o después, que esto no está documentado, celebraron una larga y malévol tertulia literaria y fue allí donde manifestó su desprecio intelectual por Federico. Consideraba que García Lorca era un señorito cursi y cabezón, no sé por qué diría esto último; que, de no haber muerto, compondría una poesía amanerada y estéril, viciada desde el inicio, igual que su teatro; que, según su opinión, era estrictamente andaluz y antropológico.

Nunca pudo o no quiso desdecirse de sus afirmaciones acerca del poeta de Granada, que lo han acompañado toda su vida por ir a contracorriente, y, así, cuando le preguntaban por Federico y su obra, subían de intensidad los epítetos contra el autor y sus libros.

Con quien sí mantuvo una amistad fraternal fue con Álvaro Cunqueiro, paisano y conmitón de juergas y farras en las noches madrileñas por el tiempo en que el autor de Mondoñedo residió en Madrid. Fue quien le presentó a la señora muerte en una parada yendo de Madrid a A Coruña cuando el viaje duraba, deteniéndose tres o cuatro veces, un día y su correspondiente noche. Ellos iban a comer un par de lampreas en un banquete de quienes no acabaran carrera alguna, después de pasar más o menos un lustro matriculados. Eran la llamada Promoción de Nunca Acabar, que coincidieron en Compostela estudiando cuarto de primero en los años en que lo que realmente importaba era desmenuzar, desentrañar, discutir e incluso pontificar sobre el *Ulises* de Joyce, festejar la vida y gozar del paisaje de Galicia entera.

Pues bien, don Álvaro y él, que pese a la notable diferencia de edad congeniaran más que bien, viajaban hacia el norte en un Buick negro prestado que era propiedad de un visitador médico, un viajante de medicamentos compañero de pensión y que se vio obligado a dejarles el coche el tiempo que les hiciera falta tras perder temporalmente su usufructo en una partida de póquer.

Y hacia la meseta viajaba la muerte en un Buick idéntico, e iba a esperar a un rico indiano que llegaba por la mañana en el avión que venía de Nueva York. Pararon los tres viajeros en un mesón cerca de La Bañeza, y don Álvaro y la señora muerte se reconocieron y casi se dan de bruces, y eso que la muerte es invisible, más bien transparente, y raras veces se deja ver por los mortales, y nunca mejor dicho.

Fue entrañable el abrazo al encontrarse, un saludo efusivo de dos viejos amigos que no saben el uno del otro, o de la otra, que la muerte no tiene sexo. Ya conté en otro lugar, o quizás en otra de las novelas, que la muerte de ojos glaucos no puede ver, es ciega, y poco ha que recuperó el olfato, que es su guía para reconocer humanos cuando no está en viaje de negocios, es decir, cuando está desocupada y no tiene que acudir a una cita para acompañar a hombre o mujer al otro lado de la vida. Pues bien, a lo que íbamos: don Cunqueiro, a quien Dios en gloria haya, enseñó a doña muerte a oler la primavera y los caminos del otoño, la inició en el aroma de la lluvia y en el olor a tierra mojada que sobreviene después de la tormenta, y además la muerte, a su lado, y eso que se ven poco, aprendió a cantar habaneras torpemente con un acento lleno de recovecos sonoros que hacían ininteligibles las canciones; menos mal que solo se sabía dos y desentonaba como un aprendiz de coro. En lo que sí era una experta era en el tacto, que es un sentido que los ciegos y la muerte tienen muy desarrollado, tanto así que la mal llamada Dama de Blanco era imbatible jugando al cinquillo, a las siete y media y, al más difícil todavía, que por aquellos días estaba muy extendido, tute cabrón.

Estábamos en ese reconocimiento táctil de dos amigos que el azar puso frente a frente cuando don Álvaro me presentó a la muerte para que no tuviera que usarla hasta que el tiempo afianzara, como así ha sido, nuestra amistad.

Aquella noche salvamos la vida a un mortal. El indiano que llegaba a Madrid en el vuelo de la Panam desembarcó del avión antes de que la parca calculara que llegaría a Barajas. Nos entretuvimos comiendo media docena de chorizos con sus correspondientes huevos y una fritura de patatas nuevas que completamos con torreznos y dos cuartillos de vino por cabeza, cuando decidimos pedir acomodo en una pensión que nos recomendó el mesonero. La muerte continuó viaje, pero, para compensar la misión encomendada y sabiendo que estaba a mitad de camino de Madrid, solicitó llevarse a otro e indultar a Severiano Fuciños, que así se llamaba el indiano propietario de tres bares y un restaurante en Jersey. Nos despedimos y acompañamos a doña muerte hasta su coche donde dormitaba un chófer mal encarado y sordomudo. Justo al despedirnos, pudimos ver cómo un pequeño automóvil se salía de la calzada y chocaba contra un cercano muro que delimitaba la carretera. El conductor solitario falleció en el acto. Pudimos ver, en lo que dura una ráfaga de luz, cómo la muerte estaba a su lado y empujaba suavemente al pobre hombre que hasta ese momento guiaba el coche.

Han pasado muchos años y todavía no he olvidado la impresión que me produjo aquel accidente provocado. He visto a la muerte media docena de veces después de aquella noche, mantengo con ella un trato amable, afable diría yo, y cordial, pero nunca me he atrevido a comentarle aquel suceso. No he vuelto a parar nunca más en aquel mesón de La Bañeza, que no sé siquiera si todavía existe, y lo que nunca he contado es que desde entonces no he vuelto a conducir.

Contaba despacio este lejano sucedido y en su voz sonaba un deje de tristeza como si estuviera

sucediendo ahora mismo. Solo una vez tuve ocasión de escucharlo. Unos cuantos chupitos de licor café le habían soltado la lengua y estaba hablador. Me pidió que no grabara estas conversaciones de índole personal y que apagara el magnetofón, y así lo hice para poder disfrutar de lo que más me interesaba, que era la dimensión humana de mi autor predilecto.

Si Amanda lo urgía para que comenzase la novela, pues faltaban apenas seis meses para entregarla, yo mantenía la tesis de que su próximo libro llegaría solo y se daría cuenta cuando, detrás de las teclas del ordenador, pusiera el título. Sabía que, habiendo título, está escrita más de media novela.

La sesión vespertina de la charla del jueves era para hablar de autores contemporáneos. Hoy tocaba Juan Benet, con quien mantuvo una amistad intermitente que iba de libro en libro, es decir, entusiasta cuando leyó *Volverás a Región* y quebradiza cuando editó *Herrumbrosas lanzas*. Discutió mucho sobre las cualidades narrativas de Benet cuando se miraba en el espejo de Faulkner y discrepaba de la admiración que por Juan sentía el otro Juanito, García Hortelano. Lo que no le gustaba referir era la tentación de crueles comportamientos que Benet dispensaba a quienes quería.

«Le contaré cómo conocí yo a Benet». Se reclinó en el sillón y empezó a contarnos a Amanda y a mí un pasaje del que no hablaba con frecuencia. Amanda sabía que estaba superando el largo ataque de melancolía que le produjo el no poder recordar con precisión una conversación antigua que había mantenido en los claustros de la iglesia de su pueblo, un Jueves o Viernes Santo de hace una pila de años.

«Lo conocí construyendo, dirigiendo las obras de un pantano en la provincia de León, el embalse del Porma. Lo conocí porque la mujer con quien yo medio vivía por aquellos días era de un pueblo leonés justo al lado del poblado de barracones y viviendas de emergencia donde residían los obreros que trabajaban en la construcción de la presa. Los padres de Maruja eran propietarios de una casa de comidas, de una taberna grande, y mi mujer de conveniencia, y digo conveniencia como las banderas de extraños países que llevan los barcos mercantes para no pagar impuestos, no paró de presionarme hasta que consiguió que viajáramos para pasar un par de semanas bajo el techo familiar. Claudiqué y llegamos al pueblo una noche de mayo en un taxi que nos llevó desde Astorga. No había luna, la oscuridad semejava que, en lugar de la primavera, el otoño o acaso el invierno se había quedado a vivir en el valle. La lluvia era una cortina impenetrable que no dejaba ver la carretera, un auténtico muestrario de curvas que se iba estrechando según avanzaba el automóvil, mi enfado era manifiesto y discurría en paralelo a la alegría que notaba iba creciendo en los ojos de Maruja, deseosa de llegar a su aldea para abrazar a sus padres y presentarme a ellos, que me consideraban un señorito ocioso que no sabía hacer nada productivo para vivir como Dios manda y me dedicaba al estafalario oficio de escribir libros.

»Al fin llegamos. La taberna estaba llena. En la barra, atestada de trabajadores de las obras próximas, se bebía vino tinto y cerveza, y en el comedor, separado del mostrador de la cantina, media docena de mesas estaban ocupadas por lo que yo entendí que eran capataces y peritos de la presa en construcción. Al fondo, una mesa desocupada, más grande que las otras, estaba aguardándonos. Tras presentarme a su madre y su padre y ser observado como si de una bestia, si de un mulo, se tratara, y notar una leve aprobación motivada por mi atuendo de administrativo con traje y corbata, y después de adjudicarme una habitación alejada lo más posible de la que ocuparía Maruja, bajamos a la mesa vacía del comedor, que ocupamos toda la familia de Maruja —padre, madre y una hermana— y yo. Mi silla estaba casi pegada a la de un hombre joven que me

daba la espalda desde la mesa vecina donde cenaba junto a otras dos personas.

»La conversación con mis supuestos suegros resultó tan tediosa como larga, y al ver que no tenía trazas de terminar, me giré hacia mi vecino para mirar con curiosidad morbosa qué libro estaba leyendo, pues sobre la mesa, como un cura deja su misal o libro de oraciones, él había depositado una novela. Le pedí permiso para ver el título y al leer *Santuario*, exclamé “Faulkner” como quien descubre un tesoro.

“Soy Juan Benet, ingeniero de caminos, superviso las obras del embalse. —Fue su carta de presentación—. Estoy relejendo este libro. ¿Qué le trae por aquí?”. Respondí presto que estaba de paso acompañando a una amiga y, como persona bien educada, le dije quién era. Se sorprendió, pues recientemente acabara de leer mi *Árbol de la pasión*, que le pareció una obra, un libro grande, pues esa y no otra fue la expresión que utilizó.

»La semana que permanecí en el pueblo cenamos juntos todas las noches. Tardé en verlo dos años hasta que coincidimos en Madrid, en el Gijón».

¿Qué fue de Maruja?, preguntamos al unísono Amanda y yo, como si la pregunta estuviera preparada.

«Al regresar a Madrid, mi pareja comenzó un rosario de retahílas que tenían como cometido que me comprometiera con ella y cuyo desenlace era que nos casáramos antes de que acabara el año. Mi relación fue deteriorándose paulatinamente. Yo la quise lo suficiente como para no dar un paso en falso. Nuestro amor, más bien el mío hacia ella, era una pasión animal. Incluso estuve a punto de construir un nuevo idioma a base de sonidos guturales cuando hacíamos el amor, pues era muy generosa en la cama, rompiendo todos los tabúes que una educación convencional me impuso. La fui amando con la furia de los largos encuentros en mi pequeño piso de la calle Almirante, imaginando que cada tarde era una mujer distinta, un volcán en permanente erupción, me quedé a vivir temporalmente en su melena, sí, en su pelo donde cabía toda la noche, en su cabello negro del color del azabache que me obsesionaba.

»Cuando pensaba en Maruja solo veía su cabellera desparramándose sobre mi pecho, su pelo y su pubis de yegua desbocada. La fui queriendo a mi manera, pero enseguida supe que mi futuro no era su futuro y que tenía que encontrar pronto un pretexto para continuar mi vida sin ella. Nunca le di esperanzas de un compromiso que fuese más allá de un viaje a Barcelona, donde le presenté a mis amigos catalanes, a Juan Perucho, al poeta Gil de Biedma, al editor Carlos Barral, y a las mujeres más bellas y libres de la galaxia literaria y que vivían en Cataluña: mi adorada Ana María Matute y Rosa Regás.

»No debí haberlo hecho, pues entendió que, una vez presentada en sociedad, la fecha hipotética de la boda no tenía marcha atrás, y que el viaje a Barcelona en donde vivimos como marido y mujer en una pensión de la plaza Real era la prueba fehaciente de un compromiso que nunca existió.

»Entonces, mejor dicho, a partir de entonces, decidí librarme de ella. Maruja era farmacéutica sin botica propia, prestaba su nombre a la farmacia de una señora que no terminó la carrera a falta de unas asignaturas y que usurpó la titularidad del negocio bien situado en la calle Montesa, al que acudía a ratos perdidos y por el que percibía una cantidad económica notable. Nunca vivimos bajo un mismo techo, ella en su casa y yo en la mía, ni que decir tiene que las más de las noches las pasaba en mi cama, y yo le agradecía su generosidad, pero nuestra relación no era viable. Así que puse fecha para nuestro desencuentro definitivo y, al final del verano, al volver de Galicia, le dije que ya no la quería. No era verdad y me dejé embargar por una tristeza otoñal. Dejar a Maruja fue muy doloroso y, contrariamente a lo que creía, no fue nada fácil olvidarla. Ella no

insistió en verme ni en reanudar nuestra historia común, no fue una mujer despechada y como vino se fue. No hubo reproches ni escenas dramáticas. Aquel otoño, al comenzar noviembre, un viejo amigo exiliado en Francia me ofreció trabajar en París en las emisiones extranjeras de Radio Francia, y no lo pensé ni un minuto. A mediados de mes ya estaba instalado en París, donde transcurrieron los mejores años de mi vida. Un año más tarde, Gallimard me contrató una novela que tenía a medias y de la que le pasé media docena de folios que resumían mi proyecto narrativo.

»Cuando se editó fue mi gran éxito editorial, vendí muchos más libros de los que pude imaginar y *A través de la niebla* se consideró la gran novela española del exilio. Se tradujo a más de veinte lenguas y en España fue durante mucho tiempo una importante referencia narrativa. Pero de eso ya hablaremos en otro momento.

»Hace exactamente siete años fui avisado por amigos comunes de que Maruja estaba agonizando en determinado hospital. No quise ir a verla, supe que permanecía soltera y que no había superado, pese a los años transcurridos, nuestra historia de amor. Siguió amándome en silencio desde su soledad. Yo no podía visitarla en su lecho de muerte, pedí ser informado día a día, y no habían pasado ni quince cuando me comunicaron la noticia de su fallecimiento. Esta vez sí quise acompañarla hasta su última morada. Aguardé en el camposanto la llegada del furgón fúnebre a la puerta del crematorio, vi cómo llevaban a hombros su ataúd y lo introducían en la capilla. Llevé un ramo de lilas que dejé disimuladamente olvidado en un banco de la sala, salí discretamente antes de que introdujeran su féretro en el receptáculo, y entonces no pude impedir que me saltaran las lágrimas. Había muerto una parte de mi memoria remota y la estaba despidiendo. La mañana era luminosa como luminoso fue su recuerdo».

Amanda se emocionó con el relato, el viejo autor habló de lo que nunca hablaba; se sentía cómodo y se le notaba, relatando, aunque al contar el final de Maruja se le quebró la voz. Yo no quería que se acabara la conversación, pero Amanda, que lo conocía mejor que yo, la dio por concluida y manifestó que estaba fatigado «por el peso de los recuerdos», dijo. Me despedí hasta el jueves. Al bajar y abrir la puerta de la calle, algo parecido a una emoción antigua se posó en mi pecho.

El aire de la calle, la brisa del atardecer que preludia los altos días de mayo, me devolvió la mirada que se perdía cada tarde cuando acudía a la casa de mi admirado escritor. Regresaba, pensaba, a la vida tal como era, a las calles ruidosas, a la prisa de los viandantes, al bullicio feliz de las gentes sentadas en las terrazas, al ir y venir de las muchachas reventando en sus blusas las primaveras, me detenía en todos los escaparates de la calle, y mi paseo se demoraba hasta que la noche comenzaba a reflejarse en las vidrieras de los edificios que como soldados festoneaban a ambos lados la calle por donde caminaba como un general que pasa revista a sus tropas.

Hasta el próximo jueves no volvería por el piso del maestro, no volvería a conversar con él ni tendría que preguntarle por otros amores distintos al de Maruja, que tener los tuvo, el viejo embaucador, y de paso me contaría aquel París en donde fue feliz. Eso sí, tendría que encontrarlo en buena disposición, pues pasó días enteros, tardes enteras, mejor dicho, que de su boca no salió palabra alguna y evitó sistemáticamente las respuestas. El viejo revive con las primaveras y debo aprovechar esta luz de mayo para iluminar nuestras conversaciones.

Me encargó el periódico dos amplios reportajes para publicar en el magacín del verano, tengo más material que el que puedo escribir, que el que cabe en cuatro páginas del diario, pero me acostumbré a visitarlo y no encuentro motivo para dejar de hacerlo. Siempre está con nosotros, como testigo, Amanda. Yo creo que está profundamente enamorada de su biografiado, y es un amor real de mujer a hombre, no un afecto filial ni una admiración profunda bien entendida. Cualquier

día se queda a dormir, para acompañar su sueño, prolongando la vigilia mientras el maestro duerme; cualquier día se acuesta en su cama y abraza el viejo cuerpo que pronto cumplirá ochenta años. Estoy seguro de que Amanda lo ama, y puede ser incluso, qué barbaridad se me ocurre, que yo me esté asimismo enamorando poco a poco de ella. No puede ser, tengo que sacar esta perversa idea de mi cabeza.

Bueno, hasta el jueves no vuelvo por el piso y va siendo hora de que ponga punto final a las visitas semanales. Ya tengo material de sobra para el reportaje.

LA ÚLTIMA NOCHE DE MI VIDA

Lleva doce días sin salir a la calle. El médico, su amigo el doctor Barros, tan viejo como él, le manda pasear, salir, integrarse en la vida del barrio, tomar un café o un vaso de buen vino en una de las terrazas de Chamberí, o dejarse caer por el café Gijón. La próxima visita clínica será en un velador del Gijón como antaño. Debe estirar las piernas y caminar, aunque sea poco, dejarse ver, que está desaparecido, y yo estoy un poco harta de recibir en casa a fulano y mengano. Él no quiere, pues muchos son unos perfectos desconocidos. Meritorios que quieren saludar al maestro, verlo de cerca, estrechar su mano huesuda como un sarmiento que se palpa al estrecharla.

Van y vienen, ¿quién es ese? Y yo contesto que un joven estudiante de humanidades, otro que tiene un *blog* literario, y le explico lo que es un *blog*, y le digo que la gente lo lee en el ordenador. Y va consintiendo; lo que no acepta es que lo fotografíen, y menos en su casa desastradamente vestido, y eso que le escondí la boina, lo afeé diciéndole que toda la vida refunfuñando contra Baroja y ahora se estaba pareciendo a don Pío. Solo le faltaba recibir acostado con abrigo y boina. Ambos raídos y llenos de mierda. La comparación hizo efecto y se acicala más a menudo. Pero no sale a la calle y le hace falta, argumenta que ya no hay sitio para él en las aceras ni en las terrazas; que le aterra, no es verdad, el ruido; que le molesta que la gente lo mire, cuando en realidad lo ignoran; que salir es un oficio que se ejerce hasta los sesenta años, más allá es chochez de viejos *voyeurs* que miran para ser vistos.

Mañana vamos a salir, a mí también me hace falta, pues se me pasa la vida a su lado, y aunque nada me retiene, yo quiero acompañar sus días, compartir sus rutinas, celebrar sus manías, hurgar en su biblioteca y en su memoria, ponerme guapa para que él me vea —pues soy invisible para el maestro—, que la brisa rompa en mi cara, que beba el aire que se posa en mis labios. Guío con escaso éxito lo que escribe, porque el maestro no escribe ya nada, y no sé si es por pereza o por hastío. No escribe, ni lee. Solo se observa en su interior y aguarda, los días en que le ataca la melancolía, que llegue la muerte.

Pero a la parca no se la espera y él tiene una inquebrantable salud de acero. Está bien de todo y está un poco cansado de no hacer nada, de vivir instalado en sus recuerdos que ni siquiera comenta. Últimamente colecciona pasajes antiguos, conversaciones que no puede recordar y que tuvieron lugar en el pueblo de Galicia donde nació. Pasea en sueños por las estrechas, por las angostas calles de su pueblo, y descubre la mar, a pie de calle, bordeando el paseo. Siempre ignoró la mar, nunca le hizo caso, y ahora dice que lo llama, que procura la compañía de su mirada. Es una pena que Madrid no tenga mar y que Vilaponte esté tan lejos. Anda haciendo planes para que este verano pasemos unos días en el pueblo. Quiere, y es una obsesión que le está rondando demasiado tiempo por la cabeza, recuperar una lejana charla que tuvo un Jueves o Viernes Santo en los claustros de la iglesia porque no salía la procesión a causa de la lluvia. Pero ya no quedan testigos y no recuerda sus voces. Sigue sin comenzar la novela y los plazos van corriendo. Yo tengo que obligarlo. Le he dicho que iremos al pueblo en agosto, los dos, pues él no puede ir solo, si para entonces tiene ya escrita media novela. Eso lo animó y, pese a no

prometerme nada, yo sé que de un momento a otro va a comenzar a escribir.

Cuando abrí la puerta, ya me estaba esperando. Había hecho café para los dos y se puso el traje de rayas azules. A las doce del mediodía nos esperaba el director general del metro de Madrid en la estación de Sol, pues en homenaje a él se iban a pegar en los vagones, junto a las puertas, páginas escogidas de varias de sus obras como reconocimiento a su tarea de escritor, lo que enaltecía su vanidad y hacía que su ego se aposentara en las líneas del metropolitano que tanto le había gustado.

Nos estaban esperando varios gerifaltes. Fueron amabilísimos con nosotros, que nos sentamos en un vagón nuevo y medio vacío. Nada más ocupar su asiento y dejar que su mirada vagara por un infinito apresado en aquel convoy, supe que en ese mismo instante estaba comenzando a escribir su novela, que su encargo narrativo ya tenía el íncipit, la primera de las líneas que iba a conformar una historia. Estaba segura.

Los vagones de tren tienen una memoria de cápsulas de tebeo, de naves subterráneas donde viajan los héroes míticos, allí se sienta Eneas, y a su lado puedo distinguir a Clark Kent, que es Superman disfrazado de señorito, pero puedo reconocerlo. La mujer de enfrente es Beatriz soñando permanentemente con Dante. Yo estoy de pie al final del vagón. Me sujeto a la barra transversal con la mano derecha. Veo entrar y salir a los pasajeros. Una estudiante de español deletrea en voz alta el nombre de las estaciones, más bien es una lección de geografía bajo tierra casi cantada con un soniquete amable que me distrae. Me dedico a imaginar lo que estarán pensando los viajeros y cuáles serán sus destinos, en qué barrio habitan.

Calculo su edad, y como un acertijo imagino mentalmente su procedencia. La estudiante recitadora compone un poema oral con el catálogo de estaciones, para mí que es británica, de la campiña cercana a York. Lleva poco tiempo en España, apenas un par de meses. Lo sé por el tono de su voz cantarina, como de agua fresca en fuente limpia de una primavera en abril. Quizás ese sea su nombre, que los ingleses son muy aficionados a la rueda onomástica de los meses. El Superman disfrazado de oficinista es efectivamente un administrativo de una compañía de seguros. No sabe anudar corbatas, se ve en el nudo de la suya, sobado por habérsela puesto mil veces sin deshacerlo. Las gafas tienen recuerdos de jabón matutino al lavarlas con prisa. Le gustaría ser Superman a tiempo completo, pero no es posible. En un momento lo cerca el sueño y da una cabezada que acaba en un ligero sobresalto. El efímero sueño lo llevó a una academia donde hizo las oposiciones que no aprobó para trabajar en un ministerio, escuela nocturna que instaló un cartel que ocupa toda la balconada del primer piso y que anuncia que se enseña a volar en dos semanas. Justo el viejo deseo del hombre que sueña dormido y que cada noche vuela en sueños, que se eleva hasta las nubes y que divisa el mundo en sus redondeces. Cuando ve a una joven que es perseguida por un grupo de malandrines, suena invariablemente el despertador que marca las siete y nuestro hombre despierta. El oficinista que se cree hombre pájaro vive en una pensión del centro. Ayer cumplió cuarenta y siete años y lo celebró tomando unas cañas con los compañeros de oficina. Como se hacía antes.

No me había fijado bien, pero la romántica Beatriz que espera que Dante pase las páginas del purgatorio es ciega. Sentada frente a la primera puerta del tren que viaja por las entrañas de la ciudad, se apoya en un bastón blanco. Beatriz es ciega y no puede ver los colores de la oscuridad, ni percibir esa luz mortecina de los sótanos iluminados. Pero le han contado muchas veces los colores de la vida, los ardientes encendidos apagándose de las puestas de sol, el color esperanza de los amaneceres. El mundo puesto en pie de cada primavera, la serena palidez de los inviernos,

el color transparente de la lluvia. Colorea Beatriz todas sus fantasías. Sostengo que es la hija mayor de un portero de la calle Goya. Nació y continúa viviendo en una portería, hidalga pero humilde, su paraíso vital. Es un personaje de una narración triste que bien hubiera podido escribir una de las hermanas Brontë. Si yo fuera de su edad, unos años arriba, incluso, me habría enamorado, y le contaría cómo es el arco iris e imagináramos entre los dos todos sus colores.

Las dos mujeres sentadas a mi espalda visten prácticamente igual, con su falda plisada y sus rebecas oscuras. Se distinguen por el color de sus blusas, la más joven de las dos tiene una blusa rosa moteada, la mayor, de un blanco immaculado. Si tuvieran toca cubriendo el cabello, diría que eran monjas. No tienen edad de ser madre e hija, tal vez hermanas que cuidan a una madre enferma y su asueto es viajar en el metro como quien visita ciudades que coinciden con el nombre de las estaciones. La joven tiene apagada la mirada; la mayor, simplemente marchita. No hablan entre sí, no se dicen nada, pero observo que están mascullando algo, hablando, puede ser, en voz baja, aunque me estoy dando cuenta de que ese murmurar sordo no es otra cosa que un rezo. Están rezando.

Me dejo llevar por oraciones antiguas para interpretar qué salmodia convierte el vagón en oratorio y en la memoria, recostado junto a cánticos de infancia, encuentro un salmo del rey David que no sé si es una oración o un poema, que lo mismo da para loar a Dios.

Se abren las puertas y entra un extranjero que comienza a tocar el acordeón a la vez que pide una ayuda para combatir la crisis económica. No es un mendigo, no pide limosna, es un artista que solicita el amparo mínimo de un par de monedas. Canta desganado una bella versión de *O sole mio*. Los viajeros se muestran indiferentes, no atienden ni aplauden. Solo dos personas respondemos al óbolo solicitado. Se apea en la siguiente estación no sin antes agradecernos la amabilidad para con él.

Avanza el tren por la oscuridad del subsuelo. Los usuarios mudan su presencia entre estaciones, suben y bajan entre apresuramientos calculados. El vagón está lleno de prisas y silencios. Nadie habla con nadie, nadie conoce a nadie, es solo un viaje efímero del punto de partida al de llegada.

Me resulta muy gratificante el viaje en tren por dentro de la ciudad que sigue ocultándome sus secretos, que me considera un intruso, un personaje de Julio Verne que no busca nada porque nada encuentra.

La mujer está inmóvil. Tiene sus ojos clavados en la página de un libro que lee abstrayéndose de su entorno. Viaja sola al fondo del convoy como si nadie la mirara, como si ella a su vez no nos estuviera viendo. La miran dos adolescentes que comentan su quietud de estatua. Me acerco con la intención de saber qué libro está leyendo, me dirijo a ella y le pregunto el título del libro, me contesta sin apartar los ojos del texto y escucho que es *Jardín de invierno*, uno de mis primeros libros, editado hace más de treinta años. Me presento, me identifico como su autor. Mira de reojo mi foto impresa en la solapa. Duda que sea yo, pero al fin encuentra el parecido.

Han pasado muchos años, le digo, y le pregunto qué le parece la novela; responde con un seco no está mal. Inquiero su procedencia, pues su acento me transporta a la otra orilla de la mar. Es ecuatoriana y hace doce años que falleció en un vagón de este mismo metro en el que viajaba desde Vallecas a la estación de Atocha para coger un enlace hasta la avenida de América. Una bomba asesina firmada por el fanatismo terrorista provocó ciento noventa y dos muertos que viajaban en distintos trenes. Fue en el mes de marzo y nunca lo podremos olvidar quienes estamos todavía vivos.

Cada tarde, desde el día de su muerte, después de cambiar la última noche de su vida por una mañana en la que casi se podía palpar la primavera, hace este u otro recorrido en el metro, lee

este u otro libro, nadie se acerca a preguntarle. Es la imagen de un recuerdo. Realiza los trayectos para que nunca se olvide la lejana cercanía de una tragedia que el tiempo no puede curar.

Pensé en el día en el que la muerte camuflada con goma dos y metralla viajó en metro y fue sembrando de cadáveres las vías de la estación de Atocha. Ahora no me podía, no me quería abstraer de la muerta sentada junto a la primera puerta, permanentemente inmóvil, con una melena canosa que le ocultaba el rostro, que no dejaba ver sus bellos ojos azules que pude apreciar cuando alzó su cara y me miró. Comprendí entonces cuánto dolor se cobijaba en aquel cuerpo menudo que recorría a diario un buen puñado de estaciones.

Y me sentí un topo horadando el subsuelo urbano. Aquella buena señora y yo no íbamos a ninguna parte, no viajábamos a ningún destino, y a nadie le importaba nuestra historia. Pensarían de mí que no estaba cuerdo si contaba lo que había visto a la altura de la estación de Goya. No resultaba verosímil que me hubiera encontrado en el metro con una víctima de la matanza acaecida hace una docena de años en varios vagones de tren y de metro que rendían viaje en Atocha. Seguro que lo hubieran tomado como delirios fantásticos de un viejo escritor que se quedó sin ideas, que su cerebro está casi seco por la edad propecta, se le agotaron las historias y tiene que echar mano de sucesos luctuosos que ocurrieron en su ciudad.

De repente miré de nuevo y ya no estaba. La mujer muerta continuaba su camino, se bajó para hacer transbordo creo que en Ibiza. Yo no la vi, pero lo supe. Quiero volver a encontrarla, me gustaría que se quedara a vivir al otro lado de la vida, para que habitara por siempre junto al arcón donde se guardan los secretos y para que no girara constantemente bajo la tierra como quien monta en un carrusel que nunca se detiene, como quien hace de su vida una lectura circular que gira como una noria que va y viene.

Como ven, a nadie le puedo contar lo que sucedió. Aún no entiendo el porqué de proseguir aquel viaje después de la ceremonia inaugural. Mi acompañante no se dio cuenta de nada, solo me escuchó al preguntarle qué libro estaba leyendo. No oyó la respuesta, no llegó a saber que leía *Jardín de invierno*, uno de mis libros más populares, que escribí cuando todavía creía que el mundo se podía cambiar con palabras e ignoraba que no pueden siquiera sostenerlo.

Guardé para mí el último secreto y aquella misma tarde, y contra mi rutina, comencé a escribir esta historia que titulé como una película, la última que he visto. El director es un joven italiano que sucede filmicamente al Fellini más barroco: *La última noche de mi vida* se llamará el nuevo relato, igual que la película que el coprotagonista iba a rodar antes de suicidarse y elegir su última noche. No sé cómo voy a encontrar pasajeros que viven su propia muerte y que vienen a mí para que yo sea su cronista, para que cuente cómo se han ido y ahora deambulan por entre los vivos, condenados a vagar eternamente, reivindicando su propio fallecimiento para que nunca se olvide y dar testimonio de su paso por la tierra.

Pienso que la dulce señora del vagón de metro acude cada noche a un cementerio urbano donde se reúne con un grupo de muertos anónimos e intercambian el cómo les ha ido en la jornada que concluye. Les dirá esta noche que me ha conocido, que conoció al autor del libro que estaba leyendo, y que quizás valdría la pena que intentaran verme porque, les aseguró, soy viajero de los trenes del subsuelo e incluso un texto de mi autoría está pegado en una hoja plastificada en los vagones del metro.

Pero resultaría descabellado, inverosímil, estoy seguro de que así será, aunque yo no tenga a quién contárselo sin intranquilizarme. No sé por qué acepté visitar aquel convoy, subirme en el metro y dejarme llevar, como siempre, por lo que decida Amanda.

Ahora no puedo referir nada de lo acontecido. Esta noche me acostaré tarde, cuando ella no esté

a mi lado escribiré esta historia, haré con ella un relato corto, le diré que es para el diario, que lo envíe, que es un recuerdo, ni siquiera un homenaje a las víctimas de los trenes de Atocha. Y cuando me felicite y se alegre porque he vuelto a escribir, le aseguraré que era algo que tenía pospuesto y que el insomnio me llevó hasta la pantalla del ordenador, que estaba vigilándome, mirándome desde sus ojos glaucos y tristes, sin córneas ni cristalinos, y que yo le devolví la visión escribiendo una historia que, como ves, es del todo fantástica.

Y Amanda, que no sospecha que lo que cuento es real, se dispondrá alborozada a retocar las comas y los puntos, como suele hacerlo, y, después de preguntarme si le envía el texto al director de opinión o al director del diario, y de comentar entre aspavientos que no sé lo que se alegra porque haya vuelto a escribir, y llamar a un mensajero para hacer llegar el artículo al periódico como si no existieran correos electrónicos o se hubiera olvidado por la falta de costumbre, presa de un inusual estado de excitación, me vi obligado a fijarme en ella y en su falda ajustada de color negro que la estilizaba mucho. Me sobresalté porque, sin darse cuenta, empujó la taza de café que había dejado sobre mi mesa, y se vertió, se derramó entera sobre mi pijama.

Estaba segura, y así me lo dijo más tarde, de que aquel relato era el inicio de mi novela. Igual tenía razón. Me tuve que cambiar de pijama y el que me puse, de color blanco, parecía un sudario de andar por casa, un hábito fúnebre a la manera de los japoneses, que me obligó a maldecir la mañana y mi indefensión sobre las cuestiones domésticas que desde hacía muchos años ya no eran de mi incumbencia, y esto pensaba, cuando recogí la taza y vi en el fondo del pocillo los posos que el café derramado sobre mi pijama había dejado, y me dispuse a leerlos, a interpretarlos siguiendo una antigua costumbre esotérica que me enseñó, en mi lejana juventud, una anciana zingara que, con su tribu y un grupo de osos adiestrados, acampaba cada primavera en una finca de mi familia que lindaba con la casa de mis abuelos a la que acudía cuando la *troupe* de los gitanos llegaba con el mes de mayo, anunciado en el colorido de sus vestimentas.

Pero no tenía ningún mensaje en los posos casi desvaídos, nada me decían de mi lectora fallecida en el viejo atentado de los trenes de la muerte, estaban poco comunicativos o es que yo ya me había olvidado de leerlos correctamente, y aguardara a que me hablaran, y permanecieron mudos.

Abrí la ventana para llenar de vida el aire renovado de la habitación y me dejé llevar por una memoria que no me correspondía, la de los muertos que la ira y el rencor sembraron en los frecuentes atentados que ya no nos estremecían.

Y volví a acordarme de la vieja conversación de una Semana Santa tan lejana que ni siquiera pude recuperar las voces escuchadas antaño, pero una imagen que llegó relampagueante a mi cabeza retrató la foto fija de aquella tarde. Y supe que era Jueves Santo, hacia las seis de un día a principios de abril, la mimosa del atrio daba sombra al paso de la última cena. Los apóstoles estaban a punto de ser reintroducidos en el templo, la tarde amenazaba lluvia y la procesión no saldría.

Ese y no otro debía de ser el tema de aquella conversación, aunque no me satisface tan nimio argumento. Pero estaba viendo el rostro de los apóstoles uno a uno, una tripulación de doce marineros con su patrón. Tenían solo la cabeza de madera policromada, sus cuerpos eran estructuras débiles de madera arropada por trajes de terciopelo cada uno de un color. Y me miraban fijamente como si me quisieran contar algo, una historia antigua, o el misterio de los muertos que viven entre nosotros sin que nadie tenga noticia de ello, muertos de todas las edades, muertos niños, cadáveres que han salido de las cunetas para reanudar su vida de muertos, fusilados en las tapias de los cementerios en los primeros días de la Guerra Civil española,

muerdos sin nombre que continúan viajando en el largo metro, en el tren sin paradas de la historia, y que vuelven, regresan rondando mi novela aún por escribir.

Y Judas Iscariote, con su rubia cabeza, disimulaba la mirada. No quería verle la cara a Jesús mientras sujetaba en su mano derecha medio escondida una bolsa de terciopelo dorado donde guardaba las treinta monedas de la traición, el pago recibido por vender aquella tarde al Hijo de Dios. Y recordé, mientras no podía apartar de mi cabeza el paso procesional de la sagrada cena y la posterior discusión que no era capaz de reconstruir, la vieja leyenda judía que establece que todo el dinero que hoy existe en el mundo no son más que los intereses de aquellos treinta denarios de plata, o como sea que se llamen, cobrados por Iscariote por vender a Jesús.

Añadí que, aquella noche que el Jueves Santo conmemora todos los años, Judas se colgó de una higuera y ahorcándose lavó su afrenta. Estoy seguro de que el Señor le perdonó. Se había comportado como un hombre cabal, y el viento meció su cuerpo toda la noche no muy lejos de donde estuvo Jesús crucificado en el monte Calvario.

Y a qué vendría todo eso ahora, pensaba mientras recordaba el interés que mostré por Iscariote cuando pretendía escribir, reinterpretar su vida, lo que me obsesionó por algún tiempo. Lo fui posponiendo, pero llegué a sentir gran simpatía por el hombre de Kerioh, e incluso con un amigo siquiatra indagué en su comportamiento y aún más en su supuesto arrepentimiento. Cuando escribí para unos cuadernos literarios un imaginario inventario de vientos, catalogué como Iscarión el viento que agita los cadáveres de los ahorcados antes de que llueva de manera frenética en los bosques de carballos que sirven de cadalso. Los muertos por ahorcamiento tienen un bamboleo característico, como de baile de derviches turcos que entran en trance.

Quién sabe si mi atención recurrente a la figura de Judas apóstol no habrá nacido en la olvidada discusión que no soy capaz de reelaborar de aquel lejano Jueves Santo.

Cuando llegas a mi edad, todas las ideas son ideas viejas que vuelven a ti, emergentes por enésima vez, recurrentes con frecuencia cada vez más corta en el tiempo —los viejos contemplamos lo que nos queda de vida a través, o a partir, de un manojo de sentimientos que crecieron con nosotros hasta escaparse de nuestra vida para siempre—, son las que nos sobresaltan despertándonos por la noche, las que nos impiden centrarnos durante la vigilia. A veces están agazapadas en una depresión doméstica más duradera de lo deseado, y en ocasiones constituyen el camino más corto hasta la locura.

Por eso no quiero comenzar una nueva novela, mi previsible última novela: porque ya he contado todo lo que tenía que contar y ahora me asaltan con frecuencia las mismas ideas ya tratadas en otros libros, textos propios y libros ajenos que van y vienen girando dentro de mi cabeza en un vuelo circular como de pájaros cautivos. Mi encuentro con la muerte sentada al fondo de un vagón de tren hizo que volviera a excitarme con el oficio de escribir, quizás era una señal que me indicaba el camino, un sigue por aquí que vas bien... También podía ser un truco efectista, una lectura sentimental de una propuesta literaria, o un proyecto desgarrador de un viejo que se siente condenado a escribir un tema muy alejado de su universo narrativo.

No sé por dónde tirar, las víctimas del terrorismo son un motivo peliagudo, los años del plomo de las Brigadas Rojas italianas con el punto final del asesinato de Aldo Moro, la locura de secuestros y muerte de la fracción alemana del Ejército Rojo con Andreas Baader y Ulrike Meinhof como vanguardia del crimen, la vesania independentista que creció durante décadas en las filas de ETA dejando más de ochocientos asesinatos y un territorio que aprendió a convivir con el miedo, con el terror ejercido contra la ciudadanía del País Vasco; la locura irlandesa del IRA, matando por una Irlanda reunificada e independiente, y ahora el terrorismo que viene con el

Corán reinterpretado bajo el brazo.

Todo el dolor que no cabe en novela alguna y a nadie consuela. Yo no sé escribir sobre ello, yo no quiero escribir poniendo un panteón en cada página, un cementerio, un obituario de principio a fin, no quiero que al cerrar el libro caiga la sangre. Yo, precisamente yo, que llevo mi vida entera huyendo del compromiso, evitando significarme con las causas que reclamaban mi sanción ética, yo que ni siquiera firmé el manifiesto contra la condena a muerte de Julián Grimau, y eso que me lo pidió mi gran amigo Manolo Vázquez Montalbán, no quiero redimirme en la denuncia de historias ya concluidas. El tiempo fue cerrando heridas y desmovilizando la guerrilla urbana que provocó tanto daño, pero la mujer sudamericana, la muerte del metro, me quita el sueño. Llevo unas noches que me despierto a mitad del sueño y se me aparece pidiéndome que cuente su historia. Espero que cuando salga mañana el artículo que escribí para *El País* colme sus deseos; al fin y al cabo, un artículo de prensa es una novela resumida, contada en ocho mil palabras, en las que caben toda una vida y toda una muerte.

Como no consigo que el sueño se adueñe de mi mente y desarme mis extremidades durmiendo al menos un par de horas, me levanto del lecho y busco un disco, una canción que me acompañó tantos años. Enciendo el viejo tocadiscos y hago que suene la voz de Fred Astaire y oigo la canción de Irving Berlin y escucho, como lo hice tantas veces, *Check to Check*, de *Sombrero de copa*, que en tantas ocasiones me condujo, como espero que lo haga ahora, a ese lago intensamente azul de los sueños que llenan las noches y me dejo llevar por la letra amable, «*Heaven, I'm in heaven...*», que me transporta a un cielo sonoro y que me obliga por fuerza a recordar que pronto cumpliré ochenta años.

Me regalaré un sombrero de copa. Siempre he querido tener uno y no lo compré en mis viajes a Londres, después de habérmelos probado una y otra vez en aquella pequeña sombrerería proveedora de la real casa de su majestad la reina, que Dios guarde y dé larga vida. Nunca, acaso por una timidez impostada que no fue la tónica de mi comportamiento. Siempre he querido tener un sombrero de copa de terciopelo azul, más bien oscuro, con diez o doce reflejos evidentes al caminar los mediodías, un sombrero algo caído hacia el lado izquierdo como si lo hubiera llevado toda mi vida, y al pasear iría dirigiendo mi mano derecha hasta la copa en señal de respeto a los viandantes conocidos.

En realidad, nunca he tenido un sombrero de copa porque en el momento de comprarlo me he visto en mi infancia pueblerina, y era un mozalbete ataviado a la más vieja de las usanzas, entre chavales de mi edad vestidos de *sport*. Los más pobres llevaban una gorrilla de felpa con media visera, todos usaban atuendos deportivos, como mucho un par de ellos gastaban americana, y yo, en medio, estaba vestido con una levita verde y un sombrero de media copa del mismo color.

Parecía el hombre anuncio de un espectáculo que pasó por el pueblo y que exhibía un zoológico ambulante. La escena, que no era ni fue nunca real, me paralizaba cuando ya había elegido el sombrero que iba a comprar y salía de la tienda sin adquirir ninguno, ni un bombín o un sombrero de verano de esos de paja que llaman panamá, ni mucho menos mi deseado sombrero de copa azul.

Era una foto fija fruto de los retales de mi fantasía, los fotogramas de películas que no se rodaron nunca, y que llegaban hasta mí desde que me fui del pueblo para no volver, aunque he vuelto fugazmente y reconsidero aquel adiós que quise convertir en definitivo.

Me veía rodeado por mis connilitones, por mis amigos queridos y por muchos conocidos de mi juventud. Esperábamos que pasara frente a nosotros la procesión del Corpus Christi. Era un jueves festivo, como el Jueves Santo y el de la Ascensión, y allí estaba yo, en medio de todos, con mi

levita y mi sombrero de media copa verde.

Bien se entiende que esa escena que recuerdo con nitidez nunca existió y en ningún caso fue vivida por mí. Se vino conmigo en un atadillo de recuerdos imposibles que traje de mi infancia y adolescencia y que no quisieron quedarse en ese archivo irreal del pueblo al que pertenecen.

Ya lo he pensado, haré que se entere Amanda de que el regalo que me gustaría recibir el día que cumpla ochenta años ya está elegido. Quiero que sea un sombrero de copa azul en donde se refleje el sol circular de los mediodías de invierno. Voy a dejar bien visible, que en algún sitio la tengo guardada, la dirección de la sombrerería de Londres.

LEONARDO DEL RÍO

Ese es mi nombre. Más exactamente, Leonardo Río Landro, hijo de Leovigildo Río Estanco y de Purísima Landro Rodríguez. Mi editor abrevió mi nombre y añadió una preposición por considerar que de esta forma sonaba más rotundo. Desde mi primer libro me rebauticé de esta guisa. En mi biografía están falseados muchos datos personales, incluso en la Wikipedia. La fecha de nacimiento es la que consta en el documento de identidad, al menos de manera aproximada. Tengo setenta y nueve años, demasiados para haberlos vivido uno a uno; carezco, por lo tanto, de proyectos que no tendrían sentido y no forman parte de mis apetencias, que son ninguna. La muerte es la próxima de las paradas que deseo que llegue mientras escucho las *Variaciones Goldberg*, de Juan Sebastián Bach, que alguna tarde de otoño suenan dentro de mí como una marcha solemne que anuncia lo que no llega.

El día de mi octogésimo cumpleaños escribiré un personal manifiesto a modo de testamento literario para ingresar en el olvido, aunque coincida con la edición de mi último libro, que tengo que escribir sin saber cómo y que ya se coló como adelanto mínimo en forma de artículo para el diario cuando conocí a una pasajera del metro que hacía el mismo viaje cada día, años después de haber fallecido en el atentado de Madrid.

No deja de ser sorprendente, acaso la postrer broma del destino, que la inspiración me la envíe la profunda conmoción que me ha producido encontrarme cara a cara con una viajera que estaba leyendo un libro que escribí hace varios lustros. Los muertos van a infundirme vida, a revitalizarme, a elegirme como cronista del dolor y de la barbarie.

Nací, lo contaba siempre de esta manera en las entrevistas promocionales, en un poema de Walt Whitman, al final del transcendentalismo; nací en el corazón del conocido poema *No te detengas*, justamente en la estrofa que asegura que es menester no dejar de creer que las palabras pueden cambiar el mundo, sentencia de la que nunca he abdicado, aunque sí renunciado temporalmente, cansado de ir acumulando palabras sin que el mundo cambiara un ápice.

Fue a peor, al final de la Segunda Guerra Mundial se fueron multiplicando las esperanzas para hacernos creer de nuevo en el hombre, pero fue un espejismo que se diluyó pronto. Vi el mundo por vez primera junto a la mar que se moría cada mañana en la orilla de un pequeño pueblo del poniente, donde se acaba el mundo.

He sido el primero y el único hijo de una pareja pintoresca que siempre me quiso con pasión, pudiéramos decir que enfermiza. Mi madre, Puri, tenía dos hermanas solteras, Inmaculada y Concepción, que vivían en una de las dos casas que construyó mi abuelo a su regreso de Cuba. La otra, uno de los mejores edificios que tenía el pueblo, la ocupábamos nosotros. Y lo hacíamos desahogadamente, sin excesivos lujos y sin carencias notables. En la planta baja, mi madre, para entretenerse, dirigía una academia de corte y confección, aunque en realidad era una buena costurera que aprendió a coser con una modista de la capital que había trabajado para afamados talleres de moda en París.

Mi padre era una buena persona, sin oficio conocido, aunque tenía rudimentos de contabilidad.

Oficialmente se ganaba la vida como delegado de una marca de neumáticos y repuestos para automóviles en la comarca cuando todavía existía escasa motorización en los pueblos de la costa.

Cuando Castro ocupó el poder e instauró un gobierno revolucionario en Cuba e incautó los bienes a los legítimos propietarios, mi padre se consideró expropiado, aunque las herederas directas eran mi madre y mis dos tías, perdiendo, decía a quien quisiera escucharlo, dos ingenios tabaqueros en Matanzas.

Quien lo sufrió directamente fue mi abuelo, que tras el triunfo comunista de la revolución cubana enfermó gravemente de una especie de melancolía depresiva y falleció a las pocas semanas. Mi abuela se había muerto diez años antes en la isla.

Cuento esto porque nunca lo he hecho y porque, sin que tenga interés para casi nadie, es una manera de dejar un testimonio de quién he sido, o quizás de cómo he sido y de dónde vengo.

Heredé toda la fortuna, en acciones de compañías norteamericanas como la Coca-Cola y la Chevrolet, de mis queridas tías, que a su vez realizaron inversiones en los Estados Unidos cuando dejaron la isla, asesoradas financieramente por un contable prodigioso que estuvo al servicio de mi abuelo y que falleció enloquecido, devorado por los tiburones en la mar junto a un cayo de Florida. Obsesionado con convertirse en un miembro de la familia de los escualos, se arrojó al mar y nadó hasta donde la vista podía divisarlo. Una mancha roja tiñó un trozo de mar con su sangre. Por fin era para siempre uno de los suyos, un tiburón de las cálidas aguas caribeñas.

Mis dos tías fallecieron con una semana exacta de diferencia, aún no se le secaran las lágrimas a Concepción por el óbito de Inmaculada cuando exclamó: «Adiós, mi querida hermana Purita», y expiró con mi madre de testigo.

Yo ya no estaba en el pueblo. Me había ido a donde el mundo me convocaba. A decir verdad, me urgía abandonar aquel reducto asfixiante, el nido protector con una madre real y dos adjuntas que no me dejaban ni a sol ni a sombra. Tardes hubo que, cuando era reclamado por madre para subir a casa a merendar, escuchaba el eco de mis dos tías repitiendo minutos después la misma llamada.

He sido el niño más protegido de toda mi generación, ello me motivó un desafecto de familia y ciudad que nunca disimulé. Con la herencia recibida me sobraba para vivir varias vidas. Solo gasté una tercera parte, las otras dos se fueron incrementando hasta ahora en que ya no sé lo que tengo ni a qué lo voy a destinar, o quién lo va a usufructuar cuando yo desaparezca, que, por cierto, antes de mi cumpleaños tengo que ir al notario para rehacer mi testamento. Tengo que pensar a qué destino el dinero.

Con los años recibí otra donación, esta menguada, al fallecer mis padres. Comencé a quererlos cuando vendieron los dos edificios del pueblo y se fueron a vivir a un hotel de A Coruña, desde donde se veía el mar. Pasaban nueve o diez meses en esa ciudad y el resto del año lo destinaban a viajar por Europa, a veces yo me reunía con ellos en Londres o en Roma, y agradecían enormemente mi visita.

Empecé a amarlos cuando ya era un hombre hecho y derecho. Nunca volvieron al pueblo. Padre, al cumplir setenta y cinco años y tras negociar con su cuerpo al que le mermaban las fuerzas y en donde crecían múltiples torpezas, decidió dar por finalizados sus periplos viajeros y acordó con madre quedarse a morir despacito en su ciudad de elección. Y así fue: sin bajar la guardia hasta el último día, sin madrugar, que nunca lo hizo, desayunando hacia el mediodía antes de que un limpiabotas del paseo embetunara y abrillantara sus zapatos, y luego una caminata demorada desde el Cantón, desde el Obelisco a la plaza de María Pita, cogido del brazo de madre, para dirigirse a un restaurante familiar de comida casera, en la Marina, donde almorzaban

nunca antes de las tres.

La tarde la pasaban en el hotel, mi madre leyendo uno de los dos libros que la acompañaron permanentemente: *El conde de Montecristo* y *Guerra y paz*. Su lectura le duró toda la vida. Se sabía de memoria muchos de los capítulos mil veces releídos. Don Leovigildo dormía una profunda siesta y a eso de las siete de la tarde un camarero le subía a su cuarto una copa de chablis, que él consideraba el mejor vino blanco del mundo. Lo que sucedía luego en el pequeño mundo de su alcoba es para mí un secreto. Supe que mantenían una mesa en el restaurante del hotel en donde cenaban frugalmente, vestidos *comme il faut* para la ocasión, que era cotidiana, pero que ellos nunca despojaron de ceremonia casi solemne.

Cuando murió mi padre, traje a madre a vivir conmigo a esta casa. No se acostumbró y, cuando llegó el verano, volvió al hotel coruñés. Prefirió aguardar a la muerte en soledad.

Cada noche conversaba por teléfono con ella. No volví a verla cuando dejó Madrid. Una mañana me llamaron del hotel. Estaba agonizando. Llegué a tiempo de abrazarla.

Por esos años sentí una profunda y atávica atracción por el pueblo. Regresé una Semana Santa y volví a Madrid conmovido por las procesiones y por la fe popular. Me embriagué con un paisaje que se había ido desdibujando, y el pueblo se fue irguiendo desde las sombras desoladas de la memoria. Me hice militante de su luz y de sus cielos, del color caprichoso de la mar, y tuve nostalgia, todavía la tengo, de sus largos paseos por la alameda que festonea la costa.

No quiero decir que prefiriera pasar allí largas temporadas, no, y aunque soy bien recibido, nada especial me une al lugar donde nació. Tendría que reescribir mi biografía, ser quien no he sido, aparentar conocer lo que quieren de mí, habitar una de las casas nobles que todavía quedan en el pueblo y disfrutarlo como un viejo jubilado que retorna a sus raíces.

Pero yo no tengo raíces, las he buscado con escaso éxito y las he ido reconstruyendo según pasaban los años, aceptando una reconciliación con los ancestros a los que no he conocido.

Muchas veces soñé con mi pueblo, paseé sus calles desde el duermevela en el que todo se confunde, busqué en el archivo infantil de los recuerdos y solamente encontré retales descosidos de una memoria errática hecha a mi medida, a mi conveniencia.

Solo conservo un pasaje nítido de mis primeros años. Se celebraba en el malecón una verbena la noche de la fiesta mayor, al acabar tendrían lugar los fuegos artificiales, algunos eran acuáticos y brotaban de la mar. Desde la ventana más alta de la casa de mis dos tías, contemplaba el cielo en donde los cohetes iban a escribir su saludo de artificio. Estaba subido a una banquetta y custodiado por mis dos madres suplentes. Puedo sentir ahora mismo el nerviosismo que se instaló en mi cuerpo cuando estalló el primer cohete que anunciaba que el firmamento que abarcaba mi ventana, el cuadrado del universo por donde entraba la noche, se iba a llenar de colores y de magia que me iba a contar historias que solo mi fantasía podría descifrar.

Yo mismo me sentía un fuego de artificio de cielo y de mar, veía reventar las palmeras verde-azules que, como estrellas fugaces, aparecían y desaparecían con ruido de traca y olor penetrante de pólvora. Quedé impresionado y aquellos veinte minutos fueron los más cortos de mi vida. Cuando huyeron buscando otros cielos por iluminar, yo me sentí como Peter Pan y, si no me sujetan mis tías una por cada brazo, me habría arrojado, me habría tirado por la ventana y comenzado a volar en pos de los fuegos artificiales que se escondieron en la noche.

Es el recuerdo más querido, el que mejor conservo, el que rebusco en mi imaginación y no consigo vivirlo como entonces. Mi pueblo de nación está en aquella noche de fiesta, en la ventana más alta de la casa del malecón.

Volví hace pocos años, regresé a buscarla para subir a mirar lo que una noche había visto desde

allí, pero la casa ya no estaba, la habían vendido y yo lo sabía sin querer acordarme, y ya sin mi ventana se agrandó más mi bello recuerdo que moldeé hasta convertirlo en un sueño que se me resiste a ser reiterativo.

Soy y no soy Leonardo del Río, nunca me ha gustado llamarme así, únicamente me gustaba cuando una mujer que en mi niñez traía a mi casa leche fresca, recién ordeñada, me contó, cuando no había testigos que pudiesen escucharla, que Leonardo era uno de los pocos nombres en los que se emboza el diablo, y añadió que tendría fortuna porque mi cabello era tirando a castaño. Mala fortuna habría en mi vida si fuera pelirrojo como ella creía que era el color del pelo del Maligno, que, obviamente, según sus creencias lleva mi nombre, aunque la mayoría de los cristianos desconocen este dato.

Lo cierto es que no he conocido a demasiados Leonardos y lo que constato es que ninguno tenía rojo su cabello. Caminé desde la infancia a la adolescencia en una larga zancada, apenas guardo recuerdos de mi infancia y solo uno prevalece de cuando a los ocho años un médico de pueblo me extirpó sin anestesia mis dos amígdalas en un invierno que era frecuente que, semana sí y semana no, tuviera fiebre alta al infectarse los dos apéndices de mi garganta. Estuve dos días convaleciente ingiriendo solamente requesón helado que mi madre enfriaba sobre una barra de hielo, del hielo que vendían para los barcos y que mujeres marineras transportaban a lo largo de un par de kilómetros sobre una manta de las llamadas de muletón que colocaban sobre sus hombros.

La barra de hielo duraba un día entero y mi madre la situaba encima de la fresquera que ocupaba todo el largo del alféizar de la ventana de la cocina. Así se refrigeraba el requesón, que era lo más parecido a un helado del que vendían en mi pueblo los valencianos a partir del día de San Juan, que, según contaban en el pueblo, es cuando Dios bendice las aguas de la mar para el baño y decreta que el verano queda inaugurado.

Pocos recuerdos me quedan de aquel tiempo, se fueron desdibujando, crecieron en los nombres de mis compañeros de juegos de los que no puedo acordarme, se escabulleron con ellos como si la vida fuera una partida infantil de policías y ladrones y la compañía del hampa sustrajera mi memoria y yo ocupara desde entonces el papel de policía.

Me gustaría conocer dónde se ocultan los recuerdos perdidos, a dónde han ido, si tal vez ocupan otros cuerpos de otras personas que viven huérfanas de recuerdos porque la desmemoria desgobierna sus cabezas. Yo crecí elaborando una falsa memoria construida con retazos de historias elegidas, nunca fui un farsante, pero ocasiones hubo que llegué a parecerlo. Mi vida no ha sido una impostura, pero sí una elección continua de personalidad o, mejor dicho, de personalidades, viviendo otras vidas que nunca fueron la mía.

Ni yo mismo alcanzo a saber quién soy, y me voy despojando de vestiduras ajenas para recomponer, aunque ya es muy tarde, el relato de mi vida.

Por eso me instalo en conversaciones mudas, inaudibles, porque no puedo escuchar con nitidez la voz de mis camaradas de infancia y juventud.

Comenzó mi adolescencia una mañana en que me llamaron por mi nombre recortado, en diminutivo. Cuando alguien gritó tras de mí y de forma reiterada Leo, Leo, hasta que me volví y me di por aludido, habité el territorio de la infancia. Desde entonces nunca más fui Leonardo, hasta que mi editor decidió que volviera a poner mi nombre completo en los libros de su editorial, y en todos los que se editaron, aquí y fuera, hasta ahora.

Para mí, Leo era como llamaban a mi padre, y yo era Leonardo, así, despacito, deletreado en los apelativos de mis dos tías solteras. Me costó reconocermé en el diminutivo primero y usando

el nombre completo después. Cuando viví en París, Leo era muy del gusto de la francesada, especialmente de las mujeres, que asomaban la punta de la lengua al citarme en un solo monosílabo.

Hasta los quince años fui un muchacho de pueblo, indolente y desganado, con el único vicio de la lectura compulsiva que yo confundí con virtud. Mi recreo. Mi solaz fue sentarme en uno de los bancos del atrio o de la plaza con un libro y aguardar a que la noche fuera deshaciendo las frases hasta mezclarlas, para retirarme a mi casa y seguir leyendo novelas tras hacer los deberes del bachillerato. Leía después de cenar hasta acostarme y en la cama al abandonar el libro por el sueño.

Cuando cumplí diez años descubrí el cine. Se mudó el viejo teatro por una sala de cinematógrafo. Todavía puedo recuperar la impresión que me causó *El vampiro de Düsseldorf*, la película que vi más veces en mi juventud, junto con *Los crímenes del doctor Mabuse*. Desde entonces soy un fiel seguidor del séptimo arte, del que no he abdicado hasta hace una década en que ya no acudo con la frecuencia de ver dos películas por semana, en pantalla grande, en salas de cine. Poco me atrae ver el cine en televisión y en cintas de vídeo o como se llame eso ahora.

Continúo viviendo cuando cierro los ojos, o en ese duermevela esperando el sueño, en el gran cine universal, el de la factoría de Hollywood, y me detengo en el gran cañón del Colorado y en la espalda de John Wayne mientras ve caer la tarde desde el umbral de la puerta de su casa. Cine y literatura, tanto monta, han sido mis dos grandes pasiones.

No debo hurtar la que todavía habita en mi coquetería. Mi otra gran pasión han sido las mujeres, todas las mujeres, las que entraron y salieron de mi vida, las que encontré una tarde en una ciudad imaginada, las que compartieron conmigo una mirada o una vida entera no vivida, las que han sido junto a mí, fuimos ambos, víctimas de la ley del deseo, de todos los deseos que han ocupado mi imaginación y el reglamento sutil de los sentimientos, mi corazón.

No sé por qué cuento todo esto, por qué me desnudo ante ustedes, máxime cuando no estoy escribiendo mi biografía, sino transcribiendo lo que le he contado al periodista que viene los jueves, todo con escaso énfasis y sin ninguna importancia. Me ha removido los lejanos tiempos de cuando fui joven, excesivamente joven. Ya lo había olvidado, o casi, a quién va a importarle de quién soy hijo, cómo se llamaban mis tías solteras o la herencia que me han dejado en acciones de compañías norteamericanas. Me importó solo a mí y no demasiado. Es obsceno este discurso narrativo. Lo reproduzco para que Amanda compruebe que me he vuelto disciplinado y estoy escribiendo, o al menos relatando los apuntes para esa novela de encargo, la de los ochenta años, en la que no tengo nada que decir.

Estoy reescribiendo mi propia historia, recreándola y acaso falseándola. A veces pienso que me invento que he vivido, que imagino otras vidas que no han sido la mía, que se ha borrado el disco duro de una edad longeva que no ha sido agrupada por etapas, que no nací donde dicen que he visto la luz por primera vez, que no soy quien soy, quien dice ser, que no hay rastros de otros tiempos donde fui solo protagonista de mí mismo, que no supe vivir la vida de otros ni por otros, que toda mi obra literaria escrita no tiene nada de mí, que es apócrifa y falsa, no me reconozco, y aquí me tienen recomponiendo lo contado, escuchando murmullos para recobrar el sonido de otras voces que se han quedado perdidas en los lejanos días de una adolescencia disfrutada y que no consigo rescatar para ubicarla en el rincón de mis vivencias que le corresponde.

Pero no oigo nada de los tiempos pasados, y creo que aquella discusión amable que me tiene obsesionado la motivó la mirada de Judas Iscariote, que asistía un Jueves Santo a la última cena de Cristo, y no pudo desfilar en la procesión porque comenzó a llover y nos pusimos a cubierto en

los viejos claustros conventuales. Aún hoy, que soy casi octogenario, me persigue su febril mirada.

¿Cómo puedo ser su víctima? Si solo es una talla ingenua de un santo de madera que solo tiene esculpidas las manos y la cabeza, que sostiene un cuerpo de tablas vestidas con ropajes de terciopelo de colores. Ni siquiera su autor es un imaginero conocido, se le atribuye el grupo a un carpintero de ribera, a un artesano hábil para construir cuadernas para armar barcos, botes pesqueros a remo más bien.

Dios, cómo me asalta su recuerdo. Debo alejarlo de mis pensamientos. Creo que lo conseguiré cuando vuelva a escuchar con nitidez las voces de mis compañeros de tertulia.

Ayer dejó Amanda, junto al ordenador en donde estoy escribiendo, un recorte que da cuenta de que cuarenta y seis estudiantes de magisterio mejicanos, desaparecidos en una zona semidesértica, combatían el analfabetismo, y todo hace sospechar que han sido asesinados. Eran estudiantes pobres, profesores campesinos que llevaban la palabra y la instrucción allí donde la palabra no ha brotado de la tierra, la palabra liberadora que resuena como un grito que multiplica su eco saltando de valle en valle. Nada hay más revolucionario que la educación, que la ilustración que esos cuarenta y seis jóvenes sembraban como la lluvia de las primaveras siembra amapolas de mayo por los campos.

Son frases sueltas de la gran historia del mal, la que transporta el dolor que no cesa en las páginas que la humanidad manchó de sangre inocente. Me hago eco del suceso mejicano y lo adjunto a ese catálogo de infamias cotidianas que siega vidas inocentes.

DE SENECTUTE

De sida. Cristina Peri Rossi me comentó que la verdadera causa de la muerte de Julio había sido el sida. Oficialmente falleció de leucemia, pero en un viaje al sur de Francia tuvieron que hacerle una transfusión y dos años después murió de sida. Se había contagiado. No se supo, no se divulgó la causa, pero sus amigos íntimos lo supieron. Yo fui a su entierro en el cementerio de Montparnasse, en la misma tumba donde estaba sepultada su segunda esposa, la escritora norteamericana Carol Dunlop. Pronuncié media docena de palabras torpes, en español para que lo acompañaran, a su memoria al menos, por toda la eternidad. Fue uno de los días más tristes de mi vida, era febrero y la mañana estaba crepuscular, se había unido a nuestro luto. París no fue París cuando enterramos a Julio.

Yo conocí antes a Aurora, su primera y última mujer, la conocí como gallega, aunque era argentina, pero sus padres eran gallegos y ella ejercía ese mestizaje mitad porteño con un leve deje gallego en su castellano. La conocí como traductora e incluso me tradujo un pequeño relato para una antología sobre el viento.

Era una gran mujer, me presentó a Julio cuando era un cronopio obsesivo. Una tarde me acerqué a su pequeño apartamento de la calle Martel y llevé una botella de licor café que me había traído un muchacho orensano que trabaja de bedel los fines de semana en el Cirque d'Hiver. La bebimos y la celebramos antes de pasarnos al whisky y entonar a coro el tango *Malevaje*.

Era miércoles y era abril, casi una estrofa de un poema de Ángel González. Nos hicimos muy amigos desde entonces y viajamos por Francia e Italia haciendo bolos y dictando una conferencia ensayada y que siempre era la misma, aunque modificábamos, cambiábamos, el título, y en la que discrepábamos sobre la literatura contemporánea y discutíamos vivamente como si después de aquel discurso compartido nos fuéramos a retar a un duelo.

Cortázar tenía un aspecto imponente, yo no desmerecía mucho. Ambos medíamos lo mismo. Éramos mucho más altos que la media y, si bien yo tiraba más a regordete, hacíamos una muy buena y seductora pareja. Ocasiones no faltaron para ejercer un oficio galante, con inmejorables resultados. Nos dejábamos enamorar temporalmente de jovencitas que asistían a nuestras charlas. Muchas de ellas eran de origen español, hijas e incluso nietas de exiliados o argentinas estudiantes de francés. Fuimos cómplices rompiendo corazones y los dos fuimos tremendamente olvidadizos cuando regresábamos al gran hogar parisino.

Julio era un conversador excepcional, sufría miedos atávicos que venían de su juventud en Banfield o de las pesadillas que le atormentaron desde muy joven cuando leía a Conan Doyle. Nunca pudo superar el pánico que le causaban las cucarachas, que en su caso fue diagnosticado como una enfermedad neurológica.

A mí me llamaba, me llamó siempre, Galeo, que era la síntesis entre mi origen gallego y mi nombre abreviado; a él no le gustaba que utilizaran su infantil nombre familiar de Coco y, cuando se cabreaba, que era en raras ocasiones, reivindicaba su origen belga, que pese a ejercer de argentino, había nacido en un pueblo cercano a Bruselas donde su padre era funcionario de la

embajada de Argentina.

Un amigo común, el pintor exiliado en Buenos Aires Luis Seoane, cuando venía a pasar temporadas parisinas, se dirigía a mí llamándome Galeo. No sabes cómo me molestaba, y Julio, que conocía mi enfado, reía escandalosamente.

Pasé unos años inmensamente felices con la doble pareja Aurora Bernárdez y una muchacha lituana, la Karvelis, a quien Cortázar quiso mucho, aunque nunca se comprometió con ella, y que estaba altamente politizada, tanto que inició a Julio en la crítica de la política conservadora afianzando su inicial y primaria vocación izquierdista que nunca abandonaría.

Cuando se separó de mi amiga Aurora yo sufrí mucho, su divorcio fue un profundo desgarró que incluso motivó un cierto distanciamiento entre nosotros. Creo que ya vivía en la rue de L'Éperon, en una pieza amplia y luminosa que poco tenía que ver con el pequeño apartamento de la calle Martel.

El dueño real del piso era Flanelle, la gata que no podía sustraerse del regazo de Julio Cortázar.

Pero me está usted haciendo hablar más de lo que debo. A quién le va a interesar todo esto que ya sucintamente conté, escribí, en su momento. Por cierto, se me olvidaba hablar de la Pizarnik, a la que tanto ayudaron Julio y Aurora. Qué gran poeta.

No quiero seguir refiriéndome a mis amigos muertos porque yo me he muerto con ellos, recordar el pasado es en gran medida volver a vivirlo, pero desde la memoria, esa vieja puta que trastabilla los recuerdos. Hace años que no cito a Julio, del que nunca me he olvidado ninguno de los días desde que falta, ni a mi querida Aurora, que quiso volver a su lado los últimos meses de su enfermedad para no dejarlo solo.

La acompañé en Madrid cuando donó gran parte de los libros de la biblioteca de Cortázar a la fundación Juan March, y más tarde en la entrega a la Xunta de Galicia de los negativos fotográficos, muchos de ellos de retratos del paisaje gallego al que tan aficionado era Cortázar, que nunca dejaba de sorprenderse con la mar urbana de las rías.

La mayoría de la gente a la que quise ya no está, se han ido al otro lado, son ciudadanos de una eternidad que no sé si siquiera existe, viven en esa frágil inmortalidad de los recuerdos anclados en los afectos de quienes todavía nos hemos quedado en este otro lado.

Lleva usted viniendo a casa desde hace muchos jueves, yo le agradezco su interés y celebro la amenidad de su conversación. Nos hemos quedado solos muchas tardes cuando Amanda no estaba y usted se quedaba hasta que Fina y la cena interrumpían el supuesto reportaje que le encargó su periódico.

Podría escribir un libro con todo lo que hemos hablado, lo voy a echar de menos ahora que me anuncia su despedida, que espero sea temporal, ¿a dónde dijo que se iba? A Indiana, a Ohio, ah, ya me acuerdo: viaja un semestre de profesor visitante a Colorado, a Boulder. Yo nunca he estado allí, aunque ya le dije que conocí a su canciller y al responsable de la cátedra de español y portugués, hace muchos años, tantos que ya comenzaba a olvidarme.

A partir de su marcha, contaré todo este desorden a mi querida Amanda, que, al fin y al cabo, tiene el encargo de mi editor de escribir mi biografía, además de vigilar y espolear mi indolencia. Voy a mentirle, contar la vida que no he vivido, para que ella escriba las vivencias de otro, de otros, de quienes han compartido conmigo un café, una copa, un paseo o una vana pretensión. Escribirá lo que le pete.

Por cierto, usted y Amanda habrían hecho una buena pareja.

A su regreso deberé tener el texto del nuevo libro medio organizado, me impresionó mucho

encontrarme a la mujer del metro viajando después de muerta, una docena de años después de ser asesinada, en gira permanente a ninguna parte. Su trayecto era un vagón que no tenía destino y en donde resonaba todavía el eco de la explosión, y aquel olor que nadie percibía y que se quedó en mi pituitaria, de azufre y goma dos. Creo que ya se lo he contado, era un viaje infinito, un recorrido diario, un viaje múltiple, ya le digo, a ninguna parte, un antídoto contra el olvido.

Pero yo nada puedo hacer, no es más que un personaje secundario en la novela de la vida, nadie quiere encontrarse de frente con el dolor, y la muerte no vende, a los editores solo les interesan novelas banales, narraciones de amor melifluido y juvenil, no les importa nada lo que se salga de un guion preestablecido. No sé dónde ubicar a la lectora del metro, que está sola para siempre, a la que mató la mano de la yihad.

No sé por qué me ha encontrado, tal vez para que escriba su historia, para que nuevos lectores tengan noticia de lo ocurrido, pero yo no sé hacerlo. Vivo con mis obsesiones, que ya se han convertido en manías seniles.

Me siento como debía de sentirse Cicerón cuando escribió *De Senectute*, cuando Catón el viejo conversa con jóvenes admiradores suyos, cuando el longevo personaje de ochenta y cuatro años, yo cumpliré ochenta, se dirige a su auditorio y les dice: «Del mismo modo que la petulancia y el libertinaje son más propios de los jóvenes que de los viejos, pero no de todos los jóvenes, sino solo de los no virtuosos, así también esta necedad senil que solemos llamar demencia es propia de los ancianos sin seso, no de todos». Y se lo digo a usted, joven amigo, a usted que me pregunta por mi vida y por mi obra, a usted que me obliga a recapitular y a dictar en alta voz mis pensamientos, mis temores, cuando hace ya mucho tiempo que he renunciado a la petulancia y a reivindicar el libertinaje, aunque no fui muy dado a ejercerlo.

Cuando vuelva de América, si pasa por casa, volveré a decirle que busque en mi nombre a la mujer viajera, quizás sea la muerte y vendrá a buscarme para hacerme sitio a su lado y viajar al otro lado de la vida. Aguardaré su vuelta, y le regalo esta historia que ya escribí en su periódico; lo hago cómplice, ahora compartimos aquel encuentro.

Ya no sé en qué espejo mirarme, en qué libro buscarme, a quién parecerme. Cómo me gustaría quedarme a vivir en las palabras que aprendí de niño, habitar regazo y mariposa, decir pan y amapola, la mar y el cielo, decirlo en el idioma primero que aprendí en Galicia, y repetir *colo* y *volvoreta*, construir un relato con solo diez palabras que se repiten, obsesivas. Viviría con lo que escuché y que pertenece al olvido e iría levantando un edificio propio con las vigas maestras del idioma. Qué feliz estaría presumiendo al principio del paisaje con una vista que nadie contempló nunca.

Adiós, amigo, me encuentro torpemente fatigado, me hace hablar más de la cuenta y mis palabras y mis pensamientos son remolinos que bailan al son de una brisa incierta. Bien sé que mi estancia en París era el motivo inicial de estos reportajes, pero, me crea o no, he borrado del archivo de mis recuerdos los años en que he sido inmensamente feliz en las orillas, ambas, del Sena. Le aconsejo que entreviste al joven Vila-Matas y que él le cuente. Estoy seguro de que si París, como él dice, no se acaba nunca, su ciudad es sin duda la mía. Pregúntele y después me dice. Yo ya no me reconozco en mi pequeño piso de la plaza de Italia, ni en el bistró de los mediodías, Les Doux Bateaux; creo que nunca me dejé acariciar por el sol de mayo, ni paseé por los puestos de los *buquinistas* buscando un libro inexistente que tuve que escribir yo mismo.

Lo acompaño hasta la puerta, pronto llegará Fina y dispondrá la cena. No se preocupe, que me despido en su nombre de Amanda.

Y, por supuesto, cualquier cosa que se le ocurra póngase en contacto con ella, que maneja la

tablet y está todo el tiempo conectada a internet, que es un contador, joven amigo, temporal de vidas que hizo que la profecía anticipatoria de Orwell se cumpliera con creces. Deme un abrazo. Lo espero a su regreso, ya me faltará menos para cumplir esa edad que me sonroja, la edad del vértigo, la que dicta su implacable sentencia de los ochenta años, cuando no existen proyectos a plazo fijo y la vida se va convirtiendo a partir de ese momento en un permanente mirar para atrás.

Y le recomiendo que estos meses que estará en Norteamérica lea usted estos libros que le aconsejo. En ellos, con ellos, vivirá el mejor París, el que dejaron escrito las personas que lo amaron. Comience leyendo el *Nôtre Dame* de Victor Hugo y prosiga luego con Hemingway en *París era una fiesta*; adéntrese, que estas sí son palabras mayores, en Louis Aragon y su *Campeño de París*. No deje de disfrutar con *Trópico de Cáncer*, de Miller, para encontrarse con un texto fundamental, con *El libro de los pasajes* de Walter Benjamin, y descubra en sus páginas al *flâneur*, al paseante de sus calles, al observador de la vida que transcurre mientras elabora ensayos estéticos sobre arte.

Le recomiendo que concluya con Colette y su *Claudine*, para después leer el otoñal *Regreso a Babilonia* de Scott Fitzgerald. Así entenderá la ciudad que tanto amé y por qué París no se acaba nunca, como bien cuenta Enrique Vila Matas, y se reconocerá en la frase de Nietzsche cuando asegura que como artista el hombre no tiene hogar en Europa, excepto París.

Hoy Fina está poco habladora, me contestó con una especie de gruñido cuando la saludé al entrar. Hoy le dije quiero la sopa con queso, con parmesano que le da más cuerpo. Ni me contestó. Hoy es jueves y Amanda ya habrá dejado el cuarto que comparte por horas con su amante, aunque intuyo que esa historia está en su último capítulo. Muchos jueves se salta el rito, que en su caso ya es más que conyugal. Se le está acabando el amor porque la pasión ha huido como un bandido antiguo.

Esa fue mi ciudad, en esos libros, y acaso en párrafos sueltos de un par de mis libros de hace veinte años está el París por el que me pregunta.

Tendré que ir a despedirme, para dejarme envolver por su luz de abril o de septiembre cuando la tarde se alarga y se resiste a dejarse engañar por la noche, o todo hace sospechar, al llegar octubre, que irremediamente se cuele el otoño en la ciudad y ya cabalga la vanguardia de árboles que anuncian el cambio de estación desde el Bois de Boulogne.

Búsqume en esas páginas, sabrá encontrarme en los libros que le recomiendo.

Tengo, por cierto, que convencer a Amanda para que en julio, a mediados, vayamos a mi pueblo, que tuve tantos años abandonado. Estaremos, si ella quiere, hasta que pasen las fiestas de agosto. Habrá que alquilar una casa en el malecón, frente al mar, un edificio con galería de madera en donde asomarse para ver pasar la gente que pasea de arriba abajo y de abajo arriba.

Aunque lo mejor sería que comprara una pequeña casa de planta baja y dos pisos. Podría instalar allí mi biblioteca, colocar en la alcoba mis recuerdos, colgar en la planta que da a la calle los cuadros que han ilustrado mi vida. La regalaría al ayuntamiento con el compromiso de que la cuidara a mi muerte los siguientes treinta años después de mi desaparición, y en el *hall* de la entrada, el cuadro de Vidal Lombán; el retrato de mis padres recibiría a los visitantes.

Tengo que convencerla, le firmaré un documento que recoja que termino la novela en el tiempo tasado que me pidió la editorial, le diré que es necesario que la concluya en donde nació, que fue donde comenzó todo, que es menester que mi melancolía ponga allí el punto final, y escriba el prólogo de mi octogésimo cumpleaños, seguro que transige y que pasearemos por el paseo marítimo, en un caminar demorado, viendo cómo saltan las olas en la orilla de la mar a ver cuál de ellas llega antes a la arena, su destino final.

Desde la muerte de mis padres solo he estado fugazmente en mi pueblo. Llevé sus cenizas que, cumpliendo sus deseos, las aventé desde el mirador de un monte iniciático que domina el valle. Me porté como un buen hijo. Las tiré contra el viento y el viento me las devolvió llenándome la cara con los restos de mi padre. Fue como una bofetada que sin duda alguna tenía pendiente. Cuando esparcí las de mi madre, una brisa las transportó junto a la mar donde ya no podía verlas.

Había viajado en un taxi desde A Coruña, que me esperó a que consumara el rito funerario y, sin saber qué hacer con las urnas vacías, volví a la ciudad sin detenerme en el pueblo. Por una generosa propina coloqué al taxista los dos recipientes metálicos con la promesa de que los haría desaparecer. Tuve en mi casa de Madrid las dos urnas durante muchos años, estuve posponiendo el deseo encomendado de echar a volar sus cenizas en nuestro pueblo que ellos tanto querían, y la mala conciencia de mal hijo me obligó a tomar ahora la decisión que me transfirieron. Ya están enterrados para siempre, son cadáveres sin tumba, ninguna lápida los recuerda, pasaron de esta vida a la otra en un vuelo de buena mañana. Misión cumplida.

Esto viene para calcular mi ausencia y apuntalar mi deseo repentino de retornar a donde tuve mi casa, donde dejé una conversación inconclusa que no soy capaz de hilvanar en el lienzo de los recuerdos perdidos. Cada vez se me desdibujan más las voces de mis interlocutores y me he olvidado de sus rostros.

AMANDA

En estos años ha estado al menos en tres ocasiones en su pueblo, y siempre, cuando regresaba a Madrid, ha dicho enojado, furioso, que no volvería más. Quiere que vayamos este verano a pasar un mes largo, debe de estar sufriendo un ataque profundo de morriña, pues incluso me ha dicho que no estaría mal comprar una casa e instalar en ella una inexistente fundación, donar sus libros y algunos muebles y cederla al ayuntamiento por una pila de años.

Me hizo prometer que lo acompañaría y, a cambio, ultimaría la novela poniendo allí el punto final. Dice que hay que acabarla allí, aunque solo sea un folio, porque allí comenzó todo.

No quiero llevarle la contraria y no sé si me apetece ocupar las vacaciones, mis vacaciones, en un pequeño pueblo en el que además llueve mucho. Nunca estuve allí, conozco poco Galicia. Sería como ir de veraneo con mi padre. Puede estar bien, pero le pediré que desde Vilaponte, ya que estaremos casi dos meses, hagamos viajes al menos a Santiago y A Coruña.

Puede, en los meses que todavía faltan, cambiar de opinión. No sería raro.

Está menos comunicativo desde que se marchó el periodista de los jueves, que vino a entrevistarle para un reportaje de verano que lo tendría escrito en dos sesiones de trabajo y permaneció casi tres meses, los jueves de todo un trimestre, sin faltar ninguno. El maestro le cogió cariño, aunque era un fanfarrón, un presumido. Tuvo una página semanal de entrevistas literarias en el primer diario nacional, que, en su momento, según me contó, le dio un especial protagonismo a Leo. Trataba de recuperarlo para una doble página en el suplemento de verano.

Yo no he coincidido mucho con él, pues venía en mi día libre. Un par de veces asistí a las conversaciones entre los dos. Hablaban mucho y el maestro se sentía cómodo reinventando una historia falsa entre opiniones de escritores que había conocido a lo largo de su vida. El periodista tenía especial interés en que le hablara de París, lo que no consiguió, porque contar París, su amado París, es volver a ser feliz recordándolo, y no quiso hacerlo porque, cuando acabara su relato, el haberlo vuelto a vivir le causaría, según él, un dolor insoportable.

Cada tarde de visita se iba nada más llegar yo, que acudía a la casa para despedirme del maestro, visita de cortesía, nunca más de cinco minutos, cuando Fina cogía los trastos de su rutina en los fogones. Yo pasaba fugazmente por la casa y el reportero, mayor que yo pero más joven que el maestro, me acompañaba un par de calles mientras comentaba conmigo cómo había ido la sesión vespertina. Tenía un cariño reciente y creciente por el escritor y estaba siendo recíproco.

Hace casi cinco años que trasladé mi despacho, mi oficina, mi vida, junto a la del maestro. Al principio eran un par de horas cada mañana, contratada por el editor, que ya es tan longevo como él, con el encargo de escribir una biografía que no concluiré nunca. Me paga bien y estoy básicamente contenta con, digamos, el empleo asignado.

Luego me pidió que tratara de convencerlo para que escribiera lo que consideraba que sería su última novela, y que se editaría con motivo de su ochenta cumpleaños. Doce años hará en ese momento que no aparece una nueva obra suya en el mercado.

El anticipo fue muy generoso y mi autor, aunque es rico por herencia familiar, dice, me asegura

que siempre ha vivido de la literatura, peleando con editores y viviendo con austeridad, preservando, e incrementando, diría yo, su patrimonio.

No le gustó nada la idea de enfrentarse de nuevo al papel en blanco, a la pantalla del ordenador, a la cima de los doscientos folios. Puso toda clase de pretextos para no escribir, pero tampoco quería renunciar a los cien mil euros de anticipo y, aunque es muy espléndido, mantenía una firme vocación, él decía que ancestral, de tacaño.

Y a regañadientes y con recursos lúdicos, falsas promesas, halagos desmedidos hacia su persona, con trucos infantiles y frecuentes sugerencias para que escribiera para mí relatos de los que tanto gustaba, se fue haciendo a la idea de que la novela por entregar, un mes antes de la fecha de su cumpleaños, tenía que ser escrita.

Le impresionó mucho la película de Sorrentino que en su versión original nos envió el distribuidor, conocedor de lo mucho que lo admiraba el maestro: *La giovinezza* le impactó, pues era la historia de dos creadores mayores, viejos, vaya, un músico y un director de cine con desigual fortuna en su recorrido vital, que pasan un verano en una residencia suiza de montaña. Incluso el primer título de su novela todavía inexistente era *La última noche de mi vida*, que así se iba a llamar el film que el viejo cineasta no llegó a rodar.

Y con ese motivo escribió para mí un precioso cuento de los que iba regalando para que, una vez que desapareciera, tuviera un legado, su obra póstuma en un libro de relatos. Algunos los he mandado al diario para que los publicasen, lo que hacían con una notable gratitud.

Guardo una docena larga de ellos, no pasa ninguno de los diez folios, pero siempre el que me gusta es el más reciente de los que ha escrito. Ayer me entregó la historia, que quizás oyó en una radio en su origen o que nace de una de esas conversaciones que mantenía con Sergio Pitol, de una pareja de jubilados argentinos que planearon durante cuarenta años realizar una dilatada vuelta al mundo cuando los dos dejaran de tener obligaciones laborales. Por fin llegó el día de emprender el largo viaje soñado y que tenían estudiado hora a hora, ciudad a ciudad, país a país. Conocían los nombres de las calles, contemplaron tantas veces los paisajes más fotografiados de los rincones que iban a conocer que no les parecían ajenos. Y, puestos en camino, sentados él y ella en un departamento de tren cuando leían la vieja y subrayada guía universal de viajes Baedeker, y en voz alta reconocían el paisaje a través de la ventana del tren, ella quiso revelar un secreto reciente. Una semana atrás había acudido al oncólogo para que le confirmara una sospecha fatal: tenía un cáncer de pulmón. Al preguntarle por el tiempo aproximado que duraría, qué esperanza de vida podía tener, le respondió el médico que con calidad suficiente no más de un año, si se sometía desde mañana mismo, así lo dijo, a quimio y radioterapia.

Se negó al tratamiento y emprendió el viaje junto a su marido. Un año después de ver mundo y padecer recientemente los achaques producidos por el cáncer, rindieron viaje en un pequeño pueblo suizo que se levantaba orgulloso junto a un lago de azules aguas, tan azules que hacían palidecer al cielo que, para no competir, evitó reflejarse en el manto de agua. Allí estaba radicado el único sanatorio autorizado a practicar la eutanasia.

Con el expediente que guardó desde su salida de Buenos Aires y una somera revisión médica fue suficiente para que el doctor marcara la hora de la muerte. Amaneció muy tarde, como si el alba se hubiera hecho perezosa y no quisiera descorrer la cortina de la noche.

A las ocho de la mañana estaba recostada en la cama tras una noche en vela, él cogía suavemente su mano. Le pidió que le cepillase el cabello y la peinara, y que acercase el espejo de mano y la barra de carmín para poder pintarse los labios. Eso hizo y, cuando el médico entró con la pastilla de la muerte, volvió a coger su mano derecha con las suyas. Diez minutos tardó en irse,

en morir. Fueron testigos el doctor y su esposo, que, en el momento del tránsito, sintió un pinchazo agudo en el pecho y se desplomó sobre la cama donde yacía su pareja amada, su compañera de viaje, de todos los viajes, y su cara se acomodó contra la mejilla de quien había sido la mujer de su vida.

Leyéndolo, lejos de su lado, me asomé al balcón y lloré como una desconsolada. Aquella noche la luna estaba inmensa. Una enorme luna llena iluminaba la noche.

Eran historias sencillas, pero estaban tan bien contadas, tan maravillosamente escritas que solo un gran autor como él podía hacerlo. En estos relatos escritos como quien relata una conversación de café se notaba que el maestro era realmente grande.

Pronto cumpliré sesenta años y realizo estas noches un balance incómodo de cómo, de repente y casi sin notarlo, se me ha pasado la vida. Parece que fue ayer cuando terminé mi carrera y se fueron alejando los mejores años de mi existencia, los cinco mejores años cuando estudiaba filología y descubría el mundo de las palabras y disfrutaba enormemente leyendo a autores que no conocía. Aquel universo de camaradería y tertulias infinitas hasta el amanecer nunca más retornó.

Fueron los años en que conocí a Eduardo, mi gran amor, que después de dos años de convivencia vividos con la pasión extrema de dos amantes jóvenes que no ocultan la plenitud de sus cuerpos se fue, como vulgarmente se dice, a buscar tabaco y no regresó jamás.

Pasaron un par de semanas y en mi buzón, que aún tenía nuestros nombres en la dirección, alguien, supongo que él, dejó una carta que releí mil veces y que conservo después del tiempo que ha pasado. Se había enamorado perdidamente de otra persona y ya no había vuelta atrás.

Su nuevo amor era una amiga mía, compañera de curso, que venía regularmente por casa. Cosas que pasan. Se casaron y tuvieron hijos, creo que viven en León o en Ponferrada, los dos eran de por allí.

Tardé mucho tiempo en superarlo, casi tanto como en olvidarlo. No he sido nunca más feliz con mis parejas, ni con las efímeras ni con las más perdurables. Después de Eduardo ya nunca hubo nada. Corrí desesperadamente detrás del placer compartido, pero me di cuenta pronto de que la carrera era solo mía. No tuve la respuesta deseada. Y tengo, desde hace más tiempo del debido, una especie de novio ocasional que cada jueves oficia en la cama de una pensión su rutina de amante triste, un polvo en las dos horas que arrienda la habitación. No hablamos, no nos amamos, es solo un ejercicio gimnástico sin palabras. Lo voy a dejar. Hace ya mucho que no me siento mujer a su lado.

Y, casualmente, es ahora que me estoy haciendo mayor cuando el deseo es más exigente, y anhelo un cuerpo de hombre que me penetre hasta el paroxismo, que me ame al menos durante media hora, que rompamos al unísono los viejos tabúes del sexo, que haga que todas mis fantasías, que son muchas, se vayan ordenadamente realizando.

Tiene que ser tan mayor como yo para que sus frustraciones sean equivalentes a las mías. Siempre me gustaron los hombres mayores, acaso porque buscara una protección que nunca tuve o la figura del padre que no me ha visto crecer, falleció cuando aún no tenía yo seis años. O ambas cosas. Lo cierto es que tengo hambre de un hombre que me haga gozar, que a su lado me sienta feliz. Cuánto daría por cinco años de felicidad plena al lado del hombre que me ame y a quien yo ame. Quizás nunca encuentre a esa persona inexistente, pero mientras me quede aliento seguiré soñando que llegará el momento en que llame a mi puerta. Yo sabré que es él.

Me he ido acostumbrando a las conversaciones inteligentes con el maestro, a su sarcasmo, a su nostalgia excesivamente melancólica, a sus mentiras creíbles e increíbles, a sus manías delirantes, a su afecto sin disimulos, a ser testigo de cómo se va haciendo viejo sin remedio alguno. También

yo me estoy haciendo vieja en una senilidad sincronizada. Toda la casa, cuarto a cuarto, ha envejecido; somos el maestro, la cocinera Fina y yo misma tres personajes un tanto esperpénticos y valleinclanescos, o pirandellianos, en busca de autor.

Esta casa es como un templo laico que adora constantemente a un único dios caprichoso y anciano del que me hice responsable cuando acepté biografíarlo con el encargo de que escribiera una, ¿la última novela de su vida?

No sé por qué lo hice, aunque en el contrato no existía cláusula alguna que me obligara a compartir sus días. Ha sido una elección de la que no puedo arrepentirme y ya no hay marcha atrás. A veces pienso que estoy aquí para amortajar su cadáver.

Y esta música obsesiva que escucha cada tarde, la vieja canción de Irving Berlin en la voz de Fred Astaire, *Cheek to Cheek*, repetida hasta el paroxismo y que está sonando a todo volumen, esta canción que tanto me entristece, como me entristecía Cole Porter o los violines de Mantovani, tan del gusto de mi madre, que martirizaron las tardes de mi adolescencia.

Tiene que existir un componente masoquista en Leo, pues, si no, es inexplicable; o será que alimenta esa vieja melodía su exacerbada melancolía, su necesidad biológica de recargar el disco duro de la saudade de la que tanto presume.

Viví con mi madre los últimos años de su vida. La acompañé como buena hija única hasta su muerte. Murió joven, sufrí su egoísmo tiránico, sus exigencias desmedidas. Dos años de sufrimiento compartido, ella con su enfermedad, yo sintiéndome culpable de haberla abandonado cuando acabé mis estudios. Algo de eso era real, pero yo dejé mi hogar porque no aguantaba su convivencia, ni sus reproches, ni la pazguata vida que eligió cuando se convirtió en viuda perpetua.

Nunca he tenido vida propia, renuncié muy pronto a ser independiente y me convertí en una especie de misionera seglar, ocupándome de los demás por muy extraños que fueran, por muy ajenos a mi vida. Y al mirarme al espejo, veo a mi madre, noto en el azogue que me he transformado, que yo soy ella, que se está reencarnando a pesar de que nunca fue mi modelo, que la he querido lo justo, que solo la piedad y la compasión fueron la razón de acompañarla hasta su fallecimiento.

Yo quería parecerme a mi añorado padre, a aquel señor que me contaba un cuento antes de dormirme, con el que cada domingo íbamos a comprar un merengue a la pastelería a la hora del vermú, aquel galán divertido, siempre riéndose, que se fue de esta vida sin despedirse de mí y por el que tuve que aprender, por consejo materno, que se había ido a vivir al cielo. Y cada noche, sin que me viera madre y con la complicidad de una vieja tata que vivía con nosotros, me asomaba a la ventana de mi habitación y conversaba un rato con mi padre mirando hacia lo alto, descubriendo en qué lugar del cielo estaba. Le contaba mis cosas, cosas mías, y estoy segura de que padre me escuchaba, e incluso se regocijaba al oírme.

Costumbre que no he abandonado, pues cuando me asalta la tristeza o la necesidad de conversar en un monólogo imposible, abro la ventana de mi alcoba, miro al cielo, busco a mi padre y le voy contando mis angustias y mis penas, el memorial de mis fracasos o el resumen mínimo de las alegrías y de los pocos aciertos que llegan a mi vida.

Cuando ella se fue, cuando falleció, vendí la casa evitando que se poblara de fantasmas, la vendí sin volver a habitarla. Años antes enterramos a mi querida tata, una mujer que siempre fue vieja, pero que olía como los bebés, como los niños pequeños, a bálsamo y a Nenuco, a polvos de talco; ella decía que era olor de santidad, pues no tuvo tiempo en toda su vida de pecar. Su concepto de pecado consistía en yacer con un hombre sin estar casada. Murió virgen y a veces

pienso que aquel aroma que brotaba de su cuerpo era en realidad el olor de santidad.

Tenía la misma edad que mi padre y ambos eran del mismo pueblo. La adoptamos a cambio de nada porque nada tuvo, vivió para servirnos, no fue nunca nuestra criada y, por su intuición y de natural inteligente, se convirtió en consejera y guardiana de nuestro patrimonio oral basado en historias ingenuas de su pueblo y de su infancia y juventud.

Más que vender el piso, lo que hice fue desembarazarme de él. Le dejé todos los muebles al nuevo inquilino y solo me llevé las fotos familiares, las figuras de barro que componían el viejo belén navideño que nunca volví a montar, tres docenas de libros, quizás totalizaban sesenta ejemplares que habían sido nuestra memoria literaria, y un delicado reloj de cuco que me trajo mi padre después de un viaje a Suiza.

Mientras no adquirí mi vivienda nueva, me fui a hospedar temporalmente a un apartotel horroroso, pretencioso y céntrico que no era más que una casa de citas, un *meublé* urbano que yo desconocía pese a su fama popular.

Mi nueva casa, mi actual vivienda, está en un antiguo edificio rehabilitado. Dos habitaciones, un gran salón muy luminoso con tres balcones a la calle, dos baños y una amplia cocina conforman los ochenta metros de mi casa en el Madrid de los Austrias, relativamente cerca de esta y alejada de la casa familiar en donde nací.

Tener una casa propia, elegida, es tener una nueva vida, ese concepto pequeñoburgués de ser propietario de tu propia vivienda te da seguridad, aleja temores infundados y, al fin y al cabo, alberga tu futuro. Es la primera que he tenido y la definitiva, pues la casa de mis padres era la suya, desde donde proyectaron una vida conjunta. Cuando me fui a vivir con Eduardo, alquilamos un piso de los llamados, en aquella época, de solteros, por Chamberí. Allí, junto a él, pasé los dos años más felices de mi vida. Luego seguí arrendándolo hasta que me trasladé a vivir con mi madre, renunciando conscientemente a mi libertad. Una casa no es necesariamente un hogar, es ese espacio que crees que te protege y donde puedes crear un universo propio al cerrar la puerta.

Lo mejor que tiene mi apartamento son los tres balcones. Por el de la izquierda entra toda la luz del alba, se asoma a la mañana; el del centro es en donde nace el mediodía, y en el de la derecha se cuele, despacito, la noche que cubre con sombras los tres balcones que dan a la plaza donde, en las noches que son claras, duerme la luna. Así, de esta forma lo vio el maestro, lo dijo textualmente, cuando conoció mi casa.

Me agradece, lo sé, que al entrar, tras girar la llave que abre la puerta, me deje acoger por el lugar que habito, por haberla elegido, por recalar en lo que va a ser mi puerto definitivo. Mi hogar es la residencia de todos mis dioses protectores, donde viven los manes y los lares creando un hogar, que es mucho más que una vivienda. Yo saludo con la mañana, al despertar, al desperezarme y dejar que el cristal del balcón me dé el primer parte meteorológico, saludo a la casa que me cobija y me protege.

Son costumbres que se afianzaron con la edad. Ya sé que es bastante sorprendente, tanto como infantil.

Los primeros meses que trabajé con el maestro me parecieron insoportables, como él, que resultó de inicio ser una persona inaguantable, un viejo que todo lo despreciaba, un egoísta redomado que antepone su ego a la construcción de todas las oraciones por muy perifrásticas o coloquiales que pudieran parecer.

Al tercer mes de trabajar a su lado, es un decir, y cuando me disponía a abandonar el cometido que me habían encargado y estaba decidida a presentar mi dimisión al director de la editorial Universal, en realidad mi patrón en esta complicada tarea, me sorprendió que al sentarme en mi

tablero de trabajo, estuviera presidido por un delicado ramo de flores con mi nombre en un tarjetón que había rotulado el maestro.

Me sentí conmovida y halagada, y en ese instante dejé de ser la persona invisible, una especie de mueble que deambulaba por la casa del viejo autor, que nunca contestaba a mis preguntas y que me hablaba mirando para otro lado.

Se acercó a donde yo estaba y, mirándome con ojos de viejo pícaro, me saludó con el más afectuoso de los buenos días que hasta entonces nadie me había deseado.

Comencé a existir, a ser visible, a corporeizarme, y pasé de ser aspirante a biógrafa de autor, a convertirme en una eficaz secretaria autorizada, a gobernar su vida, a escuchar la letanía de angustias que frecuentemente le asaltaban, a ser testigo de sus temores cotidianos, a ejercer una complicidad que en ningún caso me correspondía.

Y, por primera vez, pese a las terribles complejidades de una convivencia neurótica y parcial, comencé a sentirme bien y mi supuesto jefe se convirtió en el mayor de mis parientes lejanos que no conocí, y activé el mecanismo secreto de la ternura hasta convertirme en la señora de la casa, dominando el territorio físico en el que estaba instalada y ejerciendo una relativa autoridad sobre el maestro, mucho más relativa que real, pues era y es un ser indomeñable, un hombre más o menos libre que como el junco se dobla, pero que al cesar el viento vuelve a erguirse.

Pronto cumpliré sesenta años, pero no quiero hacer balance alguno; un suspiro fueron los últimos treinta años, que transcurrieron entre rutinas vitales medidas y vulgarmente tasadas y traducciones, o más bien revisiones, de obras popularmente clásicas como la bibliografía completa de Jane Austen o una nueva versión de *Mujercitas*, de Louise M. Alcott. Y el tiempo fue pasando a la velocidad que cerca a las mujeres que están solas.

Mi comportamiento fue lo menos transgresor que hubiera imaginado, y me convertí en una mujer madura modosa, canónicamente vestida, maquillada a la antigua, con esa media melena que nunca me ha gustado que fuese mi peinado; me convertí en esa mujer que nunca quise ser, en cierta forma negándome a vivir, sin traspasar el espejo, querida Alicia, que lleva al otro lado, donde reside la tierra de la felicidad perpetua.

Incluso los viajes estaban reglados. De los treinta días de vacaciones anuales viajaba al extranjero solamente quince porque me parecía un dispendio gastar tanto y en tan poco tiempo, pese a que el dinero no era ni mucho menos la principal de mis preocupaciones. Vivía con una relativa austeridad, pero siempre fui capaz de ahorrar e incrementaba poco a poco mis ahorros, y nunca he sabido por qué lo hacía. Era capaz de renunciar a los pequeños placeres de una compra, de un capricho deseado, y contenerme en el gasto. No tenía para quién ahorrar, ni familiares ni amigos con quien compartir mi patrimonio.

Estaba segura de que ese comportamiento era una mala herencia de mi madre, sus supuestas virtudes que eran en realidad vicios de una abnegación aprendida en los caducos manuales de uso de una jovencita que debe exorcizar todas las tentaciones por muy livianas que parezcan. Decía mi madre que el diablo no duerme, y yo me he preguntado insistentemente para qué querrá dormir.

Ni guapa ni fea, más guapa que fea; siempre, se decía en mi época, resultona. Más alta que la media de las mujeres de mi generación, tirando a libertina en mi comportamiento sexual escasamente ejercido y que ha sido base de mis fantasías.

Tardé más tiempo del debido en superar el desleal e incomprensible abandono de Eduardo, su desertión que nunca sospeché. Me llevó mucho tiempo reconstruirme, levantarme anímicamente, aprender a desenamorarme, y juré vengarme de los hombres, de todos, como especie, pero opté, sin pensarlo demasiado, por un sexo apacible, secuenciable, sin compromiso.

En el papeleo de la venta del piso familiar y la compra del apartamento, conocí en la notaría que llevaba mis gestiones a un escribiente amable, afable, que fue zalamero conmigo, servicial y escasamente seductor; por supuesto, la persona de la que nunca me enamoraría. Una tarde lo acompañé a un cuarto de una pensión. Hicimos el amor sin pasión y sin palabras.

Lo convertí en mi amante, aunque yo no lo he sido nunca, no fui la otra. Para mí fue una suerte de semental, y jueves a jueves de cuatro a seis acudimos a la pensión, pero estoy a punto de dejarlo. Es un juguete roto, un calvo vestido con viejos trajes raídos y, lo que es peor, al hacerse mayor, unos años más que yo, y estar a punto de jubilarse, tiene frecuentes gatillazos que achaca al estrés y no a la edad. Lo estoy dejando y ni siquiera me da pena. Su aventura irrealizable era que viajáramos juntos a Toledo para pasar un día y una noche. Nunca lo cumplió, y para mí la ciudad imperial se convirtió en un deseo frustrado.

Toledo fue en mi fantasía Samarcanda o Alejandría, un viaje en el Transiberiano o una noche de amor y lujo en el neoyorquino hotel Plaza.

Cuando se lo conté al maestro, y sigo sin saber por qué lo he hecho, me sorprendió con un viaje de los dos a Toledo. Nos quedamos en el parador y disfrutamos como adolescentes que se dan las buenas noches al subir a las habitaciones correspondientes. Desayunamos en la terraza y la ciudad nos mostró su belleza clásica ante nuestros ojos. El maestro describió la mañana diciendo que el río discurría perezoso por su cauce, como una serpiente acuática.

No sabe cómo agradecí aquel gesto que me sigue pareciendo insólito en su comportamiento. Fue al regreso de Toledo cuando tomé la decisión de dejar a mi viejo amante, que ya cumplió su cometido. Aún no se lo he dicho al maestro.

Me gusta ordenar y catalogar la biblioteca, cambiar de sitio los libros, alterar los anaqueles de modo caprichoso, sorprender la indolencia acomodaticia de textos que duermen el sueño de los justos apoyados unos sobre otros y conscientes de que nadie los cogerá del lugar en el que se han colocado y volverá a leerlos. Ninguno cree tener una nueva oportunidad. Yo juego con ellos, los tiento, los excito, los engaño. Son mis compañeros, es más, son mis amigos, los camaradas más leales. Repasando sus lomos con mis manos me siento muy segura.

Ya no soy la lectora de antaño, desde hace bastante tiempo leo diez libros al año, los degusto, los saboreo como si fueran delicatessen comestibles, me sumerjo en sus páginas que convierto en navegables y subrayo los sueños que contienen muchas frases, algunos párrafos. No puedo abandonar los textos con los que he sido inmensamente feliz al leerlos; por tanto, pasados dos años de disfrutar de los diez libros anuales, regreso a ellos y los vuelvo a leer, en esta ocasión ya sin detenerme en sus páginas, durante los dos meses de verano.

Noto su gratitud y sé de su alborozo, de su contento. Son mis pequeños secretos cotidianos. Los libros fueron acunando mis deseos, fui capaz de encontrar en sus páginas las respuestas que no buscaba, construimos juntos una ruta vital, un gran atlas de las tardes soñadas y hasta de los placeres prohibidos.

Cuando me sentía triste, cuando la soledad me asaltaba hasta el llanto, los libros fueron el antídoto de la tristeza, el Trankimazin que me devolvía a la magia de las palabras, el texto que me devolvía la sonrisa.

Escribo esto en una preciosa tarde de domingo, es mayo y la luz colorea la tarde. Escribo buscando la fortuna de contar mi vida a tropicónes, como quien la va anotando en un diario y deja ver el álbum de sus sentimientos.

Regreso ahora de almorzar en un restaurante excesivamente caro, tiene dos estrellas Michelin, es uno de los pocos lujos que me permito, la comida a diario es un rito reiterado, incluso triste.

Almuerzo con el maestro, comparto una especie de menú del día que nos suben de un restaurante gallego que está cerca de casa, es comida de contingencia, escasamente elaborada, repetida en su secuencia. Yo no exijo otra cosa, y a veces pienso que comer así, por rutina, es una pérdida de tiempo.

Por eso, cada quince días, o a lo sumo tres semanas, buceo por las guías de restaurantes de gran calidad y los frecuento por un turno riguroso. Me fío de los gastrónomos y críticos del diario, que casi nunca yerran.

Me encanta que me observen los comensales de otras mesas, que ven a una mujer sola saboreando manjares exquisitos que la convierten en un enigma bastante difícil de descifrar. Y mientras me miran yo imagino cuáles serán sus pensamientos acerca de mí.

Disfruto con la buena mesa y la cocina imaginativa, y creo que, por muy caro que resulte mi capricho culinario, es un dinero bien gastado. Invariablemente escojo un vino de los que el *sommelier* califica de excelentes. Un rioja gran reserva de una añada contrastada, un burdeos alegre e incluso un oscuro vino rojo de Sicilia al que no le hago ascos.

A lo que no me he acostumbrado es a beber un dry martini antes del almuerzo. Será porque se me nota demasiado mi tradicional educación sentimental que no puedo transgredir, a la que no puedo sustraerme, es más, no sé siquiera si me hubiera apetecido.

Ha sido una muy buena elección, tardé varios meses en conseguir mesa, tal vez porque no sabían que era una mujer sola. No había mesas ocupadas por una sola persona, debe de ser que comer en uno de estos restaurantes es una ceremonia compartida, un negocio en ciernes o el remate de una operación financiera, un homenaje de afectos, tal vez una declaración de amor o el socorrido almuerzo de un cumpleaños. Y eso que hoy era domingo. La satisfacción colectiva era evidente.

Dentro de poco cumplo años y lo celebraré sola, tengo pensado viajar a Cáceres o a San Sebastián, alojarme en el hotel que regentan los propietarios de Atrio o en el que ha abierto Subijana de Akelarre y, por supuesto, darme un homenaje culinario en una de sus mesas. No se cumplen sesenta años más que una vez. Tendré que reservar con tiempo. Es mi regalo y mi premio. Me hace mucha ilusión.

Si analizo estas reacciones, tengo la impresión de que, a más edad, más infantil me estoy volviendo. La infancia regresa a mi presente, se actualiza con mucha frecuencia y todo me retrotrae a cuando era niña, y me veo sentada en el patio de la casa de mi abuela, tengo frente a mí un bodegón vegetal, una fuente en la que hay melocotones y cerezas, tengo un vestido verde vuleado y madre me obliga a cantar una canción para deleite de la media docena de invitados de mi abuela, que forman un círculo en torno a la pequeña mesa, y canto *Campanera*, una canción que entonces era muy popular, y escucho los aplausos y saludo puesta en pie y girando, y giro sin parar hasta caerme y entonces mi abuela me da un melocotón y coge de la cesta dos cerezas unidas y me hace con ellas un pendiente. Nunca más he vuelto a cantar *Campanera*.

Estas y otras imágenes me asaltan desde hace poco tiempo y, en vez de crecer, decrezco, el tiempo transcurrido camina para atrás, y me veo con seis años y estoy a punto de dormirme tras escuchar un cuento por boca de mi padre. Noto perfectamente, vuelvo a revivir cómo sube el embozo de la manta y me tapa, escucho nítidamente un buenas noches, mi amor, y en mi actual lecho, en la cama que preside mi alcoba, en la cama de mi habitación, me duermo plácidamente como cuando era niña.

No se lo cuento a nadie, porque tal vez no tenga a nadie a quien contárselo.

Las tardes de domingo paseo por mi barrio, soy una vieja solterona que repite gestos e

itinerario, busco ahora con el buen tiempo una terraza en la plaza y me siento a ver pasar la vida.

LA HORA DE LA SIESTA

En España yo no duermo la siesta. Cuando viví fuera, después de comer me acostaba a una hora exacta, a veces dormía y otras no, fue una costumbre con la que he viajado a lo largo del mundo. Ahora los días que estoy solo en casa, que son los menos, escucho las arias más queridas de las óperas que han enmarcado mi vida, y las oigo a la hora de la siesta. Nunca he podido compartir una audición operística con nadie, es un sentimiento profundo que me transporta a otros lugares quizás inexistentes, pero que para mí están vigentes; ahora mismo voy a poner un disco de *La Traviata*, una pieza de Verdi basada en *La Dama de las Camelias*, es fácil, sin complicaciones, le ocurre lo mismo a *Rigoletto*, que también lleva el sello verdiano. Yo soy más de Puccini, de *Madama Butterfly*, aquel homenaje a *Madame Chrysanthème*, de Pierre Loti, o de *Tosca* o *Turandot*, que no llegó a terminar. Yo creo que ya lo he contado: amo la ciudad en que nació Puccini, y en la mayoría de mis libros está Lucca en un par de frases, la ciudad amurallada, a la que se accede franqueando una puerta, un arco triunfal que saluda al viajero y por donde se entra a la Toscana. Lucca huele a vainilla y a Puccini, a pastel de manzana y a primavera. Tengo que volver aunque solo sea a despedirme, no sé si me quedará tiempo. *Don Giovanni*, *Las bodas de Figaro* son para escuchar cuando el invierno golpea en los cristales, al igual que *Otello*, cuando comienza el verano me deleito con *Pagliacci*, de Leoncavallo, y, cuando me apremia la necesidad de encontrar el lenguaje visual en un escenario, busco que programen *Un ballo in maschera* y acudo, más bien acudía, cuando todavía me quedaba un resto de juventud en este destartalado cuerpo, a la Scala milanese, al teatro San Carlo de Nápoles o a la vieja ópera de Frankfurt.

Ha sido y sigue siendo la banda sonora culta de mi vida, ha sido un aprendizaje que, cuando sabes interpretarla, es como un veneno de los sentidos que, desde el tacto al oído, pasando por el gusto o la mirada, se ordenan cuando suena el prelude hasta el definitivo andante del acto final.

Mi educación musical fue muy rudimentaria. Crecí entre las coplas que cantaba mi madre y que ambos escuchábamos en la radio que programaba discos dedicados o las voces en directo acompañadas al piano en los concursos radiofónicos y en las llamadas cabalgatas de fin de semana. La copla era para mí un género descriptivo, una narración corta, un relato cantado, emocional y popular, escrito por poetas del pueblo con pasión, pasiones primarias que inundan de sangre y de colores de abril y mayo los textos de las letras.

La copla me fue siguiendo allí donde yo iba, y fue una lejana tarde en Buenos Aires que, tomando café con Eduardo Blanco Amor, se presentó y me presentó a Miguel de Molina, que había sido, antes de exiliarse, una gloria nacional como cantor de coplas, y a partir de entonces yo hice un himno de *La bien pagá*, que iba alternando con *Ojos verdes*, que se quedaron para siempre en mi garganta.

Debo decir que mi voz, sin ser un portento, fue agradable y bien timbrada, adornada con un meritorio gusto para entonar canciones. Ahora sonaría ridículo, pero entonces era uno de mis encantos privados. Fui muy buen cantante, aunque no me he prodigado más allá de lo justo.

Ya viene el buen tiempo, es como si Dios decidiera iluminar las tardes alargándolas hasta que

la noche se pone intransigente y abandona la tolerancia de mantener descorrido el telón que tiene bordada a la luna en el centro. Ya viene mayo cantando sierra abajo, envolviéndose con el manto azul de las primaveras, y yo me siento herido por el dardo negro de la melancolía, que es, como las peras que comía en mi niñez, fruto de estación.

No sé si es melancolía o tristeza, recuerdos agavillados de un pasado que ha sido, que he sido, cuando la sangre joven se ponía en pie en días tales como estos que ya están viniendo a parodiar este cuerpo desolado.

Me hubiera gustado emprender un viaje por aquellas ciudades que han dejado en mí alguna foto fija. Volver, como estoy volviendo ahora con mi imaginación errática, a las ciudades que he amado, un largo trayecto sin equipajes, deteniéndome en los lugares que han quedado para siempre como un tatuaje en mi mente, un no parar hasta la muerte, un periplo que termine el día en que me vaya y traspase el laberinto de la vida para que doña muerte me dé la bienvenida. Pero morir no es tan fácil, parece un trámite, pero el tiempo previo se dilata como una cinta sin fin.

Las tardes de domingo son propicias para pensar en la muerte, incluso para convocarla, aunque hace mucho tiempo que me ignora; me ha tachado de su carné en el perpetuo baile de debutantes. Nunca acude a charlas conmigo cuando la llamo. Hubo un tiempo en el que era yo quien no le hacía caso y seguro que se está vengando.

Cuando escucho *Nessum dorma* o *Una furtiva lacrima*, siento como un preámbulo de la muerte, y eso me pasa desde hace mucho tiempo, lo que me hace pensar que no son un prólogo del adiós a la vida, de la última noche de mi vida.

Tendré que ponerme en serio con la novela, no sé por dónde tirar. Ayer ha vuelto a golpear el yihadismo asesino. «Un lobo solitario» lo denomina la prensa occidental, la misma que nos ha puesto a todos los individuos del planeta en el objetivo de su mirilla telescópica o frente a la camioneta que atropella hasta la muerte a pacíficos ciudadanos.

No quiero preguntarme, porque me aterra la respuesta, quién está detrás de todo esto. No quiero ver un Corán lleno de sangre, con las suras en sus páginas manchadas de petróleo. El odio no es sagrado, sagrada solo es la vida. Quién difunde, y en dónde, escenas tan truculentas como reales de decapitaciones en serie, de niños con un cinturón de bombas que hacen estallar en plazas y mercados, en zocos y bazares.

Yo creo tener, como muchos otros, la respuesta de quién creó ese Estado Islámico, títere del gran capital que mueve el mundo. La sangre no se limpia con miles de papeles de periódico, ni se oculta con primeras páginas de todos los diarios del mundo, ni se encubre con misiles certeros ni bombas guiadas por la inteligencia artificial. Ya es imposible limpiar la sangre que antes de secarse se renueva como si se reprodujese el milagro napolitano de San Genaro.

Busco, ahora que estoy solo, los datos del dolor en una carpeta en donde ha anotado las más recientes miserias humanas y sumo las víctimas de los atentados, de los atropellos cometidos con vehículos, y a las ochenta y cinco de Niza agrego doce en Berlín, cinco en Londres y Estocolmo, una en Nueva York, de nuevo ocho en Londres, una en Münster y trece en Barcelona. Es un nuevo mapa de una nueva forma de asesinato. No cuento los heridos que totalizan más de tres centenares. Y pienso en que, seguramente, mientras escribo esto, al fondo de un vagón de metro, viaja sentada una mujer que realiza siempre el mismo recorrido. Está muerta, falleció, la mató una de las bombas de los trenes de la estación de Atocha, condenada a una vida falsa, en un viaje impostado, interminable, para que nunca llegue el olvido.

Claro que me gustaría que en mi nueva novela, la que tengo que escribir por imposición contractual cuando ya había cerrado la carpeta de la ficción, fuera un alegato contra la vesania y

una denuncia de las agresiones que conforman una nueva lectura de la guerra, pero no sé hacerlo, no controlo ese registro, mi nivel de denuncia siempre fue banal, y escribí toda mi larga obra en entregas puntuales con el amor humano y el entretenimiento como referencia.

Me han calificado como un autor elegante, pero alejado de los ruidos de mi entorno, ignorando el dolor colectivo y escabulléndome por esos túneles amables de los sentimientos perdidos.

No quise escuchar el llanto de los centenares de niños huérfanos cuando explotaron las torres gemelas, ni el de los colegiales sirios asesinados por las bombas que llovían muerte desde los aviones, me evadía, prefería no entrar en la conversación cuando se trataba de contar la gran masacre, la ingente masacre de judíos gaseados en los campos de concentración alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, ni poner en el pasivo de la historia los millones de rusos asesinados durante la dictadura comunista de Stalin.

Pero mirar a los ojos de la pasajera innominada del convoy subterráneo del metro de Madrid me ha conmovido hasta el espanto, y en aquella mirada cabían todas las víctimas, todo el dolor que generó el siglo de las dos guerras mundiales, de los conflictos de Corea y Vietnam, de las guerras domésticas de África y Sudamérica, del reciente estallido bélico en el corazón de Europa en Bosnia, en Serbia, en Croacia. No quiero hablar del pozo de sangre y metralla de Oriente Medio, ¿para qué?

Apago la voz de Caruso en un viejo disco con problemas de grabación y Fidelio se va buscando el aire de la tarde y las últimas notas salen de golpe por la ventana abierta del salón.

Los años en que viví en París, el viejo editor Gallimard me propuso escribir lo que llamó la gran novela de la Guerra Civil española y su continuidad, encargándome una secuela sobre la larga y dolorosa postguerra que era, para los lectores franceses, un tema muy querido. Me faltaron argumentos para justificar mi negativa. Pese a sentirme halagado, tuve que negarme a escribir aquella novela sugerida, y después de no aceptarlo de buen grado no insistió más allá de lo tolerable.

La novela acerca de nuestra Guerra Civil me ha perseguido toda mi vida y, cuando iniciaba un nuevo texto narrativo y todo me llevaba a ubicar algún pasaje en el corazón de la guerra de España, he sabido evitarlo, y ahora veo cómo estalla junto a mí el dolor envuelto en el sudario del terrorismo, que no es otra cosa que la nueva conformación de la guerra moderna a quien nadie es ajeno.

No tengo esbozo para iniciar el nuevo texto, la novela. Se me había ocurrido recuperar la conversación que mantuve con varios muchachos de mi edad en los claustros del convento paredaño a la iglesia antes de salir la procesión del Jueves Santo, en la que desfilaba la cena de los doce apóstoles con Jesús, que fue suspendida a causa de la lluvia. Pero no puedo recordar el motivo de la disputa ni quiénes eran los otros cuatro rapaces que debatían conmigo. No veo sus caras, no puedo escuchar sus voces y nadie puede dar fe de aquel momento.

Es un viejo tema recurrente que yo creía olvidado, pero que va y viene como un vaivén de costaleros que transportan el paso de la cena por las estrechas calles de Vilaponte.

Estoy viendo en la distancia los rostros de Pedro y de Juan, de Bartolomé y Judas Tadeo, de Simón y Santiago el Menor, de Mateo y de Andrés, de Felipe y Santiago, de Tomás y de Judas Iscariote. Percibo con nitidez la cara de Cristo. Forman entre todos la tripulación de una nave, de un barco que navega por el mar interior de mis recuerdos sin dirigirse a puerto alguno.

En el centro de la mesa a la que están sentados, una fuente de porcelana rústica sostiene un cabrito asado de madera rodeado de hojas de lechuga; en ambos extremos, un pastel que allí llaman pan de los apóstoles y que es muy celebrado por los lugareños, conforma el condumio del

paso procesional.

Frente a Jesús, una copa de plata labrada sustituye al vaso primitivo con el que yo he fantaseado más de una vez porque estaba seguro de que era el auténtico Santo Grial, el mismo que yo vi en el Cebreiro. Estoy convencido, sentí su fuerza poderosa en la humilde iglesia de Pedrafita en donde tuvo lugar el milagro. Yo mismo escribí una apasionada defensa cuando el joven Javier Sierra sostuvo que el original Grial está en Valencia.

No tuvo respuesta, pero yo estoy seguro de que el cáliz primitivo de la cena no es otro que el que fue guardado por los monjes templarios en el monasterio de la isla Coelleira, en la boca de la ría de mi pueblo, y posteriormente robado cuando los doce monjes fueron pasados a cuchillo en una noche lluviosa de un lejano noviembre. Estoy seguro de que los doce monjes eran la reencarnación de los apóstoles.

No me lo puedo quitar de la cabeza, y empiezo a denominar la reunión vespertina como el misterio del Jueves Santo; incluso pensé titular de esta guisa la novela encargada.

Tengo que liberarme de esas manías que interfieren en mi alicaída capacidad de contar. No quería iniciar una nueva novela porque los temas huyen veloces de la pantalla de mi ordenador. Lo mejor es que le diga mañana a Amanda que renuncio y que devuelva a la editorial el anticipo. Yo soy un árbol seco, un olivo sin hojas y con las raíces prácticamente al aire. Ya he contado todo lo que he querido contar en los libros que he escrito. Me toca descansar, pensar aunque sean tesis disparatadas, contemplar la vida por el hueco de la ventana del salón por donde veo los distintos matices del cielo y cómo se establecen las secuencias de la lluvia en los otoños, conversar moderadamente con quien me visita, que últimamente son pocos, y aguardar que la muerte llame al timbre de la puerta y yo le abra, y ella me abrace por última vez. Pronto ha de llegar ese momento, y mientras tanto no debo apasionarme con casi nada.

Es verdad, las visitas casi han desaparecido, siempre me han molestado, pero ahora las añoro. Hace un par de semanas me visitó un escritor español del que solo había leído una de sus obras, *Esta noche moriré*. Vino a verme Fernando Marías, al que no conocía y con el que me disculpé por no seguir su carrera de autor. Le dije la verdad, que no es otra que yo he dejado de leer obras recientes de autores vivos, lo entendió y a punto estuvo de decirme que a él le pasaba lo mismo, pero un extraño pudor, creo yo, se lo impidió. Vino para solicitarme un texto breve de un libro colectivo que una peculiar cofradía, Hijos de Mary Shelley, que él gobierna, está tramando acerca de Frankenstein por no sé qué razón de una efeméride, doscientos años desde su publicación, creo.

Mi respuesta fue contestar que, a estas alturas, Frankenstein *c'est moi*, y pese a todo le prometí los dos folios. Estuve un par de veces en Villa Diodati, la última fue con motivo de rendir homenaje a Borges, enterrado en el pequeño cementerio municipal de Ginebra, visité su tumba con una críptica inscripción en gaélico antiguo grabada sobre una piedra de regular tamaño y por ambas caras. Pues a lo que iba, me acerqué a Villa Diodati buscando el aliento discursivo de Byron y la noche más creativa de la Shelley, mientras caía un aguacero que reproducía su estancia. Sentí tras de mí la presencia de Polidori.

Marías es un gran cinéfilo y, para aproximarse a mi pasión por el cine, introdujo la posterior conversación confesando que ha cumplido sesenta años, edad en que todavía nos mantenemos en plena forma y que es cuando las películas que hemos visto vertebran como bisagras los fotogramas que cuentan la pantalla grande de nuestra vida. Fue una tarde amable que se cerró con una gloriosa coincidencia: nuestra devoción indisimulada por *Grupo salvaje*.

La despedida fue impropia de mí, le pedí que volviera más a menudo.

Antes las visitas eran una peregrinación constante, periodistas en busca de la entrevista

delirante, jóvenes e inéditos escritores solicitando prólogos, a los que siempre, y quizás injustamente, les respondía con una negativa; profesores de español, profesoras de literatura, algún mitómano despistado, organizadores de jornadas y comisarios de congresos. Pero ese tiempo ya pasó, no viene casi nadie, nadie solicita entrevistas, los prólogos son de otra factura, locutores de la televisión, gente popular que yo no conozco, ya soy un producto de cierta arqueología social, cultural, y he pasado a la categoría de los olvidados. En parte porque yo lo he querido así, porque yo, diría mi querida madre, me lo he buscado.

Hasta *A través de la niebla*, mi novela del exilio, un auténtico *best seller* en su momento con miles de copias vendidas, fue suprimida de los libros recomendados en los planes de estudio del bachillerato.

Soy un carcamal del que nadie se acuerda, un producto de antología, un personaje de esas secciones que comienzan con un ¿qué fue de?

Mucho dan de sí las tardes de domingo; decididamente, debí tenderme a dormir la siesta, no me convienen estas vigiliadas en soledad. Lo cierto es que me fui quedando sin amigos, aceleré demasiado la huida de afectos que fui quemando por etapas. No conservo ninguno de los amigos de entonces con los que creció mi infancia y parte de mi adolescencia en el pueblo, no recuerdo sus nombres, no sé cómo se llamaban ni si todos ellos pertenecen al censo de los muertos, que no son mis muertos. Las personas de Vilaponte que me conocen tienen razón de mí por esa inmediata celebridad, popularidad de los libros escritos y de las noticias de los diarios. Soy lo que se llama un hijo ilustre, que tiene asegurado un obituario municipal y un pésame público del señor alcalde. Eso es todo lo que me queda en el lugar donde nací. Ignoro el quién es quién y no puedo preguntar «si eres hijo de» porque no recuerdo a sus progenitores.

Se me difuminó el censo afectivo que he tenido hasta dejar atrás mi mocedad. Es como si hubiera renunciado conscientemente a mi sentido de pertenencia. De mi infancia solo recuerdo las confidencias de cada tarde cuando comenzaba a anochecer. Tuve, claro que tuve, amigos cuando la vida se contaba con un solo dígito, compañeros de estudios antes y durante el bachillerato, pero no consigo recordarlos, se han borrado paulatinamente de mi memoria, desapareció la llave maestra de la amistad, la que abría mis recuerdos, y tras pasar esa primera página se fueron sucediendo los amigos perdidos allá en donde estuve.

Mi austeridad en los afectos se hizo evidente con las mujeres, todas menos una, que amé, en la relación con camaradas y compañeros de trabajo, o de veniales correrías. Mi cariño hacia los demás ha sido siempre una elaboración literaria alejada de compromisos.

Cuando desaparecieron mis tías, mis padres, pude comprobar un déficit notable de comportamientos cariñosos con ellos. A mi madre y a mi padre les hurté muchas veces la frase amable que les debía; me costaba, se me atragantaban las palabras para decirles lo mucho que los quería, y ahora que ya no están no puedo contarles lo mucho que los he querido. Mi carencia de palabras cariñosas intenté suplirla con los pocos gestos afectivos que les fui manifestando, sobre todo cuando ya su edad los demandaba. Y aun así fui parco en caricias y abrazos, en besos que hayan supuesto más que un cumplido.

Llegué tarde y no he sabido cómo rogarles su perdón por mi ausencia de amor filial expresado como el común de los mortales.

No he tenido amigos a lo largo de mi vida. Cuando traspasaba la, para mí, muy difusa línea de la amistad con compañeros que me acompañaron en momentos dichosos o en los días en que la angustia me atrapaba en sus garras, un sentimiento de huida se apoderaba de mí y propiciaba que la amistad incipiente, que en algunos casos, pocos, se consolidaba, se quebrara en mil pedazos

para extrañeza de quienes eran mis supuestos amigos.

Nunca me he recostado en un diván de siquiatria para contar lo que me estaba sucediendo. Dos veces estuve a punto de traspasar la puerta de las consultas de profesionales de esta disciplina, pero algo me impidió cruzar el umbral.

Hace algunos años, justo cuando dejé de escribir, y ya va para una larga docena, intenté revisar mi vida y corregir, donde podía, mi actitud hosca y huraña. Pero no he podido, es como una maldición, un castigo. Una condena que desde hace mucho tiempo no tiene marcha atrás.

En el fondo, me he ido acomodando a mi forma de ser, incluso cultivando mi fama de persona difícil, de complicado solitario, y sé que, también en el fondo, no estoy de acuerdo con mi forma de ser, que no es otra que la del alacrán que se ofrece a pasar el río llevando sobre su lomo a la hormiga, sabiendo que nunca conseguirán llegar a la otra orilla.

A los que denomino amigos son personas a las que conozco de antiguo, las utilizo, me beneficio de sus habilidades sean editores o médicos, procuro frecuentarlos lo justo, porque mi corazón con respecto a ellos late a otro ritmo.

Pensándolo bien, creo que soy un egoísta redomado desde que nací. Mi egocentrismo me ha impedido detenerme con los demás y han pasado por mis edades como una foto fija que se va mudando al sepia hasta perder completamente el color.

Curiosamente, ahora que hablo de fotografías, tengo que confesar que no conservo ninguna que dé cuenta y razón de mi existencia. Los retratos que guarda mi editor y que coinciden con la promoción de mis libros son, junto con las de los archivos de los diarios que me han entrevistado, todo el escaso bagaje de mi memoria gráfica. No hay rastro de retratos familiares, de secuencias juveniles mirando a la cámara en grupo, de las mañanas de la romería, de navegar en un barco acompañando la procesión marinera de la Virgen, nada.

Hoy no repetiría la misma historia, y daría algo, una sonrisa satisfactoria, por poder recuperar los retratos, las fotos que han marcado los momentos felices de mi trayectoria vital, pero la manivela solo gira en un movimiento mecánico que va para delante. La vida, y ese es su gran misterio, no tiene marcha atrás. Yo al menos desconozco el resorte.

He sido un gran egoísta y, revisando en un segundo mi vida, no me arrepiento de nada, ¿quién no es egoísta a lo largo de su vida? Sin duda, reconocerlo es difícil. Yo, que tengo un estribo en la caballería del otro mundo, estoy contento con mi comportamiento y, acaso con ligeros matices, no cambiaría mi actitud que, si algo ha sido, es coherente.

Pronto me acostaré, la tarde de domingo ha dado mucho de sí. Tendré que acostumbrarme a dormir la siesta, para que pueda poner a buen recaudo los pensamientos que circulan sin parar por los límites de mi cerebro.

Es como si se proyectara una cinta sin fin, una película sin título y con un argumento caótico, un film sin pies ni cabeza rodado o contado a medias por Lars von Trier y Fernando Arrabal con montaje final de Luis Buñuel. Voy a acostarme después de comer un yogur griego, de esos industriales que saben todos igual. Y recuperar el placer de explorar con mis pies la parte baja de las sábanas, descubriendo los rincones en donde anidan los fríos amables que se ocultan en el interior de la ropa de cama que arropa el descanso.

Me acostaré, a nadie espero, mi lecho es mi territorio, donde están escritas todas las geografías que preceden al sueño. Me desnudo para acostarme, me despojo del pijama que llevo puesto, me quedo como Dios me trajo al mundo, en pelotas, que es como me gusta dormir, para recuperar los placeres de la piel sobre el algodón, sin nada que te perturbe, desnudo y solo, que es el primer tiempo verbal de la conjugación de los hombres libres, de los neandertales que aprendieron a

articular el mecanismo por el que se rigen los sueños. Yo sé que puede resultar estafalario contar que me desnudo para meterme en la cama cuando lo más normal es que me vista para acostarme, y añadido que lo más vulgar es que me ponga el pijama. Pero como dormir es morir temporalmente, debo afrentarme en la profundidad liviana de mi lecho para que actúe, para que sea mi sudario temporal hasta que llegue el alba, y, si no llega, para que me encuentren desnudo, como en una estrofa de un verso de Machado: como hijos de la mar.

Buenas noches, ya no cuento nada más, porque más no tengo que contar. Mañana será otro día, uno más, similar o idéntico a este, pues para mí, desde que dejé de escribir, todos los días me resultan iguales. Tengo que mirar el almanaque, el calendario, para saber que al domingo le sucede el lunes. Todos son iguales; los distingo en la voz de Amanda, en su tono cansado o cantarín, optimista o de abnegación. He aprendido a interpretarla.

Dónde estará Amanda a estas horas, algo hay en mí que la aguarda, que la busca sabiendo que no voy a encontrarla. Me estoy acostumbrando a su compañía. Es el eco de mi voz, tendré que aprender a contar historias de nuevo; si no, no cumpliré los plazos de la maldita novela que no sé ni por dónde empezar. He pensado en escribir un texto de autoficción, que es un subgénero que, según leo en los suplementos literarios de los diarios que Amanda me deja subrayados junto al ordenador, está funcionando bien.

Pero tendré que inventar una vida que no es mía, que no he vivido, de la que yo no he sido protagonista, y no hay más razón que el haber borrado intencionadamente todos mis recuerdos y muy especialmente los de juventud. No me arrepiento, pero lo lamento.

Mañana será otro día, me acuesto, ya me voy a la cama, dejaré encendida la luz de la alcoba para que no me arropen las sombras de la noche.

LA CARA Y LA CRUZ

Llevo dos días en Madrid y estoy deseando ver a Leo y saludar a Amanda. Tres meses de profesor visitante en una universidad norteamericana no es tiempo suficiente para estar en sitio alguno. Este curso expliqué la Generación del 50, que está llena de poetas, de buenos poetas, y *Tiempo de silencio*, de Martín Santos, que es la única novela en la que el silencio, es el protagonista. La próxima vez la suprimo del temario y la sustituyo por *El Jarama*, que lo único que pasa por sus páginas es el río.

A mí me gusta mucho la cultura norteamericana, la vida en los Estados Unidos, la ingenuidad tozuda de quienes han nacido allí y aman su país por encima de todas las cosas. No hay casa con jardín que no tenga junto al porche izada la bandera común de barras y estrellas, se conmueven interpretando el himno nacional a coro y son capaces de dar sus vidas, de regresar al país en un ataúd de madera, por defender las causas de la libertad.

He visto en los informativos cómo volvían de Irak, de Afganistán, de Siria, decenas de féretros a los que se les rendían diariamente honores militares al desembarcar del avión.

Visité en Normandía el cementerio de los americanos, el inmenso campo de cruces blancas, donde yacían enterrados los combatientes abatidos en el desembarco que precipitó el final de la Segunda Guerra Mundial. Junto a mí lloraba desconsoladamente un anciano enjuto que había sobrevivido a los combates de Omaha y que regresaba a honrar la memoria de sus compañeros muertos. No podía articular palabra. Colocó la mano sobre su pecho y balbuceó en voz baja lo que yo interpreté como las estrofas de un himno y, saludando con la mano derecha, se despidió del inmenso camposanto, en posición de firmes.

Me pareció que, en mi imaginación, una trompeta tocaba a silencio. Y recordé que, años antes, cuando el fascismo se enfrentó a los defensores de la libertad en los campos de España, centenares de muchachos, de jóvenes norteamericanos y canadienses, formaron la brigada Lincoln que, encuadrada en las Brigadas Internacionales de combatientes, vinieron a luchar y morir en tierras españolas. Hemos sido mezquinos con nuestra gratitud hacia ellos. No les hablo de esto a los alumnos de español; el día antes de que concluya el curso reparto en la clase los poemas neoyorquinos de Lorca y en una pincelada, después de narrar su asesinato en la huerta granadina, tengo un recuerdo en voz alta para los brigadistas que lucharon en España. Siempre me aplauden al terminar.

Cuando vuelvo a Madrid me siento extraño, tengo que andar despacio para que la ciudad me vaya reconociendo, para encontrar mi sitio en la foto coral del bar de la esquina del que faltó hace tiempo. Me saluda el dueño sirviéndome una caña nada más verme cruzar la puerta, y me voy acostumbrando a que mi mirada deje atrás los paisajes americanos, las largas noches paseando bajo un cielo estrellado que es el mismo que no miro en Madrid. Le voy dando tiempo a que mi barrio, mi calle, el edificio donde vivo se vaya desperezando, despierte en la mañana, me reconozca y me salude, aunque solo sea en el abrazo del portero de mi casa, sincero y afectivo, al verme.

Ya sabía yo que pronto vendría, me dice, añadiendo los datos de la clasificación de nuestro equipo, como si yo los ignorara o estuviera incomunicado en Colorado. Y, pícaramente, acaba la conversación de bienvenida con un «ya veo» que viene solo... Ahora sí, después de la recepción de Andrés, el conserje de la finca en donde vivo, comienzo a ser consciente de que ya me encuentro en Madrid, mi pueblo, mi casa.

Cerca de cuatro meses fuera de tu casa, de tu ciudad, de tu país y, si me apuras, de tu continente, al otro lado del mar, hablando un idioma distinto al tuyo, es mucho tiempo; y, bien mirado, es también poco. No puedes echar raíces y no tienes prisa por que se cumpla el plazo de tu contrato como profesor visitante.

El mundo es muy pequeño visto con los ojos de internet: puedes leer todos los diarios que se publican en España en tiempo real, mirando tu ordenador al levantarte, y una extraña sensación de no ser de ningún lugar y tener todos los referentes que buscas en la pantalla empuja tu curiosidad para saber qué está pasando en la ciudad donde has nacido.

Yo creo que por eso estoy teniendo una sensación de bienvenida desde el momento en que mi amado Madrid supo que era yo, que regresaba.

Nunca me alejaré emocionalmente de mi estancia norteamericana, en este momento estoy trasladando mi vida en el campus para integrarla en mi rutina madrileña.

El lunes comenzará otro modo reducido de mi vida laboral. No tendré que ir a la redacción más que un día a la semana, a la reunión de programación. Escribiré desde casa y mi redacción virtual será el correo electrónico. En realidad, estoy medio jubilado, no entré en los ERE del periódico gracias a mi pequeño prestigio intelectual, que fue creciendo después de la primera hornada del equipo fundador, y ahí es donde me ubico, escribiendo de los recovecos culturales que dejaba libres la Transición y superando el fenómeno tan intensamente efímero de la Movida, que puso a Madrid de moda en toda Europa. Tiene gracia que, después de toda una vida apostando por descifrar las claves de la cultura y rescatar a sus protagonistas, me sigan presentando como cronista de la Movida. Tiene gracia. El lunes debuto de cesante sin serlo, de paseante en corte sin paseos previstos.

Es un cambio de ciclo, la difusión del diario en papel es justamente la mitad de la que era hace diez años. Los digitales van a acabar con la prensa tradicional, y además la gente no lee, no compra libros ni periódicos, los quioscos son animales que han crecido en las esquinas y ya han entrado en su fase de extinción, como dinosaurios tristes.

Me han bajado el sueldo prácticamente a la mitad sin ocasión para defenderme. Una versión edulcorada de o lo tomas o lo dejas fue, en síntesis, el argumento del director. El suplemento de cultura se redujo en un cincuenta por ciento y se mantiene por el prestigio del diario. Yo todavía tengo mi sección fija, que ha mermado en extensión a dos mil palabras. Los libros, la oferta literaria está desaparecida, las editoriales prefieren editar textos banales, literatura romántica llena de prisas y de tópicos, es como si en estos cuatro meses cambiara de siglo. Tendré que habituarme.

Me doy cuenta de que nunca, en todo este tiempo, y no solo en estos meses recientes, sino en todas las estancias largas en Estados Unidos, me doy cuenta de que nunca he pensado en inglés; hablaba de forma mecánica, pero mis pensamientos eran siempre en español. Supe hace tiempo que el español era mi auténtica patria.

Y paseando, caminando hacia la calle Hortaleza, me fluyen páginas enteras de libros leídos en inglés de Don de Lillo, de Philip Roth, de William Faulkner, que voy traduciendo simultáneamente, mientras me veo reflejado en las vidrieras de los escaparates y no me

reconozco. Ando más lento y estoy ligeramente encorvado, me estoy haciendo viejo, poco a poco voy envejeciendo, lo noto cuando meto las manos en los bolsillos de la americana, cuando el cristal que miro me devuelve en un espejo mi aspecto: me asusto y me dirijo al quiosquero para comprar *El País* y *El Mundo*, añado el *ABC* y me entero de que ha desaparecido el semanario *Interviú*, y pregunto que cuándo dejó de publicarse, y el vendedor me regala una frase sentenciando que cuando se acabó la Transición y que ya no quedaban tías por desnudar en la portada; me despide con un «Este país ha cambiado mucho».

Y tanto que ha cambiado, y nostálgico viajo hacia un pasado que va siendo muy lejano y me veo por esta misma calle caminando hacia la red de San Luis, donde acaba Alcalá y comienza Gran Vía, un domingo al mediodía con mis padres y mi hermana Luisa. Yo voy cogido de la mano de padre, que me hace repetir en voz alta la alineación del Atlético de Madrid y me felicita por no equivocarme. Me recompensa con una promesa vana de llevarme una tarde al estadio Metropolitano que es el del equipo de sus amores.

A mí el fútbol no me interesa demasiado, pero no llevo la contraria a padre conociendo que es su única pasión y sería el hombre más dichoso del mundo si yo continuara con ella.

Un par de noches antes de morir, cuando mi pobre padre estaba en coma, apreté sus manos entre las mías y, con voz impostada de locutor deportivo de Radio Madrid, le recité despaciosamente los nombres de los once jugadores titulares del Atleti y vi como esbozaba una sonrisa.

Aquella mañana, mi madre se había puesto muy guapa con un vestido estampado que proclamaba al aire de aquel mediodía que el verano había llegado. Mi hermana comía churros recién comprados en un local muy afamado y que estaban, cómo decirlo, insertados en una vara de junco.

Estaba viendo la foto fija de mi infancia, la de una familia feliz de clase media que celebraba que el día fuera domingo. No sé por qué de repente me asaltó aquella escena familiar que nunca antes formó parte de mi imaginario.

Los tres estaban muertos, mis padres murieron con una diferencia de meses y a mi hermana la mató una bala asesina de la policía franquista cuando desde la acera miraba cómo se enfrentaban los estudiantes que encabezaban una manifestación en la calle Princesa.

Cuando pienso en ellos mi memoria nunca compone una imagen de grupo, los veo de uno en uno, hablo con mi madre que siempre está alegre en mi fantasía, me da consejos que no le pido y al final los valoro como adecuados para mi vida. Con mi padre no hablo, pero noto cómo pasa el tiempo en su rostro y nunca le digo nada, ni él a mí. Mi querida hermana es la cómplice de mis sueños, acudo a encontrarla cuando estoy triste, mis pequeños éxitos los comparto con ella, y nadie sabe cuánto daría por que estuviera viva, aquí a mi lado.

Cuando imagino a Luisa nunca la veo con novio, ni casada con hijos. Su muerte cerró todas las puertas a la vida, a la real y a la imaginada. Su muerte fue el dolor más grande de mi juventud. Solo era un año menor que yo. Aquel día odié a Franco y a sus secuaces, comenzó mi radicalización política y mi padre enmudeció para siempre. Dejó de hablar y se expresaba con monosílabos, y muchas noches, cuando yo llegaba a casa, oía sus gemidos en su alcoba. Nada me rompía más el corazón que escuchar llorar a mi padre. No volvió a levantar cabeza, pobre padre.

Al poco de regresar de un viaje largo como este, son frecuentes en mí los pensamientos que tienen a mi familia de protagonista. Es como si volviera a casa de forma definitiva y los saludara recibiendo su bienvenida, como si me esperaran, y los veo igual que hace treinta años y estamos todos juntos, padre, madre y Luisa, y luce el sol como en el mes de julio de un verano en que sin duda fuimos todos felices.

Pasé hace un momento por el pequeño bar de la esquina de Hortaleza donde vendían churros y porras para llevar. Me dicen que ha cerrado hace algunos años, que la zapatería que ahora ocupa su lugar lleva por lo menos cinco años abierta.

Retrocedo sobre mis pasos y busco una mesa en el café Comercial de la glorieta de Bilbao para leer los diarios. Los despliego como un general que busca la cartografía de una batalla aún sin librar. Ya es más de la una y el calor empieza a apretar. El jueves pasaré por el piso del maestro. Tengo muchas ganas de verlo, y en el fondo deseo que no esté solo, que Amanda le acompañe, aunque es jueves, su día libre. Nada me gustaría más que verlos a los dos en el salón de la vieja casa, su castillo, su fortaleza.

No sé qué hacer con el tiempo libre, no sé cómo voy a sustituir mis tertulias en la redacción con mis viejos camaradas, ni qué historias voy a contarme. Sorprenderme con un hallazgo literario, descubrir a un autor joven de los que escasean, o quizás no me interese nada de esto y me convierta en un paseante perpetuo, girando por calles por las que nunca anduve, descubriendo los nuevos barrios, comprobando cómo y cuánto ha crecido Madrid, que antes que mi ciudad ha sido mi pueblo, mi patio de vecinos, mi corrala de juegos, el paisaje de mis primeros amores, la flecha múltiple que Cupido clavó en mi juventud.

Iré a los parques a esperar a que llegue el otoño y llene de oro viejo las hojas de los árboles y volveré a Cernuda y me dejaré llevar por la melancolía y competiré en nostalgia con mi querido autor mirándolo desde esta orilla de una vejez prematura en la que me siento muy cómodo.

Y seguiré dejando un lado de mi cama sin que nadie lo ocupe y Andrés, mi conserje, el portero de mi finca, me volverá a decir que sigo solo otro invierno y sonreiré como respuesta.

En todo este tiempo, durante mi estancia norteamericana, solo una vez me comuniqué con Leo y fue por correo electrónico que, sin duda, le dictó a Amanda para que me lo enviara.

El viejo zorro se interesaba por el número de niños que quedaron huérfanos tras el derribo de las torres gemelas. Amanda añadió que una noche, mientras dormía, el maestro oyó un coro de llantos y se obstinó en creer que eran decenas, centenares de niños sin padres que habían sido asesinados cuando los dos aviones derribaron las torres.

No obtuve respuesta alguna y así se lo hice saber. No repitió, a distancia, la pregunta. Hay silencios sobre el tema de los muertos, los norteamericanos prefieren que el olvido vaya tejiendo un manto que cubra los sucesos de aquel día de septiembre que empieza a quedar lejano.

El motivo de la pregunta tenía que ver con la nueva novela que le había encargado su editor y que debía estar escrita antes de cumplir ochenta años. Por primera vez en su vida dejaba que el dolor se colase en su narrativa, y era por aquel encuentro en el metro que lo inquieta desde entonces.

Me contó que conoció a una pasajera sentada al fondo del vagón que leía un libro y que, cuando se dirigió a ella, comprobó que el libro era un viejo texto de su autoría. La lectora era una muerta que no encontró reposo después de haber fallecido en un vagón de metro similar al que viajaba en aquel momento, y una bomba reventó cuando ella se dirigía a Atocha, un 11 de marzo.

Yo nunca he creído que el suceso narrado hubiera acontecido. Era, para mí, una concesión fantástica a su narrativa, era como si Unamuno en su manual para novelistas iniciara así un consejo para un joven escritor.

Su convicción y el énfasis que ponía al contarle me hicieron dudar, y días hubo en que creí que aquel fantasma, aquella mujer del metro se dirigió, respondió, a Leo, viajando desde el más allá en un viaje sin fin.

Habrá que ver qué papel tiene en la obra encargada. Yo no supe contestarle cuando me preguntó

por el número de niños que habían quedado huérfanos, pero seguro que Amanda tuvo una respuesta convincente. Amanda siempre tiene todas las respuestas.

Ha sido el único contacto en estos casi cuatro meses de ausencia. Que conste que me apetecía tener una relación epistolar de maestro a discípulo, pero me contuve, no sé si las cartas que no escribí habían tenido suficiente contenido para el maestro, lo que me habría causado cierto morbo es que, una vez o dos por semana, las misivas hicieran su recorrido postal hasta ser abiertas por Amanda, que las leía en voz alta mientras el maestro escuchaba como quien no quiere la cosa. Me habría apetecido, pero, como siempre, mis dudas razonables han podido con mi voluntad.

Buscando cuántos eran los hijos de los trabajadores derribados en las oficinas de las torres gemelas, cayó en mis manos un libro que hacía el recuento de los muertos por los estallidos atómicos de Nagasaki e Hiroshima, que incluía un dato estremecedor que narraba que trescientos niños que estaban en un colegio cerca del núcleo de la primera explosión desaparecieron, se esfumaron en el hongo atómico tras la caída de la bomba.

No se lo voy a contar, prefiero, si la novela va por esos derroteros, que escriba una reflexión sobre el horror y la hipocresía, sobre nuestras víctimas, las del mundo libre, y las de los terceros países de las que nadie se acuerda, sobre el cinismo y la mentira, sobre nuestros muertos y el dolor ajeno.

La viajera del metro estaba siendo su pesadilla. Me contó antes de irme, en una inusual confianza, que se había despertado alguna noche gritando porque la mujer que estaba al fondo del vagón no le contestaba, permanecía muda, ajena a sus preguntas. Me siento bien en Madrid, me voy reconociendo en las aceras y por las avenidas, estoy arropado por la algarabía de un tráfico incesante, todo es familiar para mí, los olores de los bares y los de la primavera, ese no sé qué de vísperas del encuentro anunciado, de la visita de los jueves, de reanudar distintas rutinas que entrelazo haciendo un nudo con la memoria y el deseo por recuperar el puzle de los recuerdos en donde todavía quedan muchas piezas sueltas, los silencios tozudos cuando le planteaba al maestro que me contara su larga estancia en París y él se escabullía pasando a otro tema.

«Leonardo en París» iba a ser el título de mi doble página, mi entrevista para el suplemento de verano; era el, digamos, único motivo de mi reportaje, y hablamos durante muchas semanas de lo divino y de lo humano, pero evitó siempre París.

Yo conocía por terceros que mientras vivió en la ciudad del Sena tuvo un amor apasionado, un romance de una intensidad suprema. Se enamoró como nunca había experimentado. Dos años duró, según me contaron, la más bella historia de amor. Conoció a Denise en un plató de Radio Francia, ella era asistente del realizador, del técnico, una especie de becaria en prácticas. A él lo iban a entrevistar como escritor español residente en Francia. Ella tenía veintidós años; él, cuarenta y cuatro; ella se detuvo frente a él, se miraron y ella soltó una carcajada ruidosa que provocó una gran sorpresa en el maestro, hasta que la joven Denise dijo que tenían los ojos de igual color. Eran grises, casi violetas los de ella, como los de Liz Taylor; los de él, que ahora están de un color ceniciento y se han ido muriendo en la mirada, haciéndose pequeños, eran unos ojos grisáceos e inmensos, que daban una dimensión enigmática a su belleza formal de galán español. Fue en aquel instante cuando comenzó la ceremonia del amor sin preámbulos.

De manera simultánea aprendieron a amarse con esa pasión impetuosa y explosiva de dos adolescentes que no pueden estar separados ni un instante. Él leyó los mensajes secretos que bullían en su corazón; ella descifró el mapa de sus sentimientos.

Al segundo día de conocerse fueron huéspedes por una tarde y una noche infinita de una *suite* del hotel Crillon, que consideraron como locura inaugural de una vida, de toda una vida juntos.

Hicieron el amor, así se lo contó el maestro a Julio Cortázar, sin, decía él, interrupciones, es decir, sin horas, sin pausas, dejando que la pasión que habitaba sus cuerpos no tuviera límites, y fue pocas horas después cuando decidieron irse a vivir juntos, a un piso que no fuera en el que habían vivido cada uno hasta ahora.

El maestro conocía un pequeño, coqueto apartamento en el Barrio Latino, propiedad de un empresario comunista amigo de Rafael Alberti, y fue en su búsqueda decidido a alquilarlo. Dicho y hecho. Era muy caro y estaba libre. El propietario se lo arrendó por un precio simbólico, aun así, caro para su economía y su tacaña o austera actitud, e iniciaron una fantástica aventura, la más intensa historia de amor con una dirección postal en un piso de la rue Bonaparte, junto a San Sulpicio, con dos balcones que estaban orientados al precioso jardín de Luxemburgo.

No quiso nunca responder a mis preguntas acerca de la etapa parisina, que coincide con la primera edición de *A través de la niebla* que, editada por Gallimard, fue un auténtico *best seller*, la gran novela del exilio español, que mereció el premio Goncourt y que hasta ahora es el único galardón francés que tiene un escritor español.

En cada una de las páginas de esa novela está Denise, su cuerpo, su juventud, sus caprichos, y está toda la tristeza que cabe en las casi trescientas páginas de la obra. Y están Stendhal y Proust y una pareja que baila en las aceras parisinas cuando la primavera deja caer cada tarde las gotas de lluvia que convierte en los chubascos de mayo.

Nunca quiso hablar de aquel tiempo de oro que se convirtió en tiempo de hierro, evitaba que mi conversación discurriera por las orillas de una historia que estaba vedada; que recordarla era, para él, volver a vivir un dolor intenso; que su edad, que su ancianidad, aprendió, si no a olvidarla, sí a alejarla de su vida rutinaria, cuando solo aguardaba que llegara la muerte.

Pese a todo, yo no cejaba en el empeño y en cada visita, cuando el diálogo parecía animarse y yo creía que era el momento propicio de que al fin se le soltara la lengua, una barrera de silencio se interponía en nuestra charla. No lo conseguí.

El editor Larraz, coetáneo del viejo escritor y uno de los pocos amigos de Leonardo del Río, estaba en el secreto del gran amor parisino del autor, pero tampoco nunca desveló las claves de su historia compartida. Leo editó todos sus libros en la editorial que siempre lo tuvo en gran estima, y fue Larraz quien hizo posible que Amanda se convirtiera en su biógrafa oficial con el único motivo de que escribiera la novela de su ochenta cumpleaños.

Existía un pacto de silencio y me fue del todo imposible dar con algún amigo de Leo de su etapa parisina que pudiera aportarme datos reales de su relación con Denise. Pienso que solo hay una persona que pueda girar la llave del corazón del maestro y abrir la caja sellada de los recuerdos. Esa persona es Amanda.

Iba a recopilar algunos datos personales para uno de mis reportajes de verano que desde hace algunos años escribo en el dominical del periódico, estimaba que con un par de tardes en su casa sería suficiente, pero aquella atmósfera de otro tiempo me aprisionó y lo que iban a ser dos jueves se convirtieron en muchos meses, y me fui quedando a su lado envuelto en las nieblas de un tiempo que daba por caducado, era como si en cada conversación vespertina estuviera hablando con Pérez Galdós en su casa o como si me recibiera don Pío Baroja para conversar sobre literatura y vida sin que ello fuera una redundancia.

De estar con un viejo con fama merecida de huraño, pasé a acostumbrarme a las veladas con un anciano familiar e incluso cordial, un conversador profesional que se reinventaba constantemente, un embaucador algo infantil, un personaje que regresaba de otros tiempos, a debatir con, por poner un ejemplo, un tío mío, un hermano de mi padre o de mi madre, y poco a poco le fui cogiendo

afecto. Las tardes en su casa, sin prisas, eran para mí como un secreto bien guardado, y luego está Amanda, que me invita a navegar por sus silencios y yo sorprendo su mirada oceánica de profunda admiración, devoción más bien, por el maestro.

Pasado mañana voy a visitarlo. De mi estancia americana le traigo un regalo, una primera edición bastante bien conservada de *La isla del tesoro*, le gustará, aunque desconozco su nivel de inglés para poder leerla.

Dejé a los amantes paseando cogidos de la mano por el jardín de Luxemburgo esperando a que los sorprendiera la noche. En los otoños, los días son cortos y la noche llega en torno a las cinco de la tarde. Se abrazan, los imagino espiando el remolino de hojas secas que se formó junto a los árboles añosos y sembró el camino de oro viejo, y miran desde abajo los balcones de su piso, deciden subir, caminan, siguen abrazados; cuando traspasan la puerta de su vivienda, se dan prisa por llegar a la alcoba, se desnudan el uno a la otra, la otra al uno. Ella se acuesta, él desaparece un momento y vuelve con dos copas y una botella de vino español, un blanco que le envían de Galicia, sirve las copas y brindan por el mañana. Antes de tenerla entre sus brazos, abre la ventana del balcón para que entre la noche al cuarto y se cuele la luna. El aire es húmedo. Los amantes hacen el amor una y otra vez, y el mundo se pierde en un universo imaginado.

Este texto es más o menos como yo intentaba describir una tarde de la pareja que intuía recomponiendo las piezas del rompecabezas de una historia que nunca escribiré. Tengo que acostumbrarme a pensar que tal vez no ocurrió nunca, que el relato está construido con muchas voces narrativas, que le sucedió a otra persona, que no quiere contarlo porque ya se ha olvidado de fabular, de construir historias propias cuando siempre ha contado sucedidos ajenos, y que las narraciones de amor le han acontecido a sus personajes y él todavía no es un personaje que protagoniza una de sus novelas.

La calle huele a ruido y a mayo, deambulo sin rumbo fijo y la banda sonora del paseo vespertino es un murmullo continuo, acompasado.

Al piso de la calle Bonaparte acudieron pocos amigos. No era muy dado a frecuentar autores franceses, apenas Marguerite Duras, Lemaitre, Louis Aragon y Arrabal que, junto con Dominique Lapierre, constituían su círculo más próximo. A este último lo conoció tras una entrevista que le hizo para *Paris Match*. Aun así, mantuvo una merecida fama de huraño, evitando capillas y tertulias. Sentía un afecto profundo por Julio Cortázar, se consideraban muy amigos, y hubo mucha complicidad entre ellos. A quien no podía ver era a Jorge Semprún, de quien le molestaba su arrogancia aristocrática en un comunista que estuvo prisionero en un campo de concentración.

Debo desvelar que, cuando Semprún fue ministro de Cultura en el Gobierno de España, encargó sondear al maestro para concederle el Premio Cervantes, a lo que Leo se negó enfurecido.

Cuando Denise cumplió veintitrés años, celebraron el aniversario con una cena romántica en el piso en que vivían, servida por Alain Ducasse creo, y con un invitado muy especial que a los postres cantó por primera vez un tema escrito por Leo para su amada, interpretado por Brel. Ese era su regalo.

Durante el primer año de estar juntos, experimentaron un amor *fou*, una pasión incontenida, un vivir solo para amarse, en un ejercicio conjunto de pasiones extremas. Se concentró escribiendo cuando la ciudad despertaba apenas amanecía una novela que llevaba su nombre: *Denise, mon amour*, donde describía cada poro de su piel, daba vida a las vísceras de su cuerpo, habitaba su mirada en las páginas del libro que iba creciendo hasta completar la más bella historia de amor jamás escrita desde que Dante ofreció su vida a Beatriz.

Ese libro, yo no dudo que hubiera sido su mejor novela y lo digo sin haberla leído, nunca vio la

luz: prohibió a su editor que lo publicara y le exigió destrozar el manuscrito. Existe una leyenda que asegura que su agente francesa, Marguerite Pinyol, conservó un manuscrito que nunca recuperó el maestro. De todos modos, nadie ha podido leer aquel testamento apasionado de dos amantes que descubren que están reinventando el universo.

Mañana voy a ir a visitarlo a su casa, que para mí sigue siendo, en mi imaginario, aquel nido de amor donde vivió los años más felices de su vida en la calle Bonaparte, junto al parisino jardín de Luxemburgo. Yo creo que, en lo más profundo de su ser, él nunca abandonó el que fue su hogar, que sigue perdido en su memoria, la misma que ha borrado las páginas vividas escritas con la pasión y el dolor y que ya no están guardadas en lugar alguno de su mente. Hay dos personajes, dos hombres, dos autores en el antes y después de Denise. Nunca me va a contar su historia, aquella historia, ni a mí ni a nadie. Mañana voy a su casa, estoy impaciente, extrañamente nervioso.

EL BULTO

El viernes me dan los resultados de la biopsia. Cuando terminó abril noté un bulto en el pecho. No me dolía, pero al palparlo se notaba duro y grande. Un par de días después visité al médico y me mandó realizar una biopsia para descartar cualquier diagnóstico grave. La sombra del cáncer me tiene asustada, no duermo bien y estoy muy preocupada. Pasado mañana me dan los resultados. Unas me van y otras me vienen, paso de la euforia contenida a la tristeza más alarmante, de la esperanza a la oscuridad de todos los miedos. No tengo a quien contárselo, ningún hombro en donde apoyar mi cabeza, estoy segura de que mi tiempo, mi vida, es una letra a plazo fijo y de que la muerte dentro de unos meses será inevitable.

Hoy me he levantado de la cama sumergida en el peor de los pesimismos. Tengo ganas de llorar y no me sale ni una lágrima, tengo que dejar de aparentar que soy una mujer fuerte. No lo soy ni quiero serlo. Soy una mujer sola, desarbolada, una mujer mayor que nunca ha estado enferma y a quien pilló por sorpresa la enfermedad maldita. Igual no es lo que me parece a mí y no tengo cáncer, pero más bien no, porque a mí no me pasan esas cosas, no tengo buena fortuna, no, a mí no me pasan; me tengo que poner en lo peor, desconfía y acertarás, no se cansaba de repetir mi madre. Estoy dispuesta a aguantar lo que venga. Al fin y al cabo, el cáncer de mama tiene un alto porcentaje de supervivencia, lo supera al menos una mujer de cada cinco, además con la quimio y la radio se mata el bicho, como vulgarmente se dice.

Lo peor va a ser cuando se me caiga el pelo, lo mejor es raparme mañana mismo y, si el resultado es satisfactorio, solo será un cambio de *look*. No me río porque no me hace nada de gracia. Mira que pasarme esto a mí, que me cuido enfermizamente, aunque en esta circunstancia no sea el más apropiado de los adjetivos. Hoy me siento muy mal, muy enferma, creo que el bulto sigue creciendo, ya casi se nota a simple vista. Tengo que contárselo a alguien, creo que se lo voy a decir al maestro, ya tenemos la suficiente confianza para hacerlo partícipe de mis males.

Será como decírselo a mi padre si estuviera vivo. Aunque no es una confidencia, es solo un reflejo de mi angustia, debo decirle lo que me está ocurriendo, aunque solo sea para sacarme un peso de encima.

Y, para colmo, mañana jueves viene el pesado del periodista que ya regresó de América y al que han prejubilado en el diario. Hoy, nada más entrar por la puerta, tengo que hablar con el maestro para decirle que es posible que me esté muriendo.

La puerta estaba cerrada con dos vueltas de llave, como la dejé ayer al irme. He venido antes de que llegue Fina, tengo que sentarme a solas con Leo y desahogarme. Me saludó desde la alcoba al oírme entrar en el salón, fue un «ahora voy» todo lo que dijo. Se demoró algunos minutos y, al tenerme frente a él, se extrañó de que llegara tan pronto. Le respondí que vine temprano porque tenía que hablar con él. Le sorprendió y se dispuso a escucharme. «Tengo cáncer —le espeté a bocajarro—, o eso creo, bueno estoy casi segura, pues me salió un bulto en el pecho que en estos diez días últimos no ha parado de crecer. El médico me ha mandado hacer una ecografía y, una vez la hice, me pidió realizar una biopsia. Pasado mañana me dan los resultados. Estoy convencida de

que no tengo nada bueno». Y, dicho esto, comencé a llorar como hacía mucho tiempo que no ocurría. Era un llanto por mí misma, un llanto de vísperas de una mala noticia aplazada, un llanto que salía de todas mis vísceras y en el que incluía el bulto del pecho.

Me escuchó aterrado, se estaba poniendo lívido, y sentí que esta conversación ya la había tenido con alguien distinto a mí, y, tras un silencio que me pareció infinito, habló con una voz apenas audible que fue creciendo hacia un tono firme mientras brotaban las palabras. Yo lloraba como una Magdalena y me acercó un pañuelo para enjugar mis lágrimas, un pañuelo blanco doblado que tenía sus iniciales bordadas. No lo había visto nunca, era un pañuelo antiguo, de un señor de otro tiempo.

«Amanda, Amanda, mi querida Amanda», y su voz se hizo poderosa hasta la frontera de un grito imperativo, que aseguró que la biopsia daría un resultado benigno, y, enfadado, preguntó por qué razón no se lo había dicho antes, que si lo hubiera sabido habría llamado a su amigo el doctor Barro y se habrían acelerado las pruebas. Insistió en su seguridad de que solo era un susto y su tono fue tan convincente que me tranquilizó y me transmitió su optimismo. Me mandó sentar y, tras decirme que ahora volvía, regresó con una taza de café humeante que me preparó como nunca antes lo hiciera. Dejé de llorar y, levantándome de la silla, le di un abrazo sintiendo que a quien apesaban mis brazos era a la persona que estaba amando, aunque yo no quería saberlo y rechazaba radicalmente esa idea.

Me costó separarme y no sabe cómo le agradecí su complicidad. Me puse frente al ordenador y abrí el correo electrónico buscando algún email que nos alegrara la mañana. No fue el caso, y a los diez minutos apareció vestido para salir a la calle, algo insólito, pensé, cuando me dijo que regresaría en un momento. Y el que se olvidó de hacer nada solo, que no salía a la calle en varias semanas, cerró la puerta a mis espaldas y, efectivamente, tardó un cuarto de hora en volver y, cuando cruzó la puerta, me ofreció un regalo consistente en doce rosas rojas como un atardecer de mayo, que me emocionaron al recibirlas. El rudo, huraño y hosco escritor se estaba convirtiendo en un ser humano. Quizás esa era la buena noticia que el correo hurtó al ordenador.

Tenía la impresión de que iba a revelarme algo, a contarme alguna confidencia, pero no; después de abrazarlo, reanudó la rutina de todos los días y se arrellanó en su sillón con un libro entre las manos y leyó, por segunda o tercera vez, *Gog*, de Papini. No hablamos en el resto de la mañana. Vino Fina y como vino se fue, sin molestar, haciendo gala una vez más de esa invisibilidad de las mujeres de servicio, y al mediodía nos subieron del restaurante la comida, que hoy consistió en judías verdes y arroz con pollo. No hubo por su parte ninguna mención al bulto del pecho, ni por la mía. Solo en una ocasión se dirigió a mí para decirme que esta noche era la primera vez en este año que sintió calor en la cama. Le contesté diciéndole que yo no lo tuve.

Mientras pelaba el melocotón del postre, tuve la necesidad de irme, de abandonar la casa y a su inquilino, me dolía el pecho como hasta ahora nunca sintiera un dolor tan agudo que me asustó. Cuando se calmó dudé en marcharme, pero al fin lo decidí y le dije que esa tarde no vendría.

Levantó la mirada de la taza de café y me preguntó el día que era, hoy es jueves, farfulló con la memoria de mis tardes libres cuando iba a reunirme con mi supuesto amante. No, es miércoles, le contesté, añadiendo que tenía que resolver unos asuntos. Pues que te vaya bien, fue la despedida y cerré la puerta del piso con más fuerza de la acostumbrada. No fue un portazo, pero casi.

Al llegar a la calle reaccioné enfurecida por la frialdad con la que me había tratado después de la sorprendente muestra de afecto cuando me obsequió las doce rosas rojas. Todo era absurdo, inexplicable. Tenía que dejarlo, tomar una decisión tajante, le estaba entregando mi vida a cambio de nada, no era de mi familia, ni siquiera un pariente lejano; era solo un viejo egoísta que jugaba a

no tener sentimientos, que se había prohibido emocionarse, al que ya nada le interesaba más allá de las estúpidas obsesiones de una reunión con no sabe quién durante una Semana Santa de hace más de sesenta años en ese pueblo que despreció y que ahora amaba intensamente. El pueblo que yo no conocía, que al parecer nos aguardaba en el verano y donde dispuso ante notario ser enterrado o, ya no lo recuerdo, que esparcieran sus cenizas.

Me iba enfureciendo mientras caminaba a ninguna parte, caminaba alejándome de mi casa, paré un taxi, no sabía a dónde dirigirme y le di el nombre de un bar que estaba en Chueca, no recordaba el nombre de la calle, pero sabía en dónde estaba y allí fuimos. Solo una pareja mayor estaba sentada en un velador junto a una vitrina que daba a la calle. Me senté al otro lado, al lado de la otra ventana, y pedí un whisky doble. De repente, por el hilo musical o quizás desde un lector de cedés, sonó la canción que obsesivamente escuchaba el maestro, sonó Fred Astaire y el *Cheek to Cheek*, que hasta aquí me perseguía su sombra. Después de esa melodía, el altavoz dejó que sonara *La vie en rose*, y supe en ese preciso instante que los resultados de la biopsia del bulto serían benignos. Reí de forma estruendosa como si estuviera loca.

Mientras saboreaba el licor de mi copa, volví a la idea que me acompañó en el paseo, en mi huida, en el taxi que me trajo hasta aquí, y retomé la decisión de irme, de abandonarle, no tenía suficientes porqués para permanecer junto a él. El dinero, sin sobrarme, no lo necesitaba, y en poco más de cinco años cobraría una pensión que yo creo sería suficiente para vivir. Además, tenía algunos ahorros. Estaba ejerciendo su tiranía sobre mí. Yo no estaba escribiendo su biografía, cuanto más algunas notas sueltas que emborronaban dos cuadernos. Era un encargo falso, encubierto, de su editor, que procuraba que escribiese una última novela que debía estar en la calle cuando cumpla ochenta años.

Volveré a traducir, me llevaré el trabajo a mi casa, reanudaré de nuevo mi vida en soledad, como antes, porque no puedo pensar que la biopsia del viernes revelará unos resultados malignos. No, no puedo tener cáncer ahora, mi mal es esta vida que no me aporta nada. Me quedan diez años para sentirme útil, para disfrutar, para vivir. Tengo que dejarlo; si no, ya será tarde cuando vuelva a planteármelo. Tengo que irme, huir de su lado. Solo piensa en sí mismo y cada día está más esquivo e incluso más torpe. Mañana le digo que me voy para siempre, que emprendo un viaje, por ejemplo, a la Argentina donde viven los únicos tíos que me quedan y tres primos, uno casado, y mis dos primas que permanecen solteras.

Me tomé otro par de copas en el Cok, empezaba a animarme con el alcohol que bebí, pero fui consciente de que no tenía a dónde ir ni con quién, y pensé que a estas horas el maestro ya habría cenado, estaría oyendo un disco de Bach, de Juan Sebastián Bach, o quizás sin moverse del viejo sillón de orejas donde parecía vivir, más que descansar. Habría encendido el televisor para dormirse viendo una vieja película del Oeste. Quién sabe qué estará haciendo.

Regreso a mi casa, ya cayó la noche, de golpe, sin apenas enterarme. Y haré de otro día uno idéntico a los demás. Traspasaré la puerta y me dirigiré a la cocina. Abriré la nevera y cogeré un puñado de cerezas y un yogur, no sé qué tal me sentará después de los tres whiskies dobles, o mejor me haré un café que estoy un poco piripi. Me voy a acostar muy pronto, hoy ni enciendo la televisión. Mañana será otro día.

Iba decidida a hablar con él, a que me escuchara la última conversación, la de la ausencia definitiva. Le diría nada más empezar que dejaba su casa, sus manías, su egoísmo y que no me hacía falta su compañía. Lo tenía claro, y eso que había dormido como una piedra y no me dio lugar a darle vueltas a la salida de su vida.

Fui tan pronto como ayer, antes de que Fina llegara. Cuando entré ya estaba levantado, sentado

extrañamente frente al ordenador, algo que no estaba acostumbrado a hacer. Se sorprendió al verme y me saludó, raro en él, con un beso en la mejilla, y en lugar de dejarme hablar tomó la palabra para decirme que no había podido dormir en toda la noche, que la posibilidad de que yo estuviera enferma le había trastocado el sueño y que se levantó pronto para ver en internet los tipos de cáncer de mama y en qué podían degenerar los bultos del pecho, y que a estas alturas creía firmemente que iba a ser benigno, un bulto de grasa, una especie de mastitis.

Me quedé muda, me había desarmado, me dejó sin palabras, sin argumentos para abandonarlo, para irme de su lado. Y a partir de su monólogo sentí por primera vez que su afecto era real, que no existía impostura en mostrarse capaz de generar ternura en un insólito discurso, que era su timidez quien ponía distancia en nuestras relaciones, que solo eran cordiales en casos contados. Y este era uno de ellos. No podía dejarlo.

En el correo electrónico había un solo mensaje, bueno, dos: uno era de una sastrería en donde se hizo el último traje, que le ofertaba dos prendas al precio de una y se sentía halagada por tener tan distinguido cliente. El otro era del periodista reaparecido que anunciaba su visita para esta tarde después de la siesta, decía, a la vez que preguntaba si estaría yo con él. Cuando se lo leí, me respondió que las contestaciones eran por este orden: «Dígale al sastre que pasaré dentro de diez días, que fije la hora para hacerme un par de trajes de verano; y al amigo periodista, que esta tarde no estaré en casa y que puede venir mañana a la misma hora; con respecto a usted, contéstele lo que más le convenga».

Mi curiosidad motivó que le preguntara por su repentina decisión de visitar al sastre y que impidiera la visita de esta tarde, que no pude esperar para indagar los porqués. Me contestó que su padre iba cuando él era un niño, dos veces al año, a A Coruña. Su estancia duraba una semana en julio y otra previa a las Navidades. Y en cada ocasión encargaba un traje a un sastre amigo que estrenaba a su llegada al pueblo. «Ahora que soy un viejo adopto la costumbre de mi padre, y como pienso viajar este verano a mi pequeña ciudad, qué ocasión mejor para estrenar las dos prendas. Si estuviera aquí, se sentiría orgulloso de que yo heredara su costumbre.

»Y esta tarde no voy a ningún sitio. Quiero estar cerca de ti y escuchar la ópera *Fidelio*, como dice el periodista, después de la siesta, para acompañarte e intentar responder a todo lo que se te ocurra preguntarme, antes de que mañana pueda ir contigo, si te parece bien, a escuchar el veredicto del cirujano cuando nos diga que el bulto es benigno».

De sorpresa en sorpresa. Y llegó la tarde y *Fidelio* inundó la sala dejando en las voces que sonaban en el disco un regusto antiguo, de antiguos placeres que incluso, como el café caliente, podían paladearse.

Me desperté pronto, de madrugada, me levanté deprisa, apenas en el reloj que canta las horas en la pared del salón sonaran las seis campanadas. Me preparé un desayuno de domingo con fruta fresca, tostadas con mermelada y zumo de naranja, me senté en la cocina a comer y encendí la radio. La consulta del médico era a las nueve y el hospital estaba a diez minutos de casa. Sonó pronto el teléfono, no más tarde de las siete de la mañana. Era él, que me pedía que pasara por su casa a recogerlo.

Y eso hice a las ocho. Ya estaba esperando que bajara al portal, vino rápido y entramos en el sanatorio a las ocho y media. Estaba inquieta, no nerviosa, parecía en la sala de espera que la persona a consultar era el señor mayor que tenía a mi lado, cariacontecido, deslavazado y mal vestido con una americana demasiado vieja, tanto como él, para asistir a la consulta de un especialista. No sé cómo se vistió de tal manera. La pantalla dictó mi nombre y el número de sala.

Entramos y el médico nos recibió risueño, saludó cortés a quien creía mi padre, nos sentamos

frente a frente, mesa por medio, y, antes de que hablara, le presenté al maestro, lo que le sorprendió gratamente y reiteró que era un placer conocer a mi padre, el gran escritor del que había leído un par de libros con absoluto agrado. No me esforcé en aclarar el entuerto y negar su paternidad porque el médico, dirigiéndose a él, le dio la enhorabuena para decirle que su hija está sana, su bulto es de grasa y con una pequeña intervención ambulatoria se lo sajamos y dejamos el pecho limpio. Nos dijo que la enfermera fijaría la hora y la fecha y, dándome la mano y un abrazo al que creyó mi padre, nos despidió amablemente.

Y una vez más, en la salud y en la enfermedad, volví a ser invisible. El doctor en todo momento se dirigió a él, aunque la enferma era yo, la que estaba preocupada era yo, que ahora estaba sorprendida y, pese al resultado óptimo de la biopsia, ligeramente ofendida.

Quien estaba contento era el maestro, el resultado de la prueba le quitó un peso de encima, y contra su costumbre salimos del hospital, dijo, a pasear la mañana. Nos detuvimos a desayunar de nuevo, él no lo hiciera antes, en un bar ruidoso, y pidió un café y ¡un bocadillo de sardinillas! No lo podía creer cuando me dio la enhorabuena subrayando solemne la frase ves cómo estábamos salvados, lo que me hizo sonreír antes de mostrarle mi gratitud sincera.

Y en silencio dimos un largo paseo, una caminata insólita para llegar a casa, donde entrábamos dos horas después de haber salido. Y en el trayecto me dio por pensar que Leo era en realidad mi padre, que había vuelto del más allá para protegerme, regresando de la muerte para cuidarme. Ni un segundo pensé en el bulto del pecho, me sentía feliz y contenta, aunque un poco apenada por tener un falso padre tan mayor, que era como lo estaba viendo, torpe y cansado a la luz del día. Cuando entramos en el piso recuperé la atmósfera de siempre. Yo sentada frente al ordenador y él en su sillón favorito, el desvencijado sillón de orejas. Abrió el periódico que compramos en el quiosco de la calle, y exclamó satisfecho que hacía ya varios años que no se sentaba a leer *El País*, y por cierto recordó que a media tarde vendría a visitarnos el periodista. A la pregunta de si iba a estar yo, respondí afirmativamente. Volví, desde el silencio posterior que duró lo que restaba de mañana, a ser y sentirme del todo invisible.

CUARTO IZQUIERDA

Evité el ascensor. Subí los cuatro pisos por las escaleras en un intento subconsciente de demorar mi llegada. Era una hora lorquiiana, las cinco en punto de la tarde, era después de la siesta, como le había anunciado a Amanda en el email enviado hace un par de días.

Estaba un tanto excitado por la inminencia del encuentro. Dentro de unos minutos estaría con el maestro, al que no veía desde hacía cuatro meses, y pensaba en cómo me recibiría, si me echó en falta en todo este tiempo. Me acostumbré a visitarlo todas las semanas, su casa era mi tertulia más ansiada, sus pequeñas historias cotidianas eran un bálsamo para mí, y sus agudos comentarios sobre novelas y autores me conectaban con el ingenio clásico que yo había escuchado en anécdotas y chascarrillos de los viejos escritores que habían creado una especie de escuela española de la maledicencia. Era como si cada reunión en su casa hubiera sido una visita sin tiempo a don Pío Baroja, o como si yo ejerciera el papel de don Latino de Hispalis y él el de Max Estrella, porque si algo caracterizaba las tardes en su casa, era que adquirirían un auténtico tono valleinclanesco. Estábamos remedando, componiendo de nuevo, las cuatro sonatas de don Ramón María.

Toqué el timbre del cuarto izquierda y me abrió Amanda. Al contraluz apareció radiante, sorprendentemente bella, tanto que hasta me ruboricé. No estaba seguro de encontrarla, aunque al ser viernes tenía muchas posibilidades de que estuviera acompañando al maestro. Llegué con escaso resuello tras la subida a pie por las escaleras, y a poco estuve de que se me atragantaran las palabras, después de la impresión de que fuera ella quien me franqueara la puerta. Desde el fondo de la sala pude oír la voz de Leo preguntando a Amanda si era el periodista que había llegado.

Estuve a punto de responder, pero me contuve y acerqué mis labios a la mejilla de Amanda para saludarla con un beso de cortesía. Estuvo distante, como siempre. Y unos pasos después, desde su viejo trono, sentado en el raído sillón orejero, presidiendo la estancia y mirándome, el viejo escritor se levantó y alzando sus manos como un Júpiter tronante, gritó: «Ven a mis brazos, querido amigo».

No pude decir «parece que fue ayer», pues lo encontré más decrepito que cuando me fui, en su rostro estaba grabada la ancianidad, más bien parecía que iba a cumplir noventa años en lugar de ochenta. Debió de notar en mi expresión la sorpresa por el deterioro observado, ya que reaccionó diciendo que no le importaba que lo encontrara más envejecido, y añadió que era lógico, pues ya era cuatro meses mayor que cuando me fui, y matizó que desde siempre él sufre un extraño síndrome de edad creciente cuando llega y se acaba la primavera, y ya poco falta para el verano. «Recuerde que era invierno cuando se marchó».

Tuvo que ilustrar dialécticamente tan extraños síntomas diciendo que lo mismo le acontecía a Mark Twain, lo cual, si no era *vero*, estaba como siempre *ben trovato*.

Ahí la tiene, se refirió a Amanda, para a continuación decirme que ayer, sin ir más lejos, «hemos superado un cáncer, un pequeño tumor que le apareció a Amanda en un pecho. Estuvimos

muy preocupados y estamos muy contentos, querido amigo».

Me volví hacia ella y me sonrió, y en su mirada se posó el pájaro de la melancolía, como si el tumor benigno fuera un presagio del futuro que ahora empezaba. Y fue el momento de abrir el paquete que llevaba en la mano derecha y que contenía una primera edición en lengua inglesa de *La isla del tesoro*, de Stevenson, y un marcapáginas labrado en plata que perteneció a Emily Dickinson y que me certificó como auténtico un librero de viejo del Soho neoyorquino.

El libro era para él y el marcador para ella, pero en ese mismo instante me di cuenta de que debía de haber sido al revés, pues el inglés de Amanda es mejor que el del maestro, por algo es traductora; pese a todo, a ambos les encantó su regalo, singularmente a Amanda, que no pudo evitar señalar que desde mucho tiempo atrás, tanto que ya ni se acuerda, no le hacían un regalo tan delicado y exquisito como el que yo acababa de entregarle y que apresaba con las dos manos en posición de rezar una oración. Leo se sentó de nuevo y se sumergió en las páginas del ejemplar de Stevenson como un niño al que acaban de ponerle un par de zapatos nuevos.

Y comenzó a hablar como si nosotros fuésemos el ágora ateniense y los dos éramos la multitud a la que se dirigía para contarnos que fue Hemingway quien lo inició en Stevenson, autor que nunca leyó en edición castellana, pues el autor de *El viejo y el mar* le había regalado el libro en francés, y treinta o cuarenta años más tarde yo se lo obsequiaba en una preciosa edición inglesa que era la lengua en que escribió el gran Stevenson *La isla del tesoro*.

«Por cierto —prosiguió—, a propósito de Ernesto, les voy a contar lo que nos aconteció durante algunos años. Decidimos establecer una relación epistolar, que deseamos fuese duradera, y para ello establecimos enviarnos periódicamente mensajes, cartas, en botellas que arrojábamos al mar. Él a mí y yo a él. Pensamos que, con poner nuestros nombres, la dirección era segura. La primera se la envié una tarde de invierno desde Deauville, llovía tanto que podía dejarla sobre la acera del hotel y el agua se encargaría de llevarla al mar. La última la llevó la marea en la desembocadura del Duero, en Oporto allí donde el río se convierte en mar, en océano Atlántico. El recipiente de mi misiva era una botella añeja de tostado que previamente bebí con el joven Lobo Antunes.

»Las botellas nunca llegaron a su destino, seguirán navegando los mares o se perdieron varadas en las playas del alba donde arriban todas las botellas mensajeras que han viajado en el tiempo. Pero un día, la policía holandesa me localizó en París con el cometido de entregarme una carta; mejor dicho, preguntó a mi editor francés por mi dirección. A las pocas semanas recibimos un paquete que contenía una botella especialmente sucia de un ron popular, a la que los holandeses habían roto el lacre que sellaba su contenido, y que con su moral calvinista habían repuesto una vez analizada la carta. Su origen era Cuba y la epístola que encontró a su destinatario, que estaba escrita a máquina, con un breve *post scriptum* manuscrito, daba cuenta de que era una de las últimas cartas que enviaba, justo la noche antes de su despedida, y anunciaba que ya no entendía la vida, que había renunciado paulatinamente a casi todos los placeres y que ya solo le quedaba la mar.

»Confidencialmente me transmitía que se creía gravemente enfermo y que no iba a aguardar a que el mal le tumbara el pulso: “Últimamente he adelgazado notablemente, si nos viéramos, igual tardabas en reconocerme. Beber me sienta muy mal y apenas tengo hambre”. Rememoraba algunas anécdotas compartidas y concluía deseando que la carta llegara a mis manos. Como así fue. La carta tenía fecha del 2 de julio de 1959. Exactamente dos años más tarde, otro 2 de julio, se suicidó en su casa de Idaho, comprada pocos años atrás. Tardó más de veinte años en llegar a mis manos. Lo conocí en París cuando lo entrevisté para *Paris Match*. Era yo muy joven y él me

pareció de más edad de la que tenía. Me pidió que le resolviera un par de cuestiones económicas menores, lo que hice diligentemente, y de ahí nació nuestra amistad. Nos vimos pocas veces, pero establecimos con regular frecuencia contactos por carta y por teléfono. El viejo cabrón se jactaba de que, para solidificar nuestra amistad, nunca había leído ninguna de mis novelas.

»Se levantó con una agilidad sorprendente, sin siquiera apoyarse en los brazos del desastrado sillón, y se fue a su dormitorio, que era su sanctasanctórum que tenía vedado a quienes lo visitaban. Regresó rápido y en sus manos traía una botella de color verde, trabajada por muchos meses de mar, y en su vientre contenía una carta, aparentemente poco legible y en la que se podían ver las palabras manuscritas en inglés y la firma perfectamente reconocible de Ernest Hemingway.

»Un gesto pícaro iluminó su cara, era como si quisiera recriminarnos la incredulidad demostrada y escrita en nuestros rostros cuando nos contó la correspondencia entre dos mares que había mantenido con el autor de *París era una fiesta*».

No sabíamos hasta qué punto la historia contada era un producto de una bien orquestada fantasía fruto de su imaginación de novelista rodado en mil batallas o una improvisación mecánica para epatarnos.

Era poco dado a los secretos de su vida, que guardaba entre las cuatro paredes de su dormitorio antes de que se borrara el disco duro donde tenía grabadas vivencias vitales que no quería compartir. Por eso nuestra extrañeza al escuchar la historia de las botellas viajeras que hacían el camino de ida y vuelta; nos resultó insólita. Cerró hace algún tiempo el libro de los recuerdos personales y no tenía interés alguno en reabrirlo. La confesión de esta tarde, y así nos lo hizo saber, fue una debilidad. Pero, por alguna razón que desconozco, se sentía eufórico. Tal vez fuese debido al veredicto del oncólogo que despejó la incógnita. Me mandó traer de la nevera la última botella que quedaba de Moët Chandon y, cuando la descorché, brindamos al británico modo deseando que Dios nos dé larda vida y gloria sin mengua.

Nunca lo había visto tan contento. Se le soltó la lengua y nosotros éramos su único auditorio. Yo estaba deseando preguntarle por su etapa, por su residencia en París, pero supe que no era el momento más adecuado.

Hemingway abrió el baúl de los recuerdos que él mismo cerró cuando nos dijo que estaba muy cansado y que prefería quedarse solo, cosa que hizo cuando llegó Fina, tan hermética como siempre, sumida en el silencio después de desearnos buenas noches y anunciar que volvería mañana. Dejé el piso en compañía de Amanda.

En el portal me despedí de la fiel colaboradora, de la biógrafa apócrifa de Leo, y cada uno nos dirigimos hacia el lado contrario de la calle. Amanda estaba especialmente excitada por el relato del viejo autor, yo estaba simplemente sorprendido. Abrió la lata de los secretos que nunca contó y yo vi en ello una nueva vía para escribir acerca de él. Disponía de más tiempo que nunca y mi entusiasmo estaba intacto, qué digo yo, era superlativo, incrementando la curiosidad. Las luces de la calle se encendieron, más parecía que un ejército luminoso se disponía a iluminar mi paseo ritual. El camino hasta mi casa. Me extrañó la actitud distante de Amanda, pese a la gratitud manifiesta por el marcapáginas. No me atreví a acompañarla, dejé que caminara sola y entendí que prefería disfrutar del paseo que la llevaba hasta su casa. Pensé en lo extrañas que son las mujeres y, al despedirme, noté que sus ojos brillaban de un modo especial. Acaso la botella que viajó el Atlántico, acaso en aquella botella quedó, quién sabe, encerrada su mirada.

Y así, reunido con mis pensamientos, las manos en los bolsillos del pantalón, tarareando una canción antigua escuchada en no sé qué lugar que no formaba parte del repertorio que frecuentemente tarareaba, o silbaba, según lo contento que estuviera, emprendí el camino a mi

hogar; la noche tenía esa indolencia de quien no se quiere cubrir con las sombras y deja que languidezcan los últimos rayos del sol que huye en retirada, y pensé lo absurdo que puede parecer que los tres amigos que compartimos confidencias, y el tercero era Leo, vivamos en tres pisos distintos relativamente cercanos en la misma ciudad.

Y me dejé llevar por las fantasías a las que soy tan aficionado y pensé en Amanda, en su belleza de mañanas de invierno, en el perfil carnoso de sus labios, en la mirada inquisitiva que escudriñaba todos los ángulos del pequeño paraíso de la casa del viejo escritor, en la turgencia de sus pechos, y la imaginé en la cocina de su casa pelando un melocotón que al morderlo dejaba un hilo de jugo almibarado en las comisuras de sus labios, y fue entonces cuando me aventuré a pensar lo felices que podíamos ser viviendo juntos, aprendiendo a soñar al unísono. Pena era que existiera esa distancia entre nosotros, dos viejos solterones que posiblemente nunca nos encontremos para decirle que me parece que me estoy enamorando. Temo que ella ni por asomo siente lo que yo siento, y acaso por eso, al salir del portal de la casa de Leo, sigamos caminos separados, calles que nos alejan como yo presiento que nos aleja la vida.

Ya estoy entrando en casa, al girar la llave me doy cuenta, soy consciente de lo solo que estoy, mi vida es una isla rodeada de soledad, de la más oscura de las soledades, allí en donde muere para siempre la ilusión, todas las ilusiones. En fin, algo habrá que hacer.

CAPÍTULO UNO

Voy a pasar a limpio, Amanda, el primer capítulo de lo que será la novela que me encargó la editorial. Si no empiezo ya, no quedará tiempo para escribir un texto digno de mi trayectoria. Lo cierto es que los temas que comencé a esbozar no me interesan después de un folio iniciado, pero ya no hay tiempo ni para la novela ni para mí. Voy a centrarme, si es posible, en una novela que tenga mi edad, que cumpla conmigo ochenta años, una novela, podría decir, póstuma, el auténtico libro de los adioses que se convierta en un epitafio de doscientas páginas. Tiene que ser un adiós a la vida, una apuesta clara por un no futuro, cuando ya no quedan esperanzas.

Me conmovió notablemente haberme encontrado con la mujer del vagón del metro, creí que aquello era el comienzo real de la novela, una cita con la muerte, una mujer que este país no quiso acoger, que falleció porque otros extranjeros como ella sembraron de odio y metralla un convoy de trenes que paralizó la muerte; aquella mujer fue condenada a repetir eternamente el mismo viaje. Vivía su muerte para evitar el olvido, para que nunca la niebla de la desmemoria empañara los terribles sucesos de marzo.

Le di muchas vueltas cuando tomé apuntes para escribir y pronto me di cuenta de que el texto no quería ir por ahí, de que no llenaba mis aspiraciones de viejo escritor alejado de un romance festivo y que no quería convertir la que sería mi última obra en un tedeum fúnebre de la malicia terrorista que triunfa campante por todos los continentes. Es el peaje que hay que pagar a la historia, a la desigual historia de los pueblos con su soberbia de países ricos frente a la miseria de naciones que no salen de la pobreza. No podía proseguir por ahí. Aquello solo fue una anécdota y, es más, a día de hoy, no sé si lo habré inventado o si fue cierta.

No me diga, Amanda, que cinco folios no son un capítulo, que son un pretexto para que apruebe su buena intención, si ya sé que va a argumentar lo que siempre he dicho de que una novela debe tener, para que funcione, veinte páginas sugestivas al principio y concluir con un final sorprendente, y que no importa demasiado el corpus narrativo, lo sé. Pero le prometo que, a partir de ahora y de manera sistemática, después del primer capítulo vendrá el segundo y así hasta escribir, que no se escribe, la palabra «fin».

Léalo usted con indulgencia, que me hará muy bien su opinión, y ahora hágame un café muy cargado como los que hace después de comer, al mediodía, y dígame lo que piensa sobre la visita de ayer del amigo periodista. Aunque estuvo poco hablador, escuchó más que las diez últimas veces que vino a casa. Curioso tipo, Amanda, pero a mí me parece buena persona y percibo que está muy solo. No coincide usted conmigo. Espero que le guste este manojito raquíutico de folios. A la tarde me cuenta y hablamos.

Cuando se me planteó la conveniencia de escribir esta novela, y pese a la disconformidad manifestada, estaba viviendo una auténtica obsesión que me orilló al límite de la depresión. No podía reconstruir un episodio acaecido cincuenta o sesenta años atrás en un Jueves Santo de mi adolescencia. Tuve que acudir a mi vieja amiga la siquiátra Durán para que me aconsejara cómo reengrasar los músculos que sujetan el cerebro y crear una barrera que me defendiera de la locura,

y, poco a poco, con terapia casera, fui recomponiendo el puzle de aquella discusión que tuvo lugar en los claustros conventuales que hay junto a la iglesia.

Estaba armándose la procesión de la santa cena, pero de repente comenzó a llover copiosamente y, como quiera que los doce apóstoles y el mismo Jesús eran imágenes de vestir que solo tenían esculpidas en madera la cabeza y las manos y los pies, retiraron el paso para el interior de los claustros, con el fin de proteger los ropajes de terciopelo con que vestían las imágenes.

No he logrado recordar el motivo de la discusión, que se me aparece violenta cuando navega por mis recuerdos; no sé quiénes eran mis interlocutores, soy incapaz de escuchar sus voces, se han perdido para siempre en las escasas estampas que todavía conservo de aquellos lejanos días.

Ese y no otro iba a ser el tema central de esta balbuceante novela: articular los recodos del olvido y tratar de encontrar un tiempo recuperado reivindicando la juventud como el único territorio en donde crecen y se instalan las esperanzas que nos llevan a la plenitud de la vida. Iba poco a poco estructurando los capítulos que tendría la historia, ubicándola en mi pueblo, en los años sesenta del pasado siglo, cuando todos, hasta los más ricos, éramos dignamente pobres. Aquella tarde de fiesta solemne, los rapaces teníamos el pelo recién cortado, eran los días finales de la Cuaresma, la tarde anterior había sido la de las confesiones de hombres, y hace un momento recordé cómo todos los muchachos del pueblo fuimos a misa y comulgamos, creo que se decía por entonces «cumplir con el precepto», como manda la Santa Madre Iglesia.

Era de las primeras veces que anudábamos una corbata sobre la blanca camisa cubierta por una chaqueta de un traje más o menos oscuro, gris marengo, por ejemplo, cosido en un taller de sastrería de un maestro costurero experto, según contaba madre, en coser uniformes de paseo para los jóvenes que cumplían en El Ferrol el servicio militar y a los que la armada proveía de un solo equipamiento durante los dos años que duraba la mili.

Aquel día debí de dar las primeras caladas a un cigarro. No me acuerdo, pero estoy seguro. Estrenábamos la pubertad que ratificábamos comprando a medias con otro camarada un paquete de Chester, del que traían de contrabando los marinos que navegaban en la flota mercante.

Logro recordar que llovía copiosamente y que en toda la noche posterior a la aplazada procesión continuó lloviendo a mares, y con la lluvia se fueron mis recuerdos, se cerraron las páginas borrosas del libro de la vida.

El tema central de la novela iba a ser la huida de la juventud a partir de un suceso que aconteció en los primeros años de la mocedad. Escribir sobre lo pasajero, lo efímero, de los años en los que fuimos felices cuando soñábamos con las tareas de hombres y teníamos el afecto familiar intacto, vivían nuestros padres y compartíamos con amigos tan queridos el maravilloso secreto de la amistad sin límites. El pueblo era el escenario perfecto, acaso el protagonista mayor de una historia que ya nunca escribiré porque, cuando tuve cuarenta años, decidí instalarme en el olvido de quien he sido, cuando la mocedad me convirtió en aquel muchacho que elegí olvidar.

Y he cumplido a rajatabla la tarea autoimpuesta y la vida me llevó a borrar los recuerdos felices, a diseñar una historia, la mía, llena de lagunas que fui eligiendo así pasaran los años para no hacer del sufrimiento una constante. Mis novelas fueron amables como si la cara evidente, visible, de la vida no estuviera llena de sinsabores, y así, poco a poco y no de golpe, fui olvidándome de quién era y eligiendo, según mi conveniencia, una forma de entender las cosas muy ajena a lo que yo he contado en las miles de páginas que he escrito a lo largo de todos estos años.

Por eso ya tenía estructurada la novela que se mantiene inédita. Los capítulos correspondían

cada uno a los doce apóstoles del paso de la última cena que desfilaba en mi pueblo al caer la tarde cada Jueves Santo. Pero supe que a nadie interesa rescatarme del olvido escribiendo una historia particular que pondría fin a mi trayectoria editorial, más bien, cuando la leyera mi amigo editor. Parecería que es la narración de un convaleciente de un mal siquiátrico que pretende reconciliarse con una forma de entender la literatura que no le corresponde.

Dejo aquí la vía iniciada y me declaro torpemente incapaz de escribir una novela al uso de hoy, una novela que vaya pareja a los tiempos que nos ha tocado vivir. Nadie espera ya nada de mí. Quizás solo tú, querida Amanda; contigo a mi lado tendremos novela, acaso no tenga de mí más que la firma, pero no hay problema: correré por el teclado del ordenador para concluir la y cada mañana brotará en mi mesa un folio nuevo y, al acabar el verano, tendrás un manojito de folios para leer que, por arte de magia, convertiremos en mi próxima novela.

No estoy especialmente optimista, pero el dictamen médico de esta mañana, la visita del compañero periodista y la luminosidad azul que se instaló en el hueco de la ventana prologando el verano me animan a coger el toro por los cuernos de la palabra y evitar quedarme rezagado con un compromiso adquirido.

Si eres tan amable, Amanda, te pido que convoques al amigo periodista y lo cites en casa para después de la siesta, que es una hora precisa que nadie ignora. No te preguntes la razón ni me inquietes por ello, sencillamente voy a dar respuesta a la pregunta que reitera sin desmayo sobre mi etapa parisina y que nunca le he contestado. También estaba hasta hoy en el álbum de los secretos ocultos de lo que fue mi vida.

Voy a abrir, y no lo tenía previsto, las ventanas de mi corazón de par en par para que de una vez surta el efecto sanador que en su día anduve buscando y no encontré nunca. Ahora que siento con frecuencia cómo me acaricia en la nuca el aliento insano de la muerte, ha llegado la hora de reescribir parte de mi biografía oculta, la que no he querido contar hasta ahora. Llámelo sin demora, Amanda. Gracias.

A las cinco en punto sonó el timbre de la puerta. La abrí y un sonriente Ricardo se mostró extrañado por la convocatoria urgente, le dije que a mí también me había sorprendido, pero que el maestro me pidió que te llamara sin demora. Solo él sabe el porqué de las prisas, señalé, dando por terminada la conversación.

Se acomodó enfrente de donde estaba colocado el viejo sillón, que permanecía vacío porque Leo todavía no se levantara de la siesta, pero fue sentarse el periodista y aparecer como un Júpiter triunfante sacado de una estampa, de un grabado, clásico.

Tras los saludos, sorprendentemente afectuosos, como si hubieran pasado varios años sin haberse visto, y ofrecerle un café que me encargó que le preparara, inició una conversación sobre la no existencia de la novela del encargo y, después de preguntarme mi opinión, seguro de que yo había leído el pequeño mazo de cuartillas en el ordenador, cosa que no había realizado por falta de tiempo y que pospuse para cuando estuviera sola en mi piso, me pidió que, después de mí, se las enviara a Ricardo, pues deseaba conocer lo que le parecía.

Se puso solemne, engoló la voz, matizó el tono y las palabras salieron despacio de su boca. Nunca lo había visto en lo que yo de entrada consideré que era una pose, aunque luego no fue tal.

Hemos tenido una muy buena noticia, Amanda no tiene cáncer, aunque yo estaba convencido de que iniciábamos un camino angustioso, el anuncio de la muerte a plazo fijo, y yo visualicé todo el proceso, primero un tumor maligno, luego un largo tratamiento de quimioterapia y el complemento

inevitable de la radio, más tarde se descubre una metástasis complicada, otra vez quimio y ya la fase final con los cuidados paliativos que conducen a un desenlace fatal.

Todo ello, tras un par de noches en blanco, me hizo revivir la más dura historia acaecida en mi vida, que estuvo oculta durante varias décadas y que no la he participado a ninguna de las personas con las que me he relacionado. Acaso un par de amigos la conocían, y durante este largo tiempo solo yo la he mantenido escrita en mi corazón, pues solo a mí y a su memoria, a ella, nos correspondía compartirla por toda la eternidad.

Prometí, me prometí, fidelidad a nuestro gran amor en la vida y en la muerte, y siento cada noche un dolor que no quiero ni puedo evitar cuando la recuerdo, que es siempre, hasta que ya no pueda gobernar mi mente.

Denise, que así se llamaba, era muy joven, varios años más que yo. La conocí casualmente en una tarde parisina y su risa me abrió las compuertas que creía herméticamente cerradas, y el amor repentino, que me atenazó por sorpresa, desbloqueó las puertas tapiadas del enamoramiento, a primera vista, inmediato. Al dejarla aquella tarde, al despedirme con un hasta mañana, ya no podía esperar al nuevo día para verla; estaba desde el primer segundo apasionadamente enamorado.

Les pido a los dos, Amanda y Ricardo, que procuren no interrumpirme, y no me hagan preguntas hasta que termine mi relato, pues las emociones se me atragantan y están tan vivas como cuando sucedieron.

Supondrán que aquel tiempo fue, con notable diferencia, el más feliz que he vivido. Yo era un autor español, o francés, que no lo sé bien, de relativo éxito por entonces, y ella, una joven tan preciosa como rebelde que terminaba su periplo universitario. Era una mujer libre que tenía las mañanas de sol y el viento de aliados, que todo el universo estaba quieto en su mirada y su risa reescribía el origen del mundo.

Tenía veintidós años, yo acababa de cumplir cuarenta y cuatro. Los dos teníamos el color gris ceniza en nuestros ojos que transcendía a nuestra mirada, que convergía en una única forma de ver pasar la vida. Denise era una locura, vivía dentro de un cuerpo concebido para hacerme feliz, su conversación era un canto nupcial, un aleluya salvaje, cada palabra estaba colocada en su lugar preciso cuando las frases se sostenían en un entramado que prohibía que llegara la noche.

Estábamos en un plató de Radio Francia y ella entró a saludarme, entró directamente a mi vida para quedarse, para no salir nunca. Convenimos vernos la tarde siguiente. No fue posible porque ella quería despedirse de su novio, de su pareja, al que estaba abandonando en ese mismo instante en que nos conocimos. Yo no podía esperar, dudé de que volviera, dudé de que existiera otra vez, otra oportunidad, hasta que en la madrugada sonó el teléfono de mi apartamento. Era ella que preguntaba dónde y cuándo podíamos vernos. Le respondí que en el hotel Crillon al mediodía, en la *suite* del hotel Crillon le dije, deletreando, mordiendo cada letra.

Serían las doce cuando la recogí en el *hall* del hotel, la besé en la boca y, cogiéndola por la cintura, subimos en el ascensor hasta la *suite*. Hicimos el amor sin desmayo, lo hicimos con la fuerza de las galernas de noviembre, con la pasión que inundaba todos los poros de nuestro mapa de dos cuerpos unidos, hicimos el amor en silencio y dejamos que solo hablaran nuestros cuerpos. Su boca, sus besos eran un manantial de agua transparente que envolvía sabores de cerezas y fresas, que estallaban en sus labios. Su sexo sabía a miel y a canela, a primavera recién inaugurada.

Aquella tarde con su noche y la mañana del día siguiente nos amamos hasta el éxtasis y el agotamiento y, cuando nos duchamos para abandonar el hotel, abrazados bajo la ducha nos saludó

un arco iris artificial construido a nuestra medida que, como un aura mágica, se posó sobre nuestras cabezas.

Los días se sucedieron lentamente y cada tarde mi apartamento era un remanso, un oasis en el desierto de París donde dos amantes hacían el amor hasta la extenuación.

Busqué un piso para iniciar una vida conjunta y lo encontré. Me lo alquiló un judío comunista amigo de Alberti a un precio inferior al de la zona. Estaba en la calle Bonaparte, junto a San Sulpicio y el jardín de Luxemburgo. Fue nuestro hogar durante dos años, el segundo año comencé a escribir allí el que fue premio Goncourt al año siguiente. Sin duda, mi mejor obra y mi libro más vendido: *A través de la niebla*. Ella fue mi inspiración y mi razón de ser, y en cada una de las páginas escritas en ese texto está ella iluminando mi narrativa.

Ella dejó su trabajo y nos dedicamos cada mañana a descubrir el París más secreto, a cantar bajo la lluvia remedando a Fred Astaire, y fue cuando mi banda sonora vital y la suya cantaron al unísono el *Cheek to Cheek* de *Sombrero de copa* que todavía escucho y tarareo cuando me asalta a traición la melancolía.

Nuestra pasión crecía a cada instante y en una ocasión hicimos el amor sobre la tumba de un personaje ilustre enterrado en el cementerio de Père-Lachaise, navegamos todos los Senas imposibles y el amor se quedó a vivir en nuestros corazones. Nadie en el mundo conocido era tan feliz como nosotros. Cuando comencé la novela tenía que mirar fijamente a Denise, pues todo estaba escrito en sus ojos. Escribía cada tarde dos folios mientras ella leía indolente literatura en español, que era su método para aprender el idioma, y al acabar el segundo de los folios se lo leía con voz impostada de doblador de cine y ella me aprobaba o censuraba la autoimpuesta tarea cotidiana.

Durante el primer año viajamos mucho por Francia sin pretexto y sin amigos, solos. Jugábamos a encontrarnos en una plaza como si fuéramos dos desconocidos que se abrazan o viajeros que llegan a una estación de tren viajando en dos convoyes que se cruzan en andenes distintos. Siempre rematábamos haciendo el amor en el hotel más cercano, que con frecuencia se situaba junto a un río o con la mar como decorado real. En una ocasión visitamos Pamplona por Sanfermines, siguiendo la estela romántica de Hemingway, y otra vez pasamos diez días en Lucca, en la alta Toscana, una de mis ciudades de referencia.

Nuestra historia fue un amor paseado, hablábamos mirándonos, las sonrisas reafirmaban nuestros «te quiero» silenciosos, procurábamos la vigilia para estar despiertos el mayor tiempo posible, pues estábamos firmemente convencidos de que el tiempo destinado al sueño era un tiempo perdido y de que, pese a estar juntos, aunque durmiéramos abrazados, nuestros pensamientos y nuestros sueños volaban a su aire y yo creo que nunca se encontraban.

Era un tiempo de dulce locura, de plenitudes intensas, ella era el eco de mi voz y yo repetía la suya. Nada era disonante y hasta los más rebuscados caprichos estaban en el gran guion de dos amantes que seguían enamorados como dos adolescentes.

Cuando una mañana volví de comprar el pan, encontré a Denise tumbada en el suelo. Estaba desmayada, la agité para despertarla, lo que aconteció en segundos, y al volver en sí había perdido los recuerdos inmediatos y sufría una aguda jaqueca. Se acostó y llamé a un médico que al otro lado del teléfono quitó importancia al desvanecimiento, sugiriéndome incluso que podía estar embarazada, una lipotimia no es, aseguró, nada grave.

Me tranquilizó y no le di más transcendencia al suceso que, tras hablar con mi amigo el médico, consideré menor. Denise se quedó dormida varias horas y al despertar ya no le dolía la cabeza. Salimos a cenar y durante la cena estuvo ausente, no probó prácticamente el vino, que siempre fue

de su agrado. Me preocupé, pero no quise exteriorizarlo para no transmitirle mi inquietud. Fue la primera noche en la que no hicimos el amor. Se durmió con un sueño profundo. Parecía que estuviera muerta, tal era la quietud y la placidez que anidó en su rostro.

Al despertar y dejar atrás la noche, Denise volvió a ser la que era antes del accidente. Volvió a reír convocando a los torpes rayos del sol que se colaban por el balcón de nuestro cuarto. Se avivó de nuevo el gris mar de su mirada y todo volvió a ser como solía hasta que, dos semanas después, un fuerte y, según ella, insoportable dolor de cabeza le provocó náuseas y vómitos y por unos instantes perdió la visión del ojo derecho. No sabía qué hacer, llamé a un taxi y nos dirigimos al hospital que está a la entrada del Bois de Boulogne, una prestigiosa clínica privada angloamericana, lo que por entonces era una garantía.

Entramos y con urgencia fue ingresada en neurología, donde estuvo casi dos días en observación y donde, tras realizar un escáner de cabeza, fue diagnosticada con el peor de los resultados. Los doctores que me recibieron mientras ella estaba todavía ingresada dispararon a bocajarro, sin edulcorar, el más atroz de los diagnósticos y aventuraron, sin equivocarse lo más mínimo, el cruel discurrir de la enfermedad. No existía ninguna solución quirúrgica, el tumor crecería más rápido de lo deseado, Denise perdería la visión parcialmente, primero un ojo con pérdida total, y el otro tendría dificultades para ver, la quimioterapia paliaría temporalmente la progresión del tumor para al final perder el oído, no controlar el aparato motor y olvidarse de hablar, diluyeron poco a poco los recuerdos. Seis meses a lo sumo durará todo el proceso, y los últimos dos meses serán, así me lo dijeron, terribles.

Con un lo siento y un no podemos hacer nada, me dejaron desarbolado, roto, incapaz de reaccionar ante la brutal conversación mantenida.

Subí a su habitación y, al verme entrar solo, dijo esto: «Mi vida, me voy a morir». La frase resuena cada día en mi cabeza, habla como en una contradicción de vida y muerte, y aún no la he podido asimilar.

Me estremezco al recordarlo, se me seca la boca al volver a los tiempos más duros que he vivido, a mi edad de hierro, y solo me consuela que estoy reconstruyendo ante ustedes los recuerdos ocultos de un pasado que mantuve en secreto, y ahora tengo ante mí la imagen del primer verano y estoy paseando por una playa en la Riviera Francesa, la sujeto por el talle y corremos en paralelo a la orilla del mar hasta dejarnos caer sobre una duna que pareció brotar ante nosotros y acostados sobre la arena nos besamos y dejamos que la noche nos cobijara y aguardamos hasta ver aparecer la luna. Tengo que anclarme a los pasajes compartidos, cuando la vida era una sonrisa permanente y el amor verdadero, el que no tiene límites ni frontera, el que reclamaba todas mis caricias, llevó siempre su nombre.

No volvió a salir del hospital. Solicitamos que nos dejaran ausentarnos tres o cuatro horas cuando me confesó que no querría morir sin ver una exposición antológica de Matisse que colgaban por entonces en el Grand Palais, a lo que los médicos accedieron. Ya no podía controlar el movimiento y la visión del ojo derecho estaba completamente borrosa, pero cambió su expresión y su mirada se tornó seráfica ante los cuadros que estaba viendo. A las dos horas su cansancio era infinito y regresamos deprisa al hospital. Se durmió profundamente al acostarse y solo pudo decirme: «Gracias, mi amor, no quiero que estés triste, te amo».

Yo me quedaba toda la noche a su lado, acostado en una cama supletoria, velando su sueño, aprendiendo a respirar a la vez que ella para que nada la perturbara. Cuando en las tardes, antes de anochecer, estaba iniciando el sueño, yo leía para ella poemas en español de Cernuda o Juan Ramón, que eran de su gusto, y a veces me pedía que volviera a leerlos porque ya no podía

recordar las estrofas que momentos antes salieron de mi boca, y, ya dormida, tomaba prestados poemas de Baudelaire o Rimbaud que declamaba en voz alta y estaba seguro de que entre sueños le llevaban a su mente estragada la misma serenidad que me proporcionaban al leerlos.

Y es hoy, después de tantos años, cuando todavía en mis noches de insomnio la imagino dormida a mi lado en su cama del hospital, y recito en alta voz una docena de aquellos poemas que son antídoto contra mi duermevela y homenaje al amor que me arrebató la muerte.

No pueden imaginarse ustedes, por mucho que lo intenten, cuánto la he amado, con qué intensidad nos hemos querido.

El mal avanzaba imparable. Una mañana perdió para siempre la visión y una semana después fue incapaz de pronunciar una frase coherente, se le enredaban las palabras, aunque nunca se olvidó, hasta el último día de su joven vida, de pronunciar despacio y casi de manera inaudible las dos palabras mágicas que desgarraban poco a poco mi corazón: te amo.

Y el tiempo se detenía en su cuerpo devastado. Yo la miraba creyendo que podía parar el estrago que avanzaba por horas, estaba convencido de que, estando a su lado, se curaría, y le contaba los mismos cuentos que escuché en mi infancia, las historias prohibidas que poblaron narrativamente mi adolescencia. Le decía cómo era mi pueblo y describía sus calles, el jardín de la plaza, la estatua del poeta en el centro, le contaba que, por las fiestas, desde lo alto, desplegaban guirnaldas con luces de colores como un inmenso paraguas que encendía la noche e iluminaba las verbenas, y ella permanecía inmóvil, estaba dormida, pero yo estuve siempre convencido de que podía oír mis palabras y de que le gustaba lo que le contaba.

No paraba de hablar, no quise paladear los silencios, me sentía vivo hablándole, era un chamán de un país inexistente que apelaba a la Madre Tierra y a la palabra como fórmula sanadora para que ella iniciara una recuperación imposible. Todos los días, durante las fases más agudas de la enfermedad, describía uno de los viajes que realizamos juntos, nuestra visita a Cherburgo el primer invierno, nuestra maravillosa estancia en Menton, desde donde recorrimos en autobús, como dos jóvenes estudiantes, la Costa Azul francesa, continuando viaje a una de mis pasiones secretas con cuerpo de ciudad, Lucca, y nos prometimos hacer en primavera el camino de los Alpes que quedó pendiente para otra vida.

Se consumió. Los días finales fueron terribles, huía su alma del cuerpo, las convulsiones motivaron que sujetaran a la cama con correas sus extremidades, mi última historia narrada fue la conversación que me asalta recurrentemente, la que mantuve en Vilaponte una tarde de un Jueves Santo perdido entre la niebla cuando, por razones climáticas, no pudo salir la procesión de la última cena. Le estaba contando que no recordaba ni los nombres ni los rostros ni mucho menos las voces de mis compañeros de discusión, cuando exclamó un grito que recorrió despacio la habitación antes de entrar en mi cuerpo, y falleció. En el mundo se hizo para siempre el silencio.

Tenía cogida su mano entre las mías, no la solté hasta que un frío helador se fue quedando en su cuerpo maltrecho. No llamé a médicos ni enfermeras hasta que estas últimas giraron su visita ritual. Murió a las siete de la tarde y mi llanto fue un océano de dolor, mil mares con mil ríos llenos de amor en su memoria.

Cuando van a ser las siete, cada tarde, un recuerdo con su nombre se adentra en mi cerebro. Me sucede desde entonces.

Al acto civil que celebramos después de incinerarla vinieron muy pocas personas: mi amigo Julio y su mujer; Larraz, mi editor español, que siguió muy de cerca la enfermedad; su madre, una mujer alsaciana que no pudo derramar una lágrima en toda la ceremonia, y que después se desmoronó y que siempre estuvo acompañada de la que fue la mejor amiga de Denise, y el viejo

Gallimard, que en todo momento estuvo junto a mí evitando que no pudiera resistir la ceremonia.

En la mañana del domingo aventamos sus cenizas en la Île de France que es donde ella siempre quiso habitar entre la brisa matinal de una joven primavera.

En síntesis, querido amigo, este es el escueto relato de mi secreto por el que tanto se interesaba. Solo a mí me pertenece y solo yo sé lo que ello ha supuesto en mi vida. Nunca quise compartirlo y a quienes lo conocieron en su momento les pedí que guardaran toda la discreción de la que fueran capaces. Y lo hicieron, por lealtad fraterna y afecto.

Desde entonces mi vida perdió el primer sentido inicial: continuar. Me fui engañando con los libros, los propios y los ajenos, mientras iba construyendo una empalizada protectora con los recuerdos. Nunca he dejado de tenerla a mi lado, de pasear con ella, de que se acueste en mi cama, de compartir mis temores y comentarle mis escasas alegrías cotidianas. Aunque no esté, yo siento su presencia permanente.

En ocasiones le escribo una carta que meto en un sobre sin dirección y dejo en un buzón de correos. Lo hago cuando visito una ciudad que no es la mía, y luego fantaseo con la magia epistolar preguntándome quién, quizás un cartero, leerá esas cartas a ella debidas y que viajan sin remite hasta un más allá cercano.

Otras veces, justo al acostarme, cada noche, hago que mi pensamiento se dirija hasta donde esté y le repito historias que muchas veces le he contado y pongo fecha a la travesía que no hicimos por los Alpes.

Les ruego, mis queridos amigos, que no me pregunten nada. Mi dolor intenso por su pérdida, la herida que nunca se cauterizó, se ha vuelto a abrir esta tarde. Yo sé cómo interpretar esta puñalada que un día lejano me atravesó el pecho. Solo yo sé cómo se hace.

Les pido que no me hagan volver nunca sobre el tema y que lo que les he contado no provoque lástima. Nunca creí que contaría a nadie cuánto nos quisimos Denise y yo. Hasta más allá, créanme, de la muerte.

EL PORTAL

Salimos del piso sin despedirnos, aguardé a que Amanda recogiera su abrigo; le dijimos adiós sin mirarlo y, al cerrar la puerta, una sensación de duelo se apoderó de nosotros.

Evitamos el ascensor y bajamos las escaleras andando. A mí no me salían las palabras, se atropellaban unas contra otras en la garganta. Cogí a Amanda por los hombros y se dejó; caminamos no a su casa, no a la mía, y anduvimos un largo trecho por la calle del medio. Juntos. Sentía que nos miraban, al cruzarnos con otras parejas por la calle, y se condolían de nuestra tristeza evidente. Seguimos hasta un bar que estaba al final de Chamberí, un destartalado *pub* inglés que estuvo muy de moda dos décadas atrás. Parecíamos autómatas, nos sentamos junto a la barra. Estábamos solos. Entró un hombre mayor y se sentó al piano. El primer tema que salió de las teclas de aquel añoso instrumento extrañamente afinado fue *Cheek to Cheek*, el himno personal del maestro, que fue como si todo su cuarto, la habitación donde pasaba la vida sentado en el raído sillón, se instalara junto a nosotros en el *pub* inglés.

Y entonces Amanda comenzó a hablar, se quebró el silencio y dijo haber escuchado el más bello de los secretos que un hombre puede guardar, que era la historia de amor más poderosa que hubiera podido imaginar. Me rogó que yo también mantuviera oculto el relato y que evitara contarlo en las páginas del diario. Me lo hizo prometer. Yo accedí, y concluyó sonriendo para decirme que desde ahora ese sería nuestro secreto. Ella pidió un whisky y yo, media botella de vino blanco frío. Era una ceremonia para celebrar la vida.

Casi dos horas estuvimos en el bar, habló conmigo más que todo el tiempo que en estos años nos habíamos visto en la casa del viejo escritor y, al salir, cuando ya la noche se desparramaba por un cielo estrellado que yo no había visto nunca en Madrid, quizás porque no miro a lo alto, me preguntó si sabía cómo son los senderos de los Alpes y si consideraba que el maestro estaba en condiciones de viajar hasta allí. Se respondió a sí misma asegurando que tendrá que llevarlo. Iremos los dos, aseguró con rotundidad.

Igual yo me apunto con vosotros, añadí. No me contestó. Paseamos la ciudad hasta cansarnos y la llevé hasta la puerta de su casa. Esperaba una amable despedida, emotiva cuando menos, pero extendió su mano y, estrechando la mía, se despidió con un lacónico hasta mañana.

Di la vuelta y me encaminé hacia mi casa. Estaba contento, pese a la terrible narración que escuché esta tarde, estaba contento de acompañar a Amanda, de tenerla frente a mí, de poder aguantar su mirada, de sentirme vivo a su lado, de prometerle guardar un secreto como en un pacto de dos adolescentes. No sabía Amanda que, desde hoy, ella es mi secreto. A estas alturas no puedo evitar sentir que me estoy enamorando.

Subí deprisa, casi corriendo, como si llegar a mi piso fuera una urgencia inaplazable, abrí el ordenador y ante la pantalla tuve la tentación de contar todo lo que había escuchado. Me contuve respetando la promesa, aunque no contó nada nuevo, el viejo carcamal, que no supiera o no intuyera. No habló para mí. Su relato estaba dirigido a Amanda, fue muy truculento; aunque no dudo que fuera cierto, estuvo lleno de medias verdades, y el estrambote de pedirnos que ni

hiciéramos preguntas ni comentarios no sé muy bien a qué ha venido.

No podré publicarlo, lo dejaré para cuando redacte su obituario, que malo será que no fallezca después de que él desaparezca, pero nada me impide escribir ahora la crónica de un amor que vio como la muerte interrumpía su permanencia, su durabilidad. Lo voy a contar como un relato anónimo de amores intensos en París, en la ciudad en la que se encuentran dos amantes y hacen de su vida, en este caso, corta vida la de ella, un romance intenso. Cambiaré los nombres y la ciudad, que se convertirá en Burdeos y ellos serán Helena y Paris, como una historia antigua que bien podía haber sucedido en Troya.

He puesto punto final. Son las seis de la mañana, está a punto de amanecer. He escrito este relato pensando en Amanda, pensando en que algún día ella lo leerá.

Al levantarme, mi primera idea fue acudir a casa del escritor a completar el relato que, a mi juicio, dejaba varias cuestiones abiertas. Esperé hasta las once y llegué en un santiamén al piso de don Leo. Me abrió la puerta Amanda, extrañada de verme. No esperaba que regresara tan pronto a la casa. Le pedí que anunciara mi visita, como si de una cita por sorpresa a un castillo de un noble británico se tratara, y, mandándome pasar al salón, al sanctasanctorum del escritor, anunció a gritos mi llegada y, aún sin sentarme, por respeto a que lo hiciera mi anfitrión, me ofreció un café que rechacé, y se retiró discretamente al cuarto donde trabajaba contestando la correspondencia del viejo, y enredando con un glosario de notas y datos de lo que ella entendía que algún día sería la biografía de Leonardo del Río, escritor español.

No me hizo esperar, entró en el salón vestido con una bata de estar aparentemente nueva que dejaba entrever un pijama de seda claro, calzaba unas zapatillas antiguas, de cuadros, impropias de aquel atuendo. Me saludó manifestando sus disculpas por verlo de esa guisa y todavía sin afeitarse, por mi sorprendente, dijo, aparición, para añadir acto seguido que me esperaba una o dos horas antes porque estaba seguro de que iría a preguntarle por lo que había evitado en su narración de ayer.

Efectivamente, respondí. Anoche, cuando me fui a mi casa, escribí, para no olvidarla, la triste historia llena de belleza y compromiso que usted nos contó, pero antes paseé la ciudad con Amanda, que me hizo prometer que no publicaría lo narrado, al menos mientras usted viviera, y que constituía un secreto bien guardado entre Amanda y yo. Le dije que por mi parte cumpliría la promesa.

Se lo digo para que conozca el destino del relato parisino por el que llevo varios años interesándome y que no desconocía del todo, pues fui recomponiendo con diversos testimonios la historia de su pasión. Quisiera decirle que mucho agradezco su confianza para que haya soltado los anclajes de su corazón y dejara fluir la historia, los dos últimos años en la vida de Denise. Gracias sinceras, mi dilecto amigo.

Pero, por si en algún momento recompongo lo que nos contó, me gustaría saber si su gran amor tenía rubios los cabellos, si era morena o acaso pelirroja, solo nos ha descrito su mirada y nos hurtó datos a mi juicio básicos como su altura y su peso estimado, si gastaba melena o si, como muchas muchachas de París por aquellos años, lo tenía corto, a lo *garçon* como diría alguien redicho, sus cabellos.

No nos dijo de qué lugar era su gran amor, si parisina, normanda, del Rosellón, bretona o qué sé yo, ni si de inicio se comunicaban en francés y ella aprendió el español como un acto de afecto.

Es usted un insolente, interrumpió mis preguntas, para decir que no me consentía ningún interrogatorio. Su tono de voz, casi gritando, motivó que Amanda se uniera a la conversación. Yo,

añadió, conté en una larga confidencia la principal y única causa de un amor notable que cambió mi vida y el dolor inmenso que me produjo y que vive conmigo, el dolor que llevaré a la tumba a causa de la enfermedad y muerte de mi adorada Denise. Usted quiere, con mi duelo, hacer de ello un reportaje; y eso no se lo voy a consentir, no voy a ser cómplice de mi propio secreto.

Se lo he confiado a Amanda y a usted que tanto ha insistido en conocer por mi boca la etapa parisina en la que fui muy feliz. Pero no vaya más allá, a quién puede importarle el color de su pelo o si nació en un pueblo bretón. Lo que trasciende es que los dos hemos sido uno y yo continué aquí para recordarla, preservando su memoria.

Debí morir la tarde en que falleció, pegarme un tiro o tragarme un frasco entero de pastillas, pero no he podido, tuve que quedarme para completar su historia, para seguir amándola en la muerte tanto como la amé en su vida, tenía que devolverle, y para ello precisaría tres o más vidas, el inmenso capital de afecto que se llevó en su corazón.

Me siento agraviado, Ricardo, inició un camino hacia ningún lado. Quédese con la historia que les he contado u olvídela para siempre, pero de mis labios no saldrán respuestas a preguntas que no voy a contestar, están sellados para usted si prosigue interrogándome como si fuera un acusado de haber cometido un delito y usted un policía.

Me siento muy incómodo teniéndolo frente a mí y en mi casa. Le ruego que no insista y yo doy por concluida esta conversación. Buenas días.

Me dispuse a irme, no me atreví a despedirme, tenía claro que algo o mucho había hecho mal, busqué los ojos de Amanda y vi como me recriminaba mi osadía, mi atrevimiento, en su mirada donde crecía su desprecio hacia mí. Me dirigí a la puerta y en un pispás estaba en la calle.

Y fue al salir y notar el calor de la mañana en mi rostro cuando me pregunté por lo impropio de mis preguntas, la razón por la que había quebrado el techo de cristal del relato que Leo nos había regalado a Amanda y a mí, haciéndonos partícipes de su secreto mejor guardado. Era extraño que desde mi timidez casi enfermiza me atreviera a violar un pacto no escrito que yo sabía que no podía romper, y además mis preguntas resultaban claramente estúpidas y nada aportaban a un posterior relato que ni siquiera sabía si lo escribiría algún día.

No entendía nada, no me entendía, no podía encontrar explicación a mi reacción y lo que más me preocupaba era que desde este momento mi relación incipiente con Amanda se había roto e iba a ser muy difícil recomponerla.

Me detuve ante una pastelería, miré su escaparate y entré para comprar un mantecado que me envolvieron, y comí en el café de la placita en donde termina el barrio. Mientras lo degustaba y bebía el café solo, se me iban aclarando las ideas y tomé la decisión de pedirle perdón lo más rápido posible, y a la vez, como si regresara a mis años colegiales, arrepentirme sinceramente y manifestar, como aprendí mientras mi joven vida se rigió por la fe católica, dolor de contrición.

No sabía, no obstante, qué hacer para recuperar la todavía débil amistad de Amanda, de la que estaba enamorándome. Lo urgente era pedirle perdón sincero al viejo escritor y que fuera tan generoso, lo que yo dudaba, como para intentar olvidar el triste episodio.

Cogí mi teléfono móvil y llamé a su casa. Me respondió Amanda, a la que solo le pregunté si podía ponerse don Leo. No me contestó, pero del otro lado escuché un «Dígame, Ricardo», que sonó rotundo. Le pedí sinceramente disculpas, le dije que no controlé mis palabras, que no me reconocía en las preguntas impertinentes que le hice, le supliqué que intentara olvidar lo acaecido e incluso realicé una declaración de lealtad que prometí cumplir si me devolvía el regalo de su amistad.

Al otro lado del auricular solo había silencio, y cuando acabé pude escuchar un «Está bien, periodista, lo espero el jueves como siempre». Colgó.

Acto seguido, efectué una segunda llamada. Cuando me respondió Amanda, le pedí perdón también a ella, que de una forma distante y heladora me dejó un mensaje preciso: «Usted y yo no tenemos nada que decirnos».

AL MEDIODÍA

Como todos los días, nos subieron a las dos en punto la comida. Ocupé mi sitio en la mesa, el maestro estaba sentado frente a mí. No había hablado con él en toda la mañana, desde que Ricardo se marchó, desde que lo invitó a irse. Estaba triste, nunca lo había visto así, apenas comió, mareó un poco las judías verdes prácticamente sin probarlas y comió un bocado de un filete que le serví después. El vino, la botella de vino, se quedó en la mesa sin descorchar. Estaba navegando por mares muy lejanos, perdido en memorias ajenas, apresado en la jaula de sus pensamientos. Cuando consideré que ya el almuerzo estaba terminado, me dispuse a recoger la mesa y, acercándome a donde estaba, apreté su cabeza, la giré hacia mí y lo besé en la boca.

Fui consciente de lo que estaba haciendo, mi beso fue el de una mujer que sabe lo que hace cuando besa a un hombre. No importa que pudiera ser mi padre, no me preocupa que en realidad fuese a mi jefe a quien besaba, lo de menos era que estuviera en su mesa y en su casa. Ahora mismo, éramos solo un hombre y una mujer.

Sorprendido, se levantó para abrazarme. Mi mejilla se pegó a la suya, noté cómo por su rostro se deslizaban dos lágrimas. Se separó de mí con cierta brusquedad y, dándome las gracias, se disculpó por dejarme sola mientras se dirigía a su cuarto. No sé, Amanda, si decirle hasta luego o hasta mañana. Haga lo que más le convenga. Buenas tardes.

Regresé a la salita de trabajo. No pude hilvanar un solo pensamiento coherente. Maldije al periodista petimetre que, además, me estaba rondando zalamero como si quisiera establecer algo más que una amistad. No teníamos nada en común y, si deseaba encontrar a una compañera, se estaba equivocando.

En este momento lo odiaba. Rompió el pacto secreto que ayer sellamos e hirió seriamente a don Leo en el centro del corazón de sus recuerdos, que es donde más le duele.

Y le ha perdonado. Tengo que convencerlo para que dé marcha atrás, no es buena gente, le voy a devolver el marcapáginas que me regaló, porque la última página, que señala la agresión violenta y gratuita de ayer, está mal escrita, llena de borrones.

No me voy a ir a mi casa, me quedaré aquí guardando el reposo del maestro por si me requiere, por si me llama, por si necesita mi compañía.

No me equivoqué al besarlo, debí hacerlo hace tiempo, cuando escribió para mí aquellos relatos, cuando me acompañó al médico, debí besarlo mucho antes y que creyera que no era yo, sino Denise, que volvía de allá en donde esté. Ya no hay diferencia de edad, estoy de lleno en la edad de la admiración madura, iniciando la composición de las herramientas capaces de sustentar una pasión sexagenaria. El maestro es mi estación Termini y yo quisiera que sintiera por mí lo que un hombre mayor puede todavía sentir por una mujer veinte años más joven que él. La misma diferencia de edad que tuvo con Denise.

El sentimiento que más ha crecido en mí es el de ternura y, si no se transmuta en otro más sublime, tengo suficiente teniéndolo a mi lado y que se incremente el capital de afecto que empiezo a acumular.

No me estoy volviendo loca. Tenemos que acabar la novela, que es el encargo que me trajo hasta él, estoy aquí para cumplir sus deseos, para hacer llevadero el tiempo que le queda por vivir, para mimarlo amándolo, o qué sé yo.

Pronto haremos ese viaje al pueblo, el viaje de un verano que no llega. Los días ya están cercándonos con el calor de julio que en Madrid siempre llega por sorpresa y viene para quedarse.

No me puedo creer la reacción de Ricardo ni el sentido de sus preguntas, faltó que le dijera que la historia de su amor francés era falsa, para redondear una vida de leyenda, una personal historia secreta. Qué barbaridad.

Si supiera el daño que me provocó, no le habría dado tiempo a sentirse arrepentido. Él me decidió a dar el paso de poner en orden mis sentimientos, de acercarme a Leo para no alejarme nunca, de intentar convertir la ternura en algo más, o no, quizás sea suficiente. Estoy sentada en el sofá grande del salón. La casa está en completo silencio. He abierto la contraventana de atrás y un rayo de sol vespertino se ha instalado en la diagonal que divide la mediana de los dos balcones, como si también el sol aguardara a que el maestro se despertase.

El desorden de los sentimientos me está confundiendo, siempre me sucede, ahora mismo me estoy arrepintiéndome del impulso que me movió a besarlo, pero no quiero volverme atrás, acaso a estas cuatro paredes, nuestro escenario; vivimos a espaldas de la vida, no sentimos el sol en nuestro cuerpo, desconocemos el paisaje que se oculta detrás de las esquinas de la calle, somos asociales, no nos relacionamos con nadie, nuestra vida es mecánicamente rutinaria, no sé si habrán crecido los chopos que plantaron en el jardín de la pequeña plaza de mi calle. Somos dos autómatas que vivimos en esta especie de cárcel, de celda amable, esperando a que llegue la nada, quizás la muerte.

Él ha vivido y no le queda nada por descubrir, yo quiero que, a mi lado, se reencuentre con las pequeñas cosas que yo misma me estoy hurtando, quiero que juntos esperemos que el sol se ponga detrás de las colinas, quiero que sienta los susurros que son historias en voz baja que cuenta la mar, y escucharlas sentados en la playa, en cualquiera, qué más da, que recupere el placer de los viajes, aunque sea en una ronda de despedidas, que encuentre la magia de las palabras cuando estas broten en la pantalla del ordenador.

No puedo soportar esta indolencia que convirtió en un ejercicio mecánico que solo tiene la pared de los recuerdos como horizonte. Leo es la sombra de lo que ha sido, vino a morir a Madrid, se refugió en un anonimato elegido, se vistió con la coraza más hosca, más huraña, para ocultar sus sentimientos. Se instaló en un pasado que él mismo está olvidando.

El mundo de la cultura ya no lo tiene en cuenta ni él al mundo cultural. Ningún amigo viene por casa, no salimos a comer fuera o a pasear por el viejo Madrid que fue de su agrado. Es como un cadáver animado que busca el tema central de una novela que quizás no escriba nunca, de su última novela, que cumplirá ochenta años la misma fecha que él.

Tengo que espabilarlo, decirle que me he comprometido con él a que vivamos juntos el tiempo que nos quede, que nuestra relación tiene que ser una fiesta, que yo estoy más viva que nunca y quiero revivirlo, devolverlo a la sociedad pequeñita, a los corrillos y tertulias culturales de donde salió, que empiece a creerse uno de los grandes protagonistas de su generación, un narrador de referencia que no puede condenarse a que le olviden si es que no lo han hecho ya.

Tiene que nombrar al periodista su director de comunicación, será la mejor de las fórmulas para una reconciliación posible que convertiremos en probable, y yo mientras tanto aprenderé a quererlo como una mujer quiere a la persona que ama, y seguiré contestando los pocos correos

electrónicos que llegan a esta dirección, juntando las piezas del puzle de su biografía, atendiendo a que cada cosa esté en su sitio, haciendo planes conjuntos para ir trampeando y ganándole la partida a la muerte, que habrá que esquivar poniéndonos de perfil cuando veamos aparecer su sombra.

Soy otra mujer después del dictamen clínico. Vencimos al cáncer, como él dice. Soy otra mujer después de encontrar sus labios en los míos, y estoy determinada a no detenerme, a inventar cotidianamente planes B que nos libren de esta asfixia, que nos liberen de esta jaula de oro, de estas cuatro paredes en las que se encierra toda nuestra vida.

Estoy deseando que se abra esa puerta y aparezca, y me mire y se le iluminen esos ojos cenicientos que un día fueron grises. Quiero ser su mujer, su última mujer, su única mujer.

No, no me estoy equivocando, estoy plenamente decidida, tengo que evaluar de nuevo lo que significa enamorarse a los sesenta años, después de varias décadas ausente y ajena al amor por decisión propia. Estoy totalmente segura de la decisión que he tomado, de lo que estoy haciendo.

Se abrió la puerta y vino a sentarse al sofá donde yo estaba, se sentó a mi lado y no encontró la palabra precisa que buscaba para romper el hielo de una situación que era nueva para los dos. Me cogió la mano, la apretó hasta hacerme daño, comprobando que era humana, que estaba viva, y entonces, tuteándolo, lo que no había hecho hasta entonces, le dije que a partir de ahora nuestras vidas serán solo una, que existe otro mundo que empieza a manifestarse cuando cerramos la puerta de la calle y que nos estaba esperando, que me disponía a hacer planes conjuntos, que mañana mismo organizaba el viaje previsto, que ya el verano estaba restallando en todos los amaneceres y que hay que recoger los trajes que encargamos para las vacaciones. Y me sonrojé cuando admití que estaba en lo que para mí era la primera lección de liberar los sentimientos y que ya desenredé la madeja que no me dejaba encontrar el cabo que va tejiendo el amor, y que él era mi amor, mi verdadero amor, y que ya lo estaba, aun torpemente, queriendo, aprendiendo a amarlo.

No se inmutó, me dijo que no me dejara engañar por las emociones recientes, que era un hombre muy mayor y que ya estaba al final del camino, «Puedo —añadió—, ver dónde está amarrada la barca de Caronte. Me siento muy halagado, pero estoy más que seguro de que no podré hacerla feliz, devolverle un porcentaje mínimo de lo que usted vaya a entregarme.

»Soy viejo, una estrofa de un tango antiguo subrayada para ensalzar el deterioro, los adjetivos porteños fané y descangayado, un hombre que no puede permitirse el dolor que supone no estar a su altura; en mi abecedario no puedo deletrear la palabra amor, hace mucho tiempo que he renunciado a ella. Pero hagamos un trato, no me diga nada y mañana, después de dormir, si insiste en mantener una vida conmigo y yo con usted, retomaremos el tema de una forma serena y reflexiva».

Le contesté con un vale casi inaudible y, acercándome a él, lo besé de nuevo, con un beso que había pospuesto desde hacía mucho, un beso más furioso que apasionado que él ratificó con sus labios y, abrazados, sin decirnos nada, estuvimos juntos hasta que empezó a dibujarse la noche en los cristales de las ventanas del salón.

A la mañana siguiente era una mujer nueva, distinta, feliz. Subí pronto al piso y cuando abrí la puerta pude ver su sombra. Estaba buscando un libro, que encontró, en una estantería de la biblioteca. Sentí que me saludaba con un hola y que venía hacia mí. No tuvo que decirme nada, con un hola fue suficiente y, acercándose a donde yo estaba, fue ahora él quien me besó. Le metí prisa para que se vistiera, me quemaba la casa, teníamos que tomar la calle, pasear, no hice concesiones a un cansancio que en él era pura coquetería, y en media hora estábamos dejando atrás el piso que nos aprisionaba.

Decidí comprarme ropa nueva, de colores más vivos, vestidos que reflejaran el verano y desterraran los discretos, formales y oscuros que más parecían ser mi uniforme, y así comenzó esta locura, esta extraña aventura que estoy disfrutando como hace tiempo que no sucedía en mi vida. Estaba plena y conscientemente enamorada de lo que representaba estar junto a él, tenerlo para mí sola, encontrar en sus historias y en sus silencios nuevos matices que hasta entonces desconocía.

Decidimos no vivir en la misma casa hasta pasadas las vacaciones de verano y poco a poco tener necesidad de desearnos. No veía llegado el momento, contaba las horas para acostarme en su cama, para dormir toda la noche, todas las noches, a su lado, pero los plazos que marcamos eran un convenio de deseos compartido.

Pasó el jueves y Ricardo no dio señales de vida. Más parecía que al periodista se lo había tragado la tierra, no llamó a Leo, no escribió correos, no dejó que su huella se asomara a la pantalla del ordenador, y lo malo es que Leo lo estaba echando de menos. Lo que son las cosas, tenía que buscar un par de nuevos amigos, a poder ser jóvenes, que animaran las conversaciones de mi amado escritor, que lo arroparan, que trajeran novedades y maldades suficientes para volver a reinstalarlo en la alegre cofradía de los letraheridos.

Dentro de pocos días nos vamos a A Coruña, viajaremos en avión y estaremos allí unos días y luego iremos a Vilaponte.

UNA LOCURA

Está siendo una locura, una locura senil de un viejo que está jugando a enamorarse de Amanda, la más eficaz, la más fiel de mis colaboradoras. Me siento halagado en mi vanidad, pero incapaz de dar una respuesta a su afecto volcánico. Cuando nos besamos, me siento un viejo verde que se aprovecha de la lealtad afectiva de una mujer que hace algunos años se vino a pasar parte del día a mi casa con el pretexto de hacerme escribir una nueva novela.

Tiempo hace que apagué la llama tenue del amor. He tenido suficiente con Denise, que vive en el centro de mis recuerdos, que hasta ahora me ofrecía razones para vivir pensándola a todas horas, pero llegó Amanda y ha conseguido perturbarme, me obliga a dejar este plácido retiro pautado de mi casa, mis libros y mis ensoñaciones pasadas. Yo no puedo hacerla partícipe de mi memoria porque me ha costado mucho trabajo hacerla solo mía: me oculté, evité saraos y cenáculos, y, cuando lo había conseguido, vino a ayudarme, a imponer, a contarme que hay otra vida que empieza en donde termina lo que llama encierro, y que es solo un hogar, con sus rutinas, con Fina preparando la sopa de cada noche, viviendo sin esperar nada, instalado en un pasado que me resulta muy lejano.

Y nada tengo que decir, me dejo llevar, la miro y no me veo en ella. Me excita, si aún pudiera excitarme, contemplar sus piernas e intuir sus muslos, que todavía no quiero acariciar. Me resulta violento. Me siento como si estuviera ultrajando la memoria de mi amada Denise. Ni siquiera puedo pasear por mi casa sin vestirme formalmente, en bata y pijama como solía, y no sé qué voy a hacer cuando un día de estos, si aprieta el calor, pasee como otros veranos, desnudo por mi casa, que ahora ella ha decidido que sea nuestra casa. Y dice no darle importancia a mis manías, que las respeta, o eso entiende cuando está decidida a cambiar todas, a darles la vuelta.

Esta nueva forma de vida no me compensa, no, de ninguna manera. Afecta seriamente a mi equilibrio mental, estoy viviendo mi propia novela, siento que tengo que escribir esto tal como discurre, es un testimonio que no tenía previsto, un guion apresurado. Si alguien, mi editor, por ejemplo, me dijera que en la víspera de los ochenta años iba a acometer una novela de amor, cuarenta años después de la última que escribí, con este tono, pensaría que se había vuelto orate.

Además, no hay nada nuevo que contar en este tipo de novelas, a nadie se le ocurre contar una historia con dos protagonistas, hombre y mujer, que tienen ochenta años uno y sesenta años la otra, qué barbaridad, a quién puede interesar una novela de dos viejos, incapaz de describir una escena de sexo triste y olvidado, ni contar un mar de caricias de una pareja de enamorados a las puertas de la muerte que descubren el último secreto de sus cuerpos que tendrá que ser una página de novela negra.

Yo creo que es una estrategia, un truco de Amanda para hacerme creer que todavía puedo escribir una última novela. Intenté acercarme al horror, al terror de los atentados indiscriminados, a las nuevas formas de la guerra moderna, pero no pude hacerlo; el miedo que me produjo era una inquietud muy próxima a pensamientos obsesivos de los que me libré hace algún tiempo. Me apeteció, y me apetece, elaborar un texto largo sobre los tiempos en que vivimos una adolescencia

compartida, la vida en los pequeños pueblos, la grandiosidad de las cosas sin importancia, el legado permanente de la amistad, pero mi vida tiene inmensas lagunas, yo mismo me obligué a olvidar quién había sido hasta los veinte años.

EL MENÚ

Como siempre me ocupaba de todo, hacía y deshacía a mi antojo, ahora sin reprimirme ejercía de señora de la casa, incluso le puse tareas a Leo, para que cada tarde, antes de bajar a sentarnos en una de las terrazas del barrio y dejar vernos, recuperando la sociedad civil que habíamos convertido en invisible todo este largo tiempo, y después de beber un par de vinos, nos subíamos a casa coincidiendo con la llegada de Fina que, puntualmente, a las nueve en invierno y a las nueve y media en verano, venía a hacer la cena, la sopa nuestra de cada día.

Fina, la fiel y abnegada asistente de toda la vida, reprobaba nuestra relación, pese a que evitábamos, en lo posible, manifestarnos delante de ella como una pareja de enamorados.

Decía que le ponía tareas cada tarde. Lo mandaba sentarse frente al ordenador para que retomara la novela, que a este paso no llegábamos a la fecha acordada. Disciplinado, cumplía con lo mandado y dejaba tres o cuatro mil caracteres diarios escritos que yo leía con interés. Narraba temas en relación directa con su catálogo de obsesiones, y en el centro de todas estaba la procesión frustrada que no pudo salir un Jueves Santo porque llovía copiosamente. Pues bien, Leo, tomando como motivo la santa cena, organizó el menú que degustaron los doce apóstoles y Jesús y lo convirtió en una competición entre dos grandes chefs españoles de prestigio internacional. Sirvieron la última cena Juan Mari Arzak del restaurante vasco del mismo nombre y Pedro Subijana del Akelarre donostiarra, y se pasó dos folios describiendo las salsas, intentando que se pudieran oler los aromas que perfumaban cada uno de los platos, que eran muchos, pues el viejo escritor hizo que sirvieran dos menús degustación compuestos por múltiples viandas, a cada cual más imaginativa.

Las expresiones de asombro, las caras de sorpresa, los comentarios acerca de los platos que comentaban Pedro y Juan, Mateo y Judas y el resto de los comensales eran un precioso relato en sí mismo, aunque yo no veía cómo podía encajar en una novela que no tenía ni pies ni cabeza. Eso sí, Leo procuró cumplir con el día de ayuno y respetar la Cuaresma y no sirvió ningún plato que tuviera carne, aunque al menos tres asistentes al banquete eran muy partidarios del pichón de Brest, que fue sustituido por una excelente prueba de lamprea guisada en su propia sangre, pues era temporada de tan extraño pez pescado en el río Miño, que tiene vocación de mar. Se esmeró en la descripción de los caldos, de los vinos que acompañaron tan singular condumio y sirvió en la mesa vinos rubios del Rin y grises del Dniéper, tostados del Piamonte, rojos del color de la sangre de las vides antiguas de Sant-Émilion, borgoñas jóvenes, malvasías españoles y godellos gallegos, tintos macho sicilianos y vinos verdes portugueses para acabar con los vinos sentimentales del Don y del Volga y los melancólicos de Oporto.

Capítulo aparte mereció, en la preciosa pieza de la última cena de Jesús, la talla en orfebrería labrada con palabras del Santo Grial que Leo tenía en gran estima, y no solo literaria, desde que sintió en la iglesia jacobea de Pedrafita la cercanía de un milagro antiguo.

Estaba seguro de que aquel cáliz, la joya tosca del vaso, de la copa en donde bebió Jesús, concebido como un regalo exclusivo, único y milagroso, era el auténtico Santo Grial, envuelto en

un manto de fríos, en una capa de nieve peregrina que acercaba una tarde de reposo camino de Compostela.

Disfrutaba mucho recuperando la magia de la palabra, las pequeñas historias que conforman el tablero central de la novela. Y si él disfrutaba escribiendo, yo más leyendo sus páginas. Se vaciaba, le cansaba mucho, eso decía, y al levantarse de la mesa del ordenador volvía a su personal cansancio, que yo aprendí a distinguir como una pose fruto de su coquetería.

Fina nos comunicó ayer que a la vuelta de las vacaciones ya no volvería más, la sopa se la puede hacer usted que seguro la hará muy bien, me dijo mirándome a los ojos. Le pedimos que no nos dejara, que era, apostilló Leo, como una parte de su cuerpo, era la casa, no de la casa, y, acostumbrado como estaba a sentir sus silencios, le iba a ser muy difícil su ausencia; le pidió que lo pensara, que le diera una vuelta a su decisión.

Estas cosas, los imprevistos, desazonaban enormemente al maestro, le causaban una perturbación de la que le costaba mucho reponerse.

Yo no sabía qué podía hacer, cómo tranquilizar aquella casa que se estaba desarmando de sus rutinas, intentaba que algo o todo cambiara para que siguiera igual, sin sobresaltos que descomponían el ritmo vital del maestro e impedían que pudiera escribir una sola línea, y el tiempo de espera se agotaba con la novela sin escribir. Leo no sabía por dónde proseguir, desconocía la estructura formal de su narración incompleta, reiteraba que ninguna de las ideas que manejaba era adecuada y, en lugar de hacer crecer la historia, rompía folios virtuales, borraba páginas en el ordenador que yo daba por buenas.

Fina reconsideró su autodespedida, pero puso término a su estancia con nosotros anunciando que permanecía asistiendo al maestro hasta el 31 de diciembre. Era inaplazable, pues la querida asistente dejaba Madrid para pasar los próximos, últimos, años de su vida, afirmaba, en el pueblo que la vio nacer. Viviría con una hermana viuda.

Su decisión tranquilizó a Leo, que en el fondo ganaba tiempo, pues las Navidades aún estaban lejanas.

Yo estaba muy alterada, nerviosa. Por una parte, mi nueva vida junto a la persona que amaba era plenamente satisfactoria, pero, por otra, mis antiguas obligaciones se habían convertido en nuevas responsabilidades que no sabía cómo resolver. Los compromisos que me trajeron a esta casa no había podido ultimarlos: papeles fragmentarios que iba archivando en lo que quizás pudiera convertirse en algo parecido a una biografía eran un claro ejemplo de dispersión, y el principal cometido, que era escribir una novela que saldría al mercado el día que el maestro cumpliera ochenta años, era una parálisis permanente en la mente creativa del autor. Seguía yéndome cada noche a dormir a mi casa, pues Leo consideraba que no había llegado el momento de cohabitar, así lo decía, bajo el mismo techo y en el mismo lecho.

Y, más que dormir, estaba gran parte de la noche en vigilia, pensando en lo que debía hacer y en cómo debería hacerlo.

Siempre tuve la duda como norte, no he sido pusilánime, pero le doy más de cien vueltas por activa y por pasiva a las decisiones que tomo. Mi vida ha sido un constante ir y venir sin saber, sin tener muy claro, dónde debo permanecer.

Estoy en uno de esos momentos en los que me cuestiono todo a la vez que me felicito por la decisión tomada, y tengo que verbalizar el estado de ánimo sin poder bajarme de este carrusel, de este tiovivo que gira y gira sin detenerme.

Tengo que acostumbrarme a gobernar esta casa sin pedir perdón, a estar más tiempo a su lado y menos en mi pequeño cuarto, en mi gabinete de los sueños donde llevo muchos años esperando

por algo que no sabía que iba a llegar.

Todo este tiempo lo estuve esperando sin saberlo, y a punto estuve de abandonarlo para reanudar mi vida de traductora. No quise atarme a ningún hombre después de mi convivencia fallida con Eduardo, que me abandonó sin darme cuenta. Los hombres de mi vida me han hecho daño, mis novios, mi pareja, mi, llamémosle así para diferenciarlo, mi amante. Y estoy segura de que si hubiera dado este paso veinte años atrás, mi vida con Leo sería inaguantable. Pero he llegado a él, ha llegado a mí, cuando opta por el sosiego, cuando abandonó su mal carácter y moderó su egoísmo.

Está escribiendo su adiós a la vida, el último libro, su libro de los adioses, y lo hace en esta destartalada jaula de oro, tan destartalada como él mismo. Tengo que insuflarle las ganas de vivir, recuperar despacio los pequeños goces, ayudarle a descubrir todos los secretos de mi cuerpo, que sienta mi piel desnuda acariciando su pecho; tengo que hacerle una ruta de placeres cotidianos, reeducarlo en el gusto por las cosas que nos suelen agradar a las personas normales, enseñarle a quererme. En eso no voy a bajar la guardia. Lo voy a amar como solo una mujer enamorada ama a un hombre, y no quiero dilatar el aprendizaje, su aprendizaje.

Cuando se acueste, me voy a mi casa. No es mi intención, pero él prefiere que las cosas discurren así.

QUERIDO MAESTRO

He dejado pasar algunas semanas, acaso demasiadas, para hacerle llegar esta carta que comencé a escribir nada más salir de su casa, tras aquella desafortunada conversación, fruto de mi interés por atar los cabos sueltos de su maravillosa historia con su amada francesa. Durante estos últimos años, su estancia parisina, el silencio en torno a lo que yo entendí por una desaparición, los dos años en blanco, el secreto que entreví inconfesable de una vida pública que usted escamoteaba eran para mí mucho más que un motivo de curiosidad. Yo llegué a su casa para completar datos para un reportaje de verano de mi periódico, pero, al conocerlo, al embriagarme de la atmósfera de este singular hogar, esta iglesia civil que usted preside como un santo laico, su manera de contar, de contarme historias nimias hablando solamente para escucharse, me envolvió por entero e hice de los jueves mi personal y mágico refugio.

Encontré en usted a una suerte de padre del que no pude disfrutar a la edad que tiene ahora, y fantaseé con hacerme tan imprescindible como lo son los hijos para los padres mayores. Estaba cómodo y feliz, el tiempo que estuve en Norteamérica añoré mucho este particular hogar del que me sentía miembro.

Respeté profundamente su urgencia por escribir esa última novela que le han encargado, y supe que quizás nunca podrá completarla porque ya no es aquel autor que escribió su última obra hace varias décadas. El mundo de ahora ya no es su mundo, gira en otra órbita y no entiende los comportamientos que rodean las historias contadas.

No digo, entiéndame, que no sea capaz de hacerlo. No. Señalo que iniciar una historia con una pasajera del metro de Madrid que lee un libro suyo y lleva muerta desde el terrible atentado de los trenes de Atocha es un tema demasiado ajeno a su narrativa; cuando más daría, que ya lo ha dado, para un relato en el suplemento de mi diario. Fue bien recibido e incluso abrió una expectativa imposible, conociéndolo como lo conozco.

Caso distinto es el planteamiento que me contó en varias ocasiones de escribir una novela con su pueblo como referente y la adolescencia que ha vivido a partir de un suceso menor que, creo recordar, aconteció en una Semana Santa lluviosa que impidió salir una procesión.

Pero usted borró conscientemente su pasado, reconstruyó su vida dejando a un lado a los amigos de su juventud y olvidándose incluso de la mar de su pueblo. Sería un fatigoso trabajo que ya no está dispuesto a afrontar.

Seguramente, algunos de los temas que apuntó en las varias entrevistas que he recuperado de cuando volvió definitivamente a España podrían ser objeto novelable, pero ya ha pasado mucho tiempo y de aquellas narraciones no se volvió a hablar porque no eran más que un enunciado en una línea, y ya han pasado casi veinte años que han sido estériles para su creación personal. Aventuro que no habrá nueva novela y que tirar de oficio no va a ser suficiente, y no me diga que queda siempre la vía experimental, que si algo le aburre, que bien lo sé, es construir una obra a caballo entre Cortázar y Joyce.

Permítame que le hable de este modo. Lo he pensado mucho, he dejado que pasaran varias

semanas para decidirme a escribirle, sin saber si tiene algún sentido convertir lo que debía ser una carta, un correo electrónico exculpatorio, en una sarta de opiniones personales sobre su literatura, que fue el primer vínculo que he tenido con usted.

En muchas ocasiones pensé que era un impostor, alguien que recompuso su manera de vivir, que optó por la bohemia queriendo ser Sawa fuera de su tiempo y se convirtió en una especie de Juan Sin Tierra de las letras, y sin ser un gran escritor figura en ese canon de autores correctos que se ubican en un tiempo y en un país, aunque el suyo es Francia y a las letras hispánicas llegó de rebote.

No vea en estas líneas ninguna sombra de reproches, tengo que confesarle que le tengo un gran afecto; mejor dicho, que le tengo cariño.

No volveremos a vernos, no asistiré más veces a conversar a su casa, y más bien a mi pesar, pero es una decisión muy meditada, tanto que me duele estar redactando estas líneas ahora.

A nadie contaré, y menos por escrito, su maravillosa historia de amor, a la que sometí a sospecha de fabulador. Y, si alguna vez escribo un libro sobre usted, lo cubriré con esa niebla de misterio de la que siempre ha hecho gala. No voy a investigar sus años adolescentes y juveniles, ni a encontrar certezas donde solo hay páginas enteras en blanco de una biografía inexistente.

Y créame que no tiene nada de extraño inventarse una vida a la medida, ni ejercer hasta la muerte de fabulador sin que nadie lo vea como un fabricante de imposturas.

Nadie hablará de nosotros cuando estemos muertos, pero quedarán sus libros arrumbados, lánguidamente, en las estanterías de algunos hogares europeos, y acaso alguien los lea por vez primera y disfrute con su lectura.

Yo siempre me jactaré de haber sido su amigo, su postrer amigo, y no sabe lo agradecido que me siento por haberme abierto las puertas de su casa y entreabierto, a la vez, las de su corazón.

Tuve la oportunidad de conocer a Amanda y de pensar, quizás por una vida en soledad, que me estaba enamorando de ella. Supe la tarde en que la acompañé, al dejar su casa, que la historia que estaba empezando a enhebrar era una historia de tres, usted, ella y yo, y desde mi obcecación pretendía tener la exclusiva.

Amanda ya había elegido, y era a usted. Y seguramente eligió bien y, en un futuro que deseo se dilate en su llegada, se convertirá en la viuda de Alberti, de José Luis Sampedro y de Paco Ayala, de José Saramago, en todas a la vez. Tiene esa discreción doméstica de la perfecta viuda.

Intuyo que le hará más llevadera la vida que le quede. Sabe, y no le importan, de todas sus manías. Dormirá en su cama, pero no con usted. Sabrá satisfacer sus pequeñas fantasías de viejo cuando se abracen en el lecho. Lo querrá, pero no lo amará.

Sin embargo, usted no le negará ningún capricho, dejará que lo exhiba como quien enseña una vieja fotografía a la que se le restauró el color, y aquel viejo gruñón que solo esperaba la muerte en bata de casa, que vivía anclado en sus recuerdos, volviendo una y otra vez a las viejas glorias de un pasado feliz, se convertirá en el más dócil de los humanos, dejando que Amanda sea su guía, su ama y señora, y dicte sus días y sus noches, los años que le restan de estar en este mundo.

Y como es ambiciosa y taimada, pese a su apariencia entre monjil y arpía, si es que estos dos conceptos no son sinónimos, maniobrá para que de nuevo sea acogido como el gran autor que ha sido y que regresa del muro de silencio elegido y de una desaparición de conveniencia. Eso le vendrá bien para calentar editorialmente la aparición de esa novela aún por escribir, ella sabe cómo activar la crítica, los medios y el mundo literario, y quién dice que no estará en disposición de que compita en la carrera del Premio Cervantes y se alce con el galardón. Todo se andará.

Su ambición tiene un solo nombre: Leonardo del Río. Y yo, pobre de mí, me había hecho

ilusiones con ella. Me gustaban su discreción y sus silencios, la miraba sin que me viera, pero le hacía saber que la estaba mirando. Los jueves en su casa, cuando estaba Amanda, eran para mí lo más parecido a un paraíso sereno, a un paisaje de un pintor prerrafaelita, una de las antesalas del concepto burgués de felicidad.

La hice cómplice de mis noches, de la soledad de mi hogar vacío. Nunca me atreví a decirle lo mucho que me gustaba, ni a pedirle que me ayudara a conjugar el verbo amar aprendiendo en su boca a decir te quiero. Y yo, que nunca me había enamorado, viví en un espejismo una historia inexistente.

Quizás sea yo su viudo. Sin tenerla nunca a mi lado, experimento, querido maestro, un síndrome de viudedad que alterno con el duelo que ha supuesto para mí la ruptura con usted.

Yo no he sabido cómo comportarme. Pasé muchos años obnubilado por mi pequeña vanidad de firmar una columna en mi periódico y ser un crítico de referencia en el mísero y cainita panorama literario español, pero ahora, en una suerte de jubilación que no he deseado, inicio el camino de la cuesta abajo, cuando la vida comienza a hacerse cuesta arriba.

No sé si habría podido hacerla feliz, si sería feliz viviendo conmigo hasta que la muerte nos separara, no estoy seguro de que los dos a un tiempo fuéramos felices, no sé si mi egoísmo me aconsejó que lo intentara, cosa que no hice, pero ha formado parte de mis preocupaciones más íntimas al menos durante estos dos últimos años.

No se imagina usted el espacio, y lo digo como si se pudiera medir, que ocupó en el centro de mis pensamientos más amables, ni las ilusiones que crecieron en mí desde el momento en el que hizo más frecuentes sus visitas de los jueves, que me hicieron pensar que ya había roto definitivamente con su amante de guardarropía.

Estoy dolido y no le culpo a usted de ser la causa de mi dolor. Estoy dolido por no haber sabido contarle un proyecto común a Amanda. Tengo una sensación de estar desarmándome, de no querer dar importancia a lo que hasta ahora fue mi vida. Estoy triste, tal vez sea mi estado natural; empiezo a ser un viejo triste, en vísperas de convertirme en un personaje patético.

Le cuento todo esto porque ya no tengo a quién contárselo, se lo cuento a usted por el respeto que tengo a quien me abrió su casa de par en par. Se lo cuento entre reproches a su obra y a su estilo de vida, críptico y misterioso, pero, al fin y al cabo, suyo. Le hablo de Amanda, que se quedó en su vida para siempre.

Pude evitar esta confesión, este pequeño ejercicio psicoanalítico, pero le debía una explicación, e incluso pensé que mi reacción fue debida a una competición por Amanda entre los dos, sin que usted tuviera nada que ver. Fue un acto de hombría antiguo, un pulso entre dos brazos cuando solo había una mano sobre la mesa.

Es mi último documento, entiéndalo como yo lo he escrito: desde el afecto y desde la ira sosegada que soy, no sé si soy, capaz de transmitirle. Pese a los intentos por mostrarme airado, debo confesar que estos folios están concebidos desde el afecto, y por partida doble, para Amanda y para usted.

Siempre será una persona decisiva en mi vida y voy a sentirme honrado de haberle conocido y mucho más de haber gozado de su amistad. Le pido que sepa entenderme y disculpe el énfasis, el ardor que subyace en esta carta, que es uno de esos adioses que da título a su inexistente texto. Ojalá lo concluya.

Y reciba un largo abrazo filial.

AL NORTE

Pronto nos iremos. El calor ya aprieta y no tiene memoria. El calor de Madrid es seco, es un miembro veraniego de la Institución Libre de Enseñanza, que elegía cada agosto la sierra del Guadarrama para pasear las tardes del estío, excursiones de señoritos para andar y desandar el parque nacional y exigir protección para las cabras montesas. Hay incluso un tren de cremallera que trepa por el paisaje. El calor es insoportable por la noche, parece que la ciudad respira, que el asfalto jadea con un cálido aliento que abre los poros. Tengo que ir al norte, a reencontrarme con aquel pueblo y bucear las voces que queden, si es que alguno de aquellos muchachos está todavía vivo, las voces de mi generación para descubrir sonidos familiares de una conversación que mantuvimos un lejano, lejanísimo Jueves Santo.

Se me hace extraño ir con Amanda. Por cierto, ayer me regaló un cedé de una cantante muy famosa y popular que hace una buena versión del tema *Cheek to Cheek*, es de una tal Lady Gaga.

En el buzón de mi ordenador recibí una carta que pretende ser exculpatoria, pero que está llena de bilis y mala baba, de Ricardo, el periodista que frecuentaba la casa cada jueves. No sé si darla por recibida, aparentemente pretende dar una línea de cal y otra de arena, pero está llena de improperios contra Amanda y contra mí. Me disgustó mucho leerla, no lo he comentado todavía con ella, pues me la envió a mi dirección electrónica personal evitando el correo general que revisa Amanda cada día. Me acusa de casi todo: de ser un impostor, de vivir vidas ajenas y hasta de haberle robado a Amanda, que era, así lo dice, su gran amor. Para Ricardo ella es una mala pécora, la más ambiciosa de las mujeres, con vocación de viuda urgente de un escritor futuro, eso dice él, Premio Cervantes. Su misiva no tiene desperdicio. La escribió desde un supuesto malestar causado, y ahí es donde no puedo ni quiero entenderlo, por mi actitud y los posibles desplantes de Amanda, de la que dice que me ha elegido a mí. No quiere saber que yo estuve, y aún podría decir que estoy, al margen de ese extraño lío romántico del efecto margarita deshojada, del «me quiere, no me quiere»; que lo plantea como una cuestión halagadora y no da opción para dejar de insultarme con un deslucido guante de seda.

No debí abrirle la puerta de casa y menos contarle la confidencia de mi historia pasional con mi amada Denise, que incluso llega a cuestionar.

No voy a enseñarle el correo a Amanda, no lo doy por recibido, y lo tendré, como hice con frecuencia en los viejos tiempos, acogiendo la relación que mantuve con Ricardo, en el ángulo más oscuro de los olvidos.

No voy a disgustarme. Ricardo amplió mi pequeño mundo, mi círculo sellado con un hermetismo tal que no dejé que nadie lo traspasara. Sin duda me he equivocado, y ahora ya he aprendido la lección y no tropezaré más veces con la misma piedra.

Amanda quiere modificar, más bien cambiar, mis hábitos de vida, mis costumbres, mis rutinas, y creo que no es bueno. Salir de casa para tomar una cerveza en el Círculo, dejarme ver los jueves en las sesiones de la Academia, pasear de su mano y que nos acompañen los viejos y no tan viejos colegas de profesión, acudir a los saraos que organizan los editores y las gentes del gremio,

romper mi vida tal como la he concebido prácticamente desde que volví a España. No creo que resulte una buena idea.

Tengo que acostumbrarme a verla como a una mujer, a educar mis sentimientos hasta el límite del aprendizaje del deseo, que no pasa del pensamiento erótico mantenido; aprender a quererla, quizás a amarla, y eso tiene que ser todo. Me voy a negar a la mayoría de sus pretensiones, pues son vanas y no puedo darle la vuelta a mi comportamiento.

Esta casa, mi casa, es mi fortín y mi castillo, mi hogar y mi fortaleza, mi territorio desde donde veo pasar la vida que empieza al abrir uno de los balcones y escuchar los ruidos amables de un vecino que cruza a la otra acera; al ver como cada mañana, invariablemente, una señora se acerca al portal de enfrente con una bolsa de la que sobresalen los picos de dos barras de pan; al escuchar cómo golpea la lluvia en los cristales los días de otoño cuando nos visita el aguacero; al comprobar que la calle está viva cuando oigo los cláxones de los automóviles. Qué más puedo pedir, tengo una vida elegida, vivo entre visillos, los días se parecen enormemente los unos a los otros y estoy contento cuando oigo girar la llave de la puerta sabiendo que es Amanda quien viene a mi casa.

Mi viejo sillón, la más confortable de las camas, que preside mi alcoba; la compañía animada de estos miles de libros que me condujeron hasta aquí y que hicieron de mí lo que yo soy. Mi hogar es mi zona de confort, como se dice ahora, y no necesito nada más. Si acaso, las caricias de Amanda, sus abrazos, porque todavía tengo una especie de pudor al besarla, no la he visto desnuda ni dejé que me viera sin ropa; tengo vergüenza de que compruebe la ruina de mi cuerpo decadente, las pieles que cubren mis miserias, la flacidez perpetua de mi sexo, la obscenidad de mirar un cuerpo a punto de ser embalsamado. En el momento en que eso ocurra, apagaré la luz, nos adentraremos en el mundo amable de las sábanas de cama y sentiré su piel tersa pegada, cosida a la mía, y en ese instante iniciaré la ceremonia de los juegos prohibidos que nutren, que nutrieron, mis fantasías.

Cómo puedo convencer a Amanda de que todo esto es un sinsentido, una mezcla de afectos e ilusiones de alumna a profesor, de discípula a maestro, que no lleva a parte alguna. Me quedé en el cuerpo yerto de Denise y me impuse que no habría ninguna otra mujer en mi vida. La amé tanto que solo pensar en otra mujer me impedía completar la tesis que vertebraba mi pensamiento. Veré, en los gestos de Amanda, la parodia senil de las caricias de Denise; no podré hacer el amor porque mi sexo anciano y de anciano vetó la capacidad del amor carnal; podré solo lamer su sexo como un perro ciego que busca placeres que no le han sido dados. Haré lo que me pida, aunque lo que demande suponga para mí un esfuerzo titánico que viola las normas básicas de mi comportamiento, que no es otro que sumirme en el olvido, fortificar mi hogar donde vivo de acuerdo con mis recuerdos. Yo me he ido de este mundo, aunque continúe respirando. Mi adiós a la vida ya lo he proclamado a los cuatro vientos, y me despedí de esta vida junto a la que Amanda pretende restaurar para iniciar mi resurrección.

Nada temo y nada deseo. Seguir gobernando la memoria y que nunca llegue a vivir en la amnesia perpetua es mi única ambición, lo demás es ejercitar el libro de los adioses que quizás no pase de un anhelo incumplido. Ahora llegará Amanda con su interminable relación de deberes inmediatos. Yo me conformo con un beso de bienvenida, con cogerla de la mano mientras vemos una película en el televisor, con un largo abrazo de despedida al marcharse. Después, cuando me acueste y mi pensamiento del final del día sea, como siempre, para Denise, me arrepentiré de ser actor, protagonista, de esta locura que llegó a esta casa como llegan a la orilla de la playa los vientos huracanados en las noches de galerna. Pero, cuando despierto de madrugada, espero

impaciente escuchar el ruido que hace la llave al girar la cerradura que abre la puerta de casa, y entra Amanda, y ya no me arrepentiré de iniciar este camino, desde la encrucijada definitiva.

VILAPONTE

La noche anterior al inicio de las vacaciones, decidí que había llegado el momento de quedarme a dormir en la casa de Leo. Los días previos al de la salida de Madrid fueron frenéticos, recogimos del sastre los dos trajes, más bien un traje de cuadros príncipe de Gales, una americana azul de verano y un pantalón gris. Cuando se los probó en casa se sentía, eso dijo, como un reptil que cambia la piel: muda su camisa, en el lenguaje zoológico. Estaba guapo, se encontraba muy rejuvenecido e incluso estaba contento.

Apostilló que ese iba a ser su nuevo uniforme de verano, su traje de trabajo. Compró media docena de camisas y era, lo repitió varias veces, un hombre nuevo. Hacer las maletas, sus maletas, resultó una tarea titánica. Quería llevar su armario entero y algo así como la mitad de su biblioteca. Sostenía que era un viaje a la inversa, manteniendo que, en su infancia, los emigrantes retornados que pasaban los tres meses del verano en mi ciudad venían con los baúles repletos de ropa, de objetos inverosímiles que viajaban de América a Galicia, y él quería hacer lo mismo. No perdí un solo minuto en convencerlo, argumentando que todo su equipaje tenía que guardarse en una sola maleta y que con un par de libros sería suficiente, pues en Vilaponte, en Santiago, en A Coruña, las librerías existentes lo surtirían de libros si precisase leer. Me hizo caso. Yo trasladé mi exiguo equipaje a su casa y le dije a bocajarro que esta noche dormiría en su cama.

No me respondió, pero supe al instante que estaba muy nervioso con mi decisión, que para él era, a todas luces, imprevista. También para mí. Fue un arranque irreflexivo, lo decidí cuando puse mi maleta al lado de la suya, y resultaba una metáfora de un compromiso nuevo, el comienzo de dos vidas que a partir de entonces serían una.

Llegó la hora, ansiada por mí y temida por él, de acostarnos juntos. Dilató todo lo que pudo la cena despidiéndose de Fina con muy buen humor, lo que sorprendió a la fiel asistenta. Le pidió que se sentara con nosotros y le fue contando despacio la planificación del viaje, dudando que permaneciera más de quince días en su pueblo y añadiendo que había en Galicia muchos lugares que conocer, y con su particular retranca puso énfasis en la frase final que añadió diciendo que había en Galicia muchos lugares que visitar, para despedirse de ellos, y hasta recitó un poema triste de Rosalía de Castro. Después quiso que viéramos un poco la televisión y nos sentamos en el sofá y me fui acurrucando, posando mi cabeza en su hombro, mientras mis dedos jugueteaban en su pecho tras desabrocharle parte de la camisa. Exploraron mis manos su cara y su piel y realizaron, con más miedo por su parte que impericia mía, una aproximación a la parte baja de su vientre.

Como en el cuento de *Cenicienta*, a las doce en punto nos fuimos a la cama después de activar torpemente nuestro deseo compartido. Me pidió que me desnudara con la luz apagada, y me negué, argumentando que mi cuerpo era bello y era solo para sus ojos, a la vez que le sugerí que él hiciera lo mismo, pues iba a parecerme un cuerpo que ya estaba haciendo mío. Y extrañamente disciplinado accedió a que la luz siguiese encendida.

Al verme desnuda, enrojeció de repente y corrió a abrazarme. Yo de su cuerpo solo vi sus ojos

grises que recobraban una mirada pícaro que no había visto antes, y nos abrazamos de pie junto a la cama. Así estuvimos un rato que me pareció infinito, y no, yo no quería que acabase nunca. Me besó, nos besamos como si estuviéramos estrenando el más puro de los deseos. Me besó en la boca, en la frente, mordió suavemente mis labios, con la punta de su lengua lamió mis orejas para después besarme en el pecho y jugar con su boca en mis pezones mientras deslizaba su mano hasta acariciar mi pubis, lo que electrizó todos mis poros y supe que para siempre me iba a convertir en su mujer.

Me empujó sobre la cama y se puso de rodillas para lamerme el sexo, para hacer estación de placer en mi vagina.

Lo hizo muy bien, su boca sin duda tenía datos precisos de otros cuerpos, supo encontrar el ritmo, la secuencia oportuna para hacerme feliz. Nos arropamos, apagamos la luz y nos abrazamos hasta que los rayos del primer sol traspasaran la ventana de la alcoba. Estaba tan excitada como una novia antigua en su noche de bodas. Tardé en dormirme, Leo cerró los ojos y en minutos estaba dormido. Yo velé su sueño.

El taxi nos llevó a Barajas, el avión no salía hasta las cuatro. A la una ya estábamos en el aeropuerto. Tenía una sensación extraña, Leo permaneció todo el tiempo callado, era un viaje a un pasado lejano, acaso un reencuentro o una despedida largo tiempo pospuesta, viajábamos hacia el origen que él quería compartir conmigo. Yo era más ajena que indiferente, no tenía ningún interés en hacer de su pueblo una referencia sentimental para el resto de mi vida, y no estaba segura de su interés sobrevenido. Me hablaba de su pueblo con un suave acento nostálgico de amor-odio. Era una lectura literaria de un pueblo que solo existía en su imaginario. Estamos iniciando el viaje. En el avión le cogí la mano y la azafata vino a preguntarnos si el señor tenía miedo a volar, la miré y sonreí. Ella me devolvió la sonrisa. Estábamos aterrizando, sobrevolamos un paisaje de rías y pequeños pueblos que contemplamos desde el avión a baja altura hasta aproximarnos a A Coruña para aterrizar suavemente, la visión era una bella postal en movimiento. Galicia nos recibía con su cara más amable y, en efecto, la belleza de la visión era realmente insultante. Leo estaba reflexivamente contento cuando desembarcamos en la capital de una tierra de promisión que lo estaba aguardando como quien espera a un hijo pródigo, aunque yo dudaba que este viaje tuviera una lectura bíblica que se pudiera aplicar a la cita veraniega con su pueblo y con su país de nación.

Mientras esperaba en la cinta de salida de los equipajes, volví a preguntarme qué razón tenía para estar allí, en Galicia, donde nada se me había perdido. La respuesta engañosa que me di es que era una ruta mágica guiada por el inmenso amor que le profesaba a Leo y eso justificaba todo. Estaba enamorada como una quinceañera, y enmarcar al hombre que amo en su paisaje iniciático era para mí un dulce compromiso. Estaba segura de que todo saldría bien.

Desde la habitación del hotel se veía el mar. Eran las seis de la tarde y el agua, de un azul poderoso, estaba en calma, desde allí se podía ver el inicio del mundo, el primer día de la creación. Urgí a Leo para que no se entretuviera mucho, ya que nos esperaba el bullicio callejero de una ciudad en pleno agosto. La habitación tenía una sola cama, una cama para dos, y desde entonces ya nunca dejé de dormir junto a la persona que amo.

Y como si se le hubiese disparado la adrenalina al poner un pie en los jardines que bordean la alameda, fue otro hombre, una persona transformada en un ayer que regresó a su lado y, al llegar al obelisco de los Cantones, la aguja que cose las dos mitades de la ciudad, se emocionó como yo supuse que lo haría un emigrante retornado de América que se encuentra de golpe con su identidad. Y en voz alta recordó para mí a sus padres, que eligieron esta ciudad como residencia

definitiva. Y volvió a contarme el paseo cotidiano de ida y vuelta desde ese punto y hasta la plaza del ayuntamiento, lloviese o hiciera mucho calor, que efectuaban sus padres cada mediodía. Me cogió del brazo e iniciamos idéntico recorrido. Se sentía feliz, yo era feliz caminando a su lado por las calles de una ciudad que me estaba acogiendo y que me recibía agradecida de que estuviera iniciando una visita que iba a resultar inolvidable.

Cada escaparate le devolvía un recuerdo que comentaba, la pastelería que se especializó en ofrecer palmeras de chocolate y cruasanes de mantequilla, la joyería donde su padre le compró un reloj, el bar que preparaba los mejores mejillones de occidente, todos eran eslabones de la cadena de recuerdos que poblaban su memoria. Y para no hacer del paseo un camino cansado, a cada pocos pasos, y para asombro de muchos de los viandantes, nos deteníamos, nos parábamos a besarnos.

Permanecimos tres días en A Coruña, que estaba en fiestas populares, bulliciosas, alegres y ruidosas. Realizamos todos los ritos que traía archivados, cuando detectaron que era el laureado autor, dos emisoras de radio lo hicieron suyo, como suyo lo hizo el más importante de los diarios gallegos que lo entrevistó a doble página. La ciudad me deslumbró, solo por acogerme estaba justificado el periplo viajero.

Se dejaba querer, estaba cómodo como nunca lo había visto, incluso respondió al periodista que la víspera de los ochenta años es todavía una buena edad para el amor, para enamorarse por última vez. Cogí el mensaje. Y, por fin, y en taxi, emprendimos el camino a nuestro particular alfa y omega, al Finisterre de todas las veredas donde estaba grabado a fuego su origen y quién sabe si su destino. Atravesamos una sierra con un idílico paisaje de montaña y adivinamos el mar en lontananza donde se ubicaba su ansiado destino.

Entramos siguiendo la torpe fila de una caravana de verano que sumaba un centenar de coches, era como la entrada de Jesús en Jerusalén, un *hosanna* continuo desde el momento en el que nos aproximamos a la entrada del pueblo y me iba relatando la propiedad de los dos o tres chalés de indiano que parecían que nos esperaban para darnos la bienvenida. Leo era un torrente de palabras, quería contarme su pueblo y pretendía que aprendiera los lugares, las aldeas que acercaban y custodiaban el núcleo principal de su pueblo de regreso. «Mira, fijate en aquel edificio de piedra de la derecha, ahí vivía uno de mis amigos, que ahora no puedo recordar ni su nombre ni su rostro, pero tengo ante mí su casa y puedo ver las escaleras labradas, la caoba de la sala grande, la habrán cambiado, pero permanece nítida en mí», decía, y repetía parecidos comentarios que aludían a las calles, a las casas y a los comercios. Se habían volcado en el ángulo más oscuro de sus recuerdos. Estaba reviviendo una vida pueblerina, su primera residencia en la tierra.

En el hotel nos estaba esperando su director, nos acomodó en dos habitaciones contiguas. La de Leo era la *suite* que con gran y alegre sorpresa vio que llevaba su nombre: *suite* Leonardo del Río. Yo quería anular la mía y compartir la suya, lo que no consintió aduciendo que dormiríamos juntos, pero que estaba bien ocupar dos cuartos. No opuse resistencia. El hotel estaba recién inaugurado, era de esos establecimientos impersonales que se repiten y multiplican por todas las ciudades turísticas, y Vilaponte era, sin lugar a dudas, un pueblo privilegiado para los forasteros, que hacían de él parada y fonda.

Las habitaciones tenían una pequeña terraza justo encima de la bahía desde donde al anochecer se asomaba la luna y el cielo se salpicaba de centenares de estrellas. Estaba aturdida cuando terminamos de cenar, que, más que una colación que pretendíamos fuese frugal, se convirtió en un incesante besamanos de los comensales que querían saludar al maestro, una vez que se enteraron

de quién era, y muchos, utilizando su móvil, me preguntaban si podían hacerse una fotografía con él. El viejo zorro, mi viejo y nuevo amor, estaba complacido con la fama efímera de un día de verano y se sentía, sin haber hecho nada para ello, un auténtico profeta en su pueblo.

Estaba realmente cansada y deseosa de llegar pronto al hotel, tras un paseo nocturno que se fue demorando más de lo previsto. Subimos a su alcoba, pedí a recepción que me subieran dos whiskies y me senté, nos sentamos, en la terraza para ver pasar el carro, la Osa Menor y la Mayor, y comprobar cómo las estrellas fugaces de la primera mitad de agosto se arrojaban suicidas hasta ahogarse en la mar. Pudieron pasar dos horas contemplando el orden del universo desde la pequeña terraza de un hotel de provincias hasta que llegó el sueño y pasamos juntos la primera noche, no sin antes decirme que era la primera vez en casi ochenta años que dormía con otra persona en Vilaponte.

No estaba arrepentida de haber venido y tenía la sensación, que se fue agrandando durante el tiempo que permanecí de vacaciones, de que ya había estado allí. Quizás en otra vida. Mañana será otro día.

Hoy ya es mañana. Decidimos no madrugar, desayunamos en la cafetería del hotel y a las doce nos esperaba la alcaldesa en el ayuntamiento, que, además de recibirnos muy afectuosamente, nos comunicó informalmente que en el próximo pleno municipal sería nombrado hijo predilecto. Tras departir media hora larga y quedar ya de manera oficial en una recepción que se celebrará la semana siguiente, dejamos el consistorio, y la transformación de Leo fue total al recibir la caricia de la brisa de agosto en su cara, y no pudo evitar la satisfacción que le producía ese reconocimiento en un pueblo que, a su juicio, se había olvidado de que existía.

Estaba contento y agradecido. La plaza, con sus tres terrazas completamente llenas, tenía ese aire mitad zoco, mitad chiringuito, de los mediodías del verano. En una de las esquinas se erguía una estatua de bronce de un prócer local, que Leo me describió como quien lee una página de la Wikipedia, y se ofendió mucho cuando en un tono jocoso que no entendió le manifesté que todavía quedaban libres las tres esquinas restantes y que una le estaba aguardando. Su cabreo se fue como llegó y aprovechó para contarme que las cuatro esquinas era un juego infantil que mucho le complació en su oficio de niño y en esta misma plaza.

El almuerzo lo celebramos en una casa de comidas que, al parecer, era muy afamada. Estaba junto al puente que nos acerca al paseo marítimo y su precio no era excesivo. Comimos francamente bien y, al terminar, hice venir al dueño, al que le pregunté si los días que permaneciéramos en el pueblo, y ante la creciente demanda, podía reservarnos una mesa a las dos y media para realizar los almuerzos. Sintiéndose muy halagado al saber por otro comensal que le dio noticia de con quién hablaba, nos aseguró la mesa mientras Vilaponte fuera nuestro hogar temporal.

Impedí que Leo reivindicara la siesta y paseamos al lado del mar por el camino de la playa. La tarde era amable, con más humedad que calor, y una luz singular que Leo reconoció como la luz líquida del poniente, tan del agrado en su juventud, cuando, eso dijo, la apresaba con sus manos. No encontramos a nadie que nos parara en la caminata a la orilla de la mar y, tras andar como nunca habíamos andado, nos sentamos en una terraza, a gozar de la tarde.

Regresamos y Leo se empeñó en que visitáramos los claustros del convento para enseñarme el emplazamiento donde tuvo lugar la conversación, la discusión que le obsesionaba desde hacía más de sesenta años. No había vuelto y esta era la mejor ocasión para mostrármelo. En los pueblos todo está cerca y yo tenía la medida y los tiempos en el patrón de Madrid, que es un baremo por el cual tardas una hora en ir y otra en volver; en Madrid todo está lejos. No nos llevó nada desandar

el paseo, y casi sin darme mucha cuenta estábamos ante la imponente iglesia con un espigado ábside gótico y, adosado a ella, un bien conservado claustro monacal con un recoleto jardín interior. Al entrar se situó de espaldas señalando el lugar exacto de la disputa y entonces, al mirar a su derecha, su cara palideció. Tenía a su lado un espacioso cuarto con una inmensa cristalera y tras la vidriera se hallaba expuesta la última cena de los apóstoles que él imaginó tantas veces en el centro de los recuerdos.

«No puede ser, Amanda, no puede ser». Y con la cara de un blanco preocupante, se sentó en un poyete y no dejó de contemplar en silencio el grupo procesional de una belleza tan ingenua que parecía que los doce apóstoles, con sus trajes de terciopelo de colores, lo reconocieran y aguardaran su llegada.

Cuando se incorporó estaba muy excitado, no podía hablar, le costaba expresarse y su palidez se convirtió en un rostro enrojecido, y el torrente logorreico se manifestó al dejar el recinto monacal: «Ese paso procesional, querida Amanda, era y es mi único vínculo con este pueblo que, si ahora se ha vuelto zalamero conmigo, llevaba cincuenta años ignorándome, tanto como yo lo ignoraba a él. La cena es mi pasado sentimental, el santo y seña que dio sentido a sentirme de un lugar.

»Nunca he podido ver el anda que transporta a Jesús con sus doce compañeros, porque fuera de las jornadas sagradas de Semana Santa lo desmontaban y guardaban las imágenes de una en una. Son, como ya te conté, una cabeza y unas manos labradas, el cuerpo y los ropajes se sostienen con tablas. Ellos son mi familia y han venido a recibirme, no sé cuánto tiempo llevan expuestos en este pequeño museo de arte sacro. Me consta, querida Amanda, que estaban expuestos para que yo los viera y, si no resultara pretencioso, te diría que ya me puedo morir tranquilo. Solo me falta encontrar las voces que han huido, ver los rostros de mis tres camaradas con los que disputé airadamente no recuerdo por qué, en una discusión que se encrespó y luego desapareció de mi memoria. Si preguntando llego a recomponer, a reconstruir la secuencia de aquella tarde de jueves, estará resuelto ese gran enigma de mi vida. Ves, Amanda, como teníamos que haber venido».

Y aquella noche se sentó frente al ordenador portátil y, mientras yo navegaba desde la terraza con el firmamento sobre mi cabeza, escribió un delicioso relato que tituló «Cuatro amigos» y que enviaría al diario gallego que lo entrevistó en A Coruña.

Los días de agosto se fueron sucediendo uno tras otro. Los paseos por el corredor marítimo junto a la playa o por el sendero fluvial se convirtieron en la rutina de un verano cálido y apacible en el que nunca vi llover durante nuestra estancia. Vilaponte resultó ser un lugar acogedor con un turismo popular, ruidoso y bullanguero. Las fiestas eran la frontera que me había impuesto para dejar el pueblo, nuestra presencia ya no era una novedad y comenzamos a pasar desapercibidos, lo que nos resultaba confortable, pese a los saludos que en la calle eran plurales para reconocernos en un hasta luego. El pueblo se asentaba en la falda de un monte que era la montaña mágica en el centro de las fiestas patronales y a las que acudimos siguiendo el rito iniciático que Leo había cumplido en su adolescencia. El pueblo abría sus brazos a izquierda y derecha con un pequeño núcleo urbano en torno a un importante puerto pesquero y, al otro lado, después de cruzar el puente y con la playa como límite, florecía una pequeña ciudad que creció amparada por la inicial oferta turística.

La alcaldesa nos oficializó los honores del nombramiento de hijo predilecto y fijamos fecha para la primavera próxima en un acto cívico. Leo, que estaba un poco aturdido durante su estancia, se sentía cómodo con las escasas conversaciones con personas de su edad que recordaban haber

conocido a sus padres y a otros miembros de su familia, tal vez parientes lejanos. Abandonó aquellas iniciales ideas de comprar una casa en el pueblo y establecer una fundación que llevara su nombre y a la que donaría su biblioteca y su colección de obras de arte, que era muy notable, así como la correspondencia y la docena de manuscritos que conservaba, incluso, me lo repitió varias veces, un texto inédito muy querido por él.

No lo animaba a crear la fundación y le daba largas para después de que pasase el verano, pero mi sorpresa fue que a la segunda semana de veraneo ya había abandonado sus pretensiones de radicar en su lugar de origen la casa de su memoria sentimental.

Indagó con escaso entusiasmo quiénes eran sus camaradas de juventud. No tuvo éxito.

Estaba un poco aburrida de las rutinas pueblerinas y la estancia me estaba cansando más de lo previsto, y pacté con el maestro poner fin a nuestras vacaciones y regresar a Madrid, casi veinte días después de nuestra llegada a Galicia. No opuso resistencia y me ocupé de la intendencia, de taxis y billetes de avión desde A Coruña.

El día antes de nuestra partida preguntó en el hotel por el maestro una persona de edad parecida a la de Leo. Bajamos y nos esperaba una pareja que al ver al autor lo saludó efusivamente con un fuerte y largo abrazo. Leo estaba sorprendido y el visitante comenzó a hablar tuteando al maestro. «Ya sé que no te acuerdas de mí, soy José Luis, mi padre tenía un bar en el paseo, fuimos juntos al colegio. Tú te marchaste pronto y yo me fui a vivir a Bilbao, por aquí vine muy pocas veces, este año me decidí a pasar una pequeña temporada porque tenía la corazonada de poder encontrarnos. Seguí tu carrera por los periódicos y he leído, podría decir que me he aprendido de memoria, todos tus libros. Mañana regreso a Bilbao, y hoy por fin te he encontrado. No nos vemos desde una tarde de un Jueves Santo de hace más de sesenta años en la que discutimos en los claustros de San Francisco porque llovía y la procesión de los apóstoles no podía salir, entonces sugeriste que con un toldo de los que se usan para tapar las lanchas se cubriera el paso hasta que escampara; Miguel decía que no dejaría de llover, lo mismo que sostenía Carlos, el de la tienda de comestibles; yo me mantuve neutral, pero la discusión no fue baladí, ¿no te acuerdas?».

La conmoción que sufrió mi amado Leo llegó a preocuparme. Lloraba de manera desconsolada, lo que asustó a nuestro interlocutor, a José Luis, que no sabía si incorporarse al llanto, y entonces habló el maestro que, dirigiéndose a su camarada de los tiempos juveniles, dijo que llevaba toda la vida viviendo con una obsesión que lo llevó a sortear una profunda depresión tratada a tiempo. «Olvidé adrede mi infancia y mi juventud, desterré de mi vida recuerdos y anécdotas, borré de mi memoria las caras de quienes fuisteis mis amigos, el registro de vuestras voces las hice inaudibles y nunca pude recuperarlas. Había desistido de restaurar, aquí, aquel suceso que ocupó el eje de mis preocupaciones, aunque sea nimio e intrascendente, y ahora, a punto de dejar el pueblo y después de haber recuperado la visión del paso de la santa cena que aparece expuesto en una sala de los claustros, apareces tú y pones ante mí el nombre de los tres compañeros con los que discutí y que no fui capaz, en todos estos años, de ubicaros en mi memoria. Eres mi eslabón perdido y no puedes imaginar lo feliz que me has hecho. Te pido que antes de abandonar el pueblo nos acompañéis a cenar, quiero invitaros a hacer inolvidable la última noche de un verano en nuestro pueblo».

La cena fue un viaje en el tiempo, un retorno al pasado, un encuentro en torno al que se fue tejiendo la historia de toda una vida contada por un narrador espontáneo que fue zurciendo episodios juveniles y enhebrando el hilo de un lejano tiempo, si no perdido, sí olvidado. La memoria de José Luis comenzaba con la descripción precisa de la casa de Leo, que había sido derribada hace muchos años y que en su lugar levantaron un edificio de cinco alturas que tenía

diez pisos. Continuó desgranando anécdotas en las clases de música a las que los dos asistieron y donde Leo aprendió solfeo, lo que le sirvió para leer las partituras de los conciertos a los que tan aficionado había sido. Cuando se interesó por los que faltaban del debate de la procesión de la cena, dio cumplida cuenta de los dos amigos ausentes.

«Miguel, que se quedó en el pueblo custodiando los recuerdos de toda una generación, murió hace un par de años. Se mantuvo soltero y, aunque tú digas no recordarlo, siempre fue un tipo raro que a ti te tenía una especial inquina, que no le caías bien, vaya. De Carlos no sé nada, se fue muy joven a la Argentina, de donde no regresó.

» Al principio nos escribíamos cartas con frecuencia, luego por Navidades, y desde hace muchos años no he vuelto a saber nada de él. Se casó en Buenos Aires con una chica italiana y tuvieron al menos dos hijos, tienes por fuerza que acordarte. Era mi mejor amigo desde párvulos hasta que nos hicimos mayores de edad, era el mejor de nosotros cuatro, el más generoso, el mejor compañero, el más inteligente. Quería ser abogado, pero sus padres optaron por comprarle un billete de barco y que iniciara la aventura americana, reclamado por un tío suyo en lo que era por entonces la tierra de promisión: la Argentina. Lo eché mucho de menos. Supe que inició en Buenos Aires la carrera de la abogacía, lo que no sé es si la acabó. Me gustaría saber si vive, tengo que buscarlo en Facebook donde seguro encontraré a sus hijos, pero lo voy dilatando por miedo a que me digan que ya se marchó de este mundo. Me quedabas tú, que, pese a las largas temporadas de silencio, siempre reaparecías en una entrevista de un diario o en una noticia de la radio.

»No sabes cuánto presumí de ser tu amigo, de compartir tu adolescencia, y eso que siempre fuiste un poco estirado, opinando lo contrario de lo que sosteníamos todos, creando polémica por las cosas más livianas, leyendo libros raros que exhibías en los paseos, y, mientras nosotros nos sentábamos a charlar de fútbol y fumar un cigarro, tú te aislabas en las páginas de un libro. Me acuerdo de *Por el camino de Swann*, que lo había escrito Proust, y de cuando devoraste *Gog*, de Papini, ¿no?

»A mí la vida me fue bien, sin exagerar. Marché a trabajar en la empresa Altos Hornos, no sé si recuerdas que estaba estudiando, cuando aún no te habías ido, peritaje mercantil, lo que me abrió las puertas del departamento de contabilidad. Y allí me quedé, me casé pronto con esta mujer —y señaló a Begoña que, en toda la cena, al igual que yo, no dijo ni palabra— maravillosa que me dio tres hijos, dos muchachos y una niña, y poco a poco me fui olvidando de los viejos buenos tiempos de nuestra juventud. En el paquete del olvido iba incluida Vilaponte, a la que no he regresado hasta que me jubilé, algunas semanas en veranos alternos. Pero estaba seguro de que te encontraría y tenía que ser aquí».

Leo asistía embobado al relato de su compañero de juegos, imaginando cómo eran sus amigos de quienes no recordaba absolutamente nada, y daba por ciertos pormenores y detalles que le resultaban marginales. Pero estaba entusiasmado, máxime por los efluvios alcohólicos de las botellas de vino que trajinaban con absoluta camaradería.

No daba demasiadas explicaciones y, cuando José Luis le preguntó si yo era su esposa, pese a la evidente diferencia de edad, respondió: «Amanda tiene veinte años menos que yo, los dos estamos solteros, pero después de este viaje vamos a casarnos». Lo que provocó que me sonrojara.

Tres horas duró la cena y, tras efusiones reiteradas, decidimos irnos para el hotel. En el camino me confesó no acordarse de nada y como reflexión se atrevió a decir si no será más cierto que los impostores son los demás.

Dio por resuelto, sin convicción alguna, el enigma del Jueves Santo y, antes de entrar en el

balance de la estancia en su pueblo, le pregunté cogiéndole la mano si quería casarse conmigo. «Pon tú la fecha», me respondió sin dudar.

Nos sentamos en la terraza de su habitación, le sugerí que estuviéramos desnudos como desnudas estaban la luna y las estrellas que eran el perfecto decorado para el sueño shakespeariano de una noche de verano, y asintió. Desde donde estábamos escuchamos cómo el reloj de la torre daba las doce campanadas que proclamaban la medianoche.

Reflexionó en voz alta y dijo sentirse Sísifo, que tuvo que transportar una inmensa piedra hasta lo alto de la montaña y que, alcanzada la cima, la piedra rodaba hasta el llano, así una y otra vez hasta que los dioses se apiadaron de él y, alcanzada la cumbre, la piedra no volvió a deslizarse. Sísifo, acostumbrado a su condena, echó de menos el castigo. Y esa era la sensación de Leo una vez despejada la incógnita de la procesión del Jueves Santo. Además de no recordar ni las caras ni las voces de ninguno de los participantes, incluidas las de su amigo José Luis, del que sospechó recordarlo vagamente entre jirones de la niebla de la memoria, prefería no saber nada acerca de aquel suceso. Era suficiente haber visto las imágenes de los apóstoles cara a cara después de más de sesenta años de creerlos desaparecidos o resguardados y desarmados en oscuros baúles de la orden tercera franciscana.

Se estaba refugiando en la trastienda de la melancolía y yo temía esa actitud, rompí la conversación agradeciéndole amorosamente, adornando mis palabras con caricias, algunas incluso procaces, que anunciara nuestro matrimonio. Me pilló por sorpresa y creció dentro de mí una ilusión adolescente, de novia. Nunca estuvimos casados ninguno de los dos, sería nuestra primera boda. Empezó a refrescar y busqué una manta que nos echamos por los hombros, y pese a mi insistencia en jugar a las bodas clásicas y sus mojigatos preparativos, él derivó la conversación a la morriña que empezaba a anidar en su pecho por dejar el pueblo en donde había nacido.

Es la primera ocasión, hablaba casi susurrando, que no me he sentido incómodo en este sitio. Sentí la contradicción que supone ser forastero, el «cuándo llegaste» y el inmediatamente seguido «¿cuándo te vas?». No pertenecer más que de paso a esta pequeña comunidad del fin del mundo; saberte, por fin, reconocido cuando estás a punto de cumplir ochenta años; aprender a escuchar la mala conciencia de desertar del pueblo, de no frecuentarlo más que lo justo, de maldecirlo y acusarlo de mezquino e intolerante, sin darme cuenta de que eso se puede aplicar a las personas, a los vecinos, a los que viven aquí todo el año, pero el pueblo sí me reconoce, incluso me espera en sus caminos de la mar, en sus paseos animados y en sus senderos secretos. Yo, Amanda, soy de aquí, de donde han nacido y vivido mis padres y mis abuelos, de donde vi la luz por vez primera, aunque mi divorcio ha durado demasiado tiempo y ahora no puedo recuperarlo.

Déjame que me ponga sentimental, pues solo contigo puedo hablar en voz alta de este tema. En este momento solo me importáis tú y mi pueblo, y a los dos os voy a llevar conmigo a mi casa, a nuestra casa de Madrid.

Parece que llevamos toda la vida juntos, e igual es así y yo comencé a vivir el día en que mi cama fue nuestra cama y tú te convertiste en mi mujer. Me has regalado la vida, renací en ti, que es donde habito ya por siempre. Lamento no poder hacerte feliz. Solo puedo enseñarte a soñar lo que yo sueño, que compartas mis desvaríos, los delirios de un viejo escritor empeñado en inventar realidades perfectamente improbables.

Al llegar a Madrid, quiero que leas un manuscrito que escribí en París el año en que murió Denise, es acaso una historia antigua, pero que lleva todo el dolor, la ira y el espanto que caben en el corazón de las palabras. La he conservado como un tesoro a ella debido, no he vuelto a leerla.

Tú serás la primera persona que pase una a una las páginas de mi última novela, y tus acotaciones mejorarán sin duda el texto. Tienes libertad absoluta para suprimir o añadir lo que estimes oportuno.

Esperé a la última noche en el pueblo para decírtelo. Está llena de emociones, la cena con los nuevos viejos amigos y esta reflexión a dos voces con todo el cielo y la mar como testigos solemnes. Lo he pensado mucho, pero de esta forma pongo fin al duelo de quien hasta tu llegada había sido mi gran amor. Ella lo entiende desde el más allá que se esconde tras aquella estrella, la que más brilla; lo entiende y comparte mi compromiso contigo, me autoriza a editar su novela, que mantuve en secreto hasta ahora mismo y de la que no pude desembarazarme porque era el testamento de su memoria, pero ha llegado el momento de hacerla pública. Vete poniendo fecha para la boda, sé que vas a decirme que estoy loco, pero he pensado que podía casarnos la alcaldesa antes del acto de nombramiento de hijo predilecto. No digas nada.

Y dije, salté como una leona y le espeté: «Amor mío, yo había pensado celebrar la boda una mañana luminosa de la próxima primavera cuando marzo esté crecido, y que officie la ceremonia el alcalde de un pueblo de la sierra, de Guadarrama o Rascafría, puede ser en el Paular, no te parece, mi amor». Asintió con la cabeza.

Serían las tres de la mañana cuando nos acostamos, y ya en la cama nos despedimos virtualmente de Vilaponte con los mejores juegos eróticos que sabíamos.

La mañana siguiente, después de desayunar, quiso despedirse del pueblo paseando. El taxi nos recogía a las tres y media para llevarnos al aeropuerto. Recorrimos la calle ancha hasta llegar a la pescadería. Nos sentamos en una de las terrazas de la plaza para contemplar, así me lo contó, el eje del mundo y sentir su movimiento circular desde un mediodía plácido y con un sol tibio y juguetón. No era exactamente una despedida, más parecía un reconocimiento de gratitudes antiguas. Y de repente decidió completar el paseo volviendo a los claustros para incluir el paso de los apóstoles, su añorada y querida última cena en el libro virtual de todos los adioses que habían definido su vida.

Almorzamos en un restaurante próximo al convento y, de vuelta al hotel, llegó el taxi en el que emprenderíamos el camino de vuelta. Hizo el viaje en silencio, y yo sé que muchos, que todos los recuerdos de una vida entera emergieron al dejar atrás la hidalga villa y su mar.

Y DESPUÉS

El día 23 de abril me hacen entrega los reyes, en Alcalá de Henares, del Premio Cervantes. Se cumplen los augurios de Ricardo, que lo predijo, y también acertó en los manejos de Amanda, que movió Roma con Santiago para hacerme notar, yendo los jueves a la Academia, dejándome entrevistar ante lo que iba a ser la inminente aparición de mi nueva y última novela. Firmé adhesiones peregrinas, me convertí en lo que siempre evité, un abajofirmante apoyando iniciativas gubernamentales, me dejé ver y me visibilicé en contra de mis convicciones largamente ejercidas.

Amanda está más preocupada con que me hagan la prueba del chaqué que tengo que vestir en la solemne ceremonia que con el discurso que voy a leer y que versará en la mirada de *El Quijote* en las lecturas de las mujeres que he amado, las tres mujeres que han sido importantes en mi vida, y el eje central será Denise, que aprendió castellano leyendo a Cervantes.

Nos casamos una mañana especialmente fría del mes de marzo, en un pequeño ayuntamiento de la sierra. Ofició la concejala de guardia y actuaron como testigos mi adorada Fina y un primo carnal de Amanda al que conocí ese día. Amanda se empeñó en casarse de blanco y me pidió que yo vistiese un traje oscuro. Nos fuimos luego a comer un cordero a un restaurante de la plaza.

Pienso seriamente que fue un error. El amor que yo sentía hacia ella fue un espejismo senil, una visión egoísta de los últimos años de mi vida, un capítulo inédito en el libro de los adioses. El amor inicial mudó pronto en cariño y más tarde pasó a convertirse en ternura, y después en rutina. Un amor mecánico donde ya no queda nada.

Cuánta razón tenía Ricardo cuando interpretaba a Amanda. Ricardo falleció hace unas semanas. Lo atropelló un automóvil en mi calle, muy cerca de donde vivo. Murió el mismo día en que anunciaron la concesión del Premio Cervantes. Al enterarme de la noticia, fantaseé que venía a mi casa, que venía a felicitarme por el premio que él ya había adivinado.

La novela salió cuando estaba previsto, antes, inmediatamente antes de mi cumpleaños. Apareció en el mercado con gran aparato de *marketing*, con publicidad pagada en los diarios, con entrevistas tediosas en todos los suplementos culturales en los que no tenía nada que añadir a lo escrito en la novela, que algunos críticos, sin atreverse a cuestionarla, por el respeto debido a mi trayectoria, calificaron como una intensa novela de amor que se reafirma en lo que algunos adjetivaron como mi largo oficio de narrador.

Las ventas, me dice Amanda que van razonablemente bien. Me he negado firmemente a realizar una gira de promoción, me siento cansado, un poco harto de haberme transformado en una persona distinta, en una suerte de Frankenstein recosido con las páginas de los libros que escribí. Me veo patético justificando un amor senil que parte de un auténtico y apasionado amor de juventud tardía. Con la edición de esta novela estoy seguro de que he traicionado la memoria de Denise, pero ya no tiene arreglo, y solo puedo maldecir, más como una imprecación que como una condena, el día en que llegó Amanda a mi casa y a mi vida.

Volví a Vilaponte a recoger el título de hijo predilecto. Fue un acto entrañable, un homenaje plebiscitario en el que recibí una reproducción de la cabeza y de las manos de Judas Iscariote, uno

de los doce apóstoles del paso de la última cena. Tengo una deuda que no sé cómo saldar. Estuve tres días y volví a Madrid víctima de un ingobernable ataque de morriña que me costó superar.

Mi cumpleaños lo celebré con una cena mano a mano con mi querido amigo de toda una vida, mi editor, que sigue manejando con pulso firme su editorial que ya reúne una veintena de sellos. Se prolongó varias horas, después de tanto tiempo sin vernos, cuando antaño nuestras reuniones en torno a una mesa eran muy frecuentes. Se va a retirar completamente y ya son sus hijos quienes llevan la empresa. Fue una noche llena de recuerdos y de un afecto intacto y antiguo.

Tuve que recorrer toda mi vida y pedirle disculpas por todo lo que silenció cuando se lo rogué. Gracias a su silencio de entonces se edita ahora esta novela que él ya conocía y que era el testamento de Denise contado, escrito, por mí. Justifiqué como pude que no era una traición a su memoria ni a la mía, y no supe centrar un desagravio esperado. El cambio en mi comportamiento, dejar mi impostura, mudar mis silencios por públicas indiscreciones, enamorarme a destiempo y hacer un ridículo espantoso, lo aceptó todo con benevolencia, culpando de mis males actuales, que, al fin y al cabo, males eran, a mi soledad elegida, propia, dijo, de la edad.

El miedo a la soledad fue, a su juicio, el origen de mis sorprendentes cambios de vida y de actitud. Supo, como yo, que esta era la última novela y que tras ella solo me esperaba la muerte. Nos espera a los dos, añadió, y después el olvido.

Y es rigurosamente cierto que ahora sí siento la cercanía de la muerte, la percibo a mi alrededor y le va a costar mucho darme una nueva prórroga. La muerte se combate únicamente con la literatura, escribiendo para poner vallas en forma de artículos, de relatos, de novelas que alejen a la Dama de Blanco. He creído siempre en el valor sanador de la palabra, pero a punto estoy de tirar la toalla.

Ganas me dan de pedir el divorcio a Amanda, sería la forma adecuada de reparar este tremendo desaguisado senil, de ofrecerle lo que me resta de vida a mi pequeña Denise, de renovar con ella lo que ha sido el auténtico amor, el que trasciende, el que permanece por toda la eternidad. No soy capaz, soy un cobarde egoísta que prefiere la seguridad de tener a mi lado a una mujer en quien apoyarme.

Tengo pendientes algunas tareas para este verano, debo comenzar a despedirme, porque el tiempo ya es llegado, de las ciudades en las que fui feliz. Iré a Lucca y a Roma, volveré a París y a Berlín, haré estación en Compostela, pasearé por la luz intensa de las ciudades del norte, por Estocolmo y por Copenhague, y, discretamente, si puedo, me iré haciendo mutis por el foro.

Abandono la promesa de hacer el camino de los Alpes que le prometí a Denise como deseo compartido. Voy a escribir un obituario de Ricardo para publicarlo en el que fue su diario, lo voy a hacer a modo de entrevista a un entrevistador entrevistado. Seré yo quien haga las preguntas que él ya no puede contestar. Tengo que escribirlo alejado del control obsesivo de Amanda, mi próxima viuda, presidenta de la fundación que llevará mi nombre.

Y así se irá completando el libro de los adioses, el manual de un impostor que cayó rendido bajo los efluvios de un falso amor senil. Dejo por terminar —por empezar sería más justo— la novela que nació en una tarde lluviosa de un Jueves Santo mientras esperaba que saliera la procesión de la santa cena. No pude escribirla porque nunca he vuelto a escuchar las voces de las tres personas que participaron en aquella discusión en los claustros del convento.

Ni veo, por mucho que me esfuerce, sus caras. El tercer amigo de los cuatro que había perdido Dios sabe dónde y que vino a verme en verano no consiguió afianzar mis recuerdos. Me instalé muy joven en el olvido, aprendí a ser un farsante, a vivir vidas ajenas, a reinventarme según el tiempo me aconsejaba. No tengo amigos ni de juventud ni de senectud, mantengo un difícil

equilibrio de afecto y desprecio con el pueblo que me ha visto nacer, aunque siento cuando estoy lejos sus latidos. Me espera, y yo la espero, la muerte, el gran silencio, el silencio perpetuo que me fundirá con la tierra y con la mar del lugar, ahora sí, donde nací, cuando avienten mis cenizas y escuche desde el más allá la melodía que haré que suene en mi entierro, cuando cante Fred Astaire el *Cheek to Cheek* que puso música a mi vida y mi mejilla se acerque por fin, en otro mundo, a la de Denise.

NOTA BENE

Ayer, antes de acostarnos, Leo me pidió el divorcio. Me sonreí y lo besé en la boca. «Qué cosas tienes», le dije. No sé qué estupidez me contestó. En sueños le oí que pronunciaba el nombre de Denise.

RAMÓN PERNAS.
MADRID, VIVEIRO, MADRID.
OTOÑO DE 2018.

El libro de los adioses
Ramón Pernas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2019

© de la imagen de la portada, Michael Ward/ Hulton Archive / Getty Images y ©Valua Vítaly / Shutterstock

© Ramón Pernas, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-670-5750-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es